De Matilde Cuéllanos

Lit 9 L 1

HORAS SERIAS

DE

UNA JOVEN.

Horas serias de una jóven.

HORAS SERIAS

DE UNA JOVEN

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

CARLOS SAINTE FOIX

Con una lámina.

PARIS
LIBRERIA DE ROSA, BOURET Y Cia.

1857

HORAS SERIAS

DE UNA JOVEN.

I

Nobleza y carácter del sexo femenino.

Pocos hombres forman un concepto debido de la dignidad de la muger. Y hay muchos que hasta la consideran como una criatura inferior, cuya naturaleza la condena á ser la esclava del sexo mas fuerte. Otros, menos groseros en su apreciacion, la miran como formada por la providencia para adorno y encanto de la vida del hombre; pero este punto de vista, si bien mas elevado en apariencia, no es en realidad mas

honroso para el sexo femenino, cuya naturaleza y esencia elevada desconoce. Sin embargo, hay muchas mugeres que, por una ilusion deplorable, no elevan mas allá de esta limitada esfera sus pretensiones é ideas; siendo suficiente pasto para su inteligencia y corazon el juzgarse únicamente destinadas á embellecer la vida del hombre, y preservarla de sinsabores y fastidios. Conviene empero confesar que las culpas y pesares de la mayor parte de ellas proceden de que no comprenden lo bastante el objeto y la mision que les asigna la providencia, y de que no se estiman suficientemente á sus propios ojos; pues el respeto que por sí mismas tienen, es á la vez la medida y garantía del que les profesa el hombre; y la muger que no sabe imponer á este respeto y sumision, dista poco de ser desgraciada.

Descarriadas por las mentirosas descripciones de las novelas, y deslumbradas por las insidiosas lisonjas de los hombres que procuran seducirlas, las mugeres se forjan las ilusiones mas peli-

grosas acerca de sí mismas y su mision en este mundo. No, ni la pasion ni la poesía pueden darles el secreto de esta mision, sino la fé y las instrucciones cristianas, que tienen una solucion para todas las dudas y una clave para todos los misterios; la luz que alumbra y guia tan solo puede emanar de esa religion que ha proclamado y demostrado invenciblemente por los hechos la fuerza de la flaqueza, y el maravilloso poder de esas cosas que no vemos, y de que se sirve Dios para confundir y vencer lo que vemos.

Efectivamente, del mismo modo que se dignó el Todopoderoso escoger la mas humilde de todas las vírgenes para cumplir por su medio el misterio de la Encarnacion, quiso repetidas veces elegir mugeres para verificar sus designios para con ciertos pueblos. ¿A quien no consta que á la saludable influencia de una muger deben varias naciones europeas el conocimiento del verdadero Dios y la luz del Evangelio? Así, parece que en testimonio de gratitud han querido

estos pueblos ceñir la frente de la muger con una aureola de honor y gloria. En efecto, en estos pueblos la influencia femenina ha penetrado mas íntimamente en las costumbres y hábito de la vida, y diseminado gérmenes de gracia y ternura que han florecido y fructificado esmaltando su historia y vida pública, y produciendo ese carácter de galantería heróica é hidalga generosidad que aun en el dia admiramos.

Antes que el Hijo de Dios nos hubiese dado la vida por su muerte, y hubiese reparado nuestras fuerzas por la divina agonía de su pasion, hallábase el género humano bajo el imperio de la fuerza, que se confundia con el poder, y parecia ser el único atributo de la divinidad. Por nada eran contadas las mugeres, los niños y los esclavos; ningun derecho se les concedia; á ningun deber eran acreedores. Pero cuando se vió á un Dios operar los mas maravillosos portentos por los medios mas sencillos, romper los mas robustos obstáculos por los mas débiles instrumentos, comprender pu-

do la prole de Adan que algo habia superior á la fuerza, y que no teniendo Dios necesidad de nosotros para ejecutar los mayores prodigios y manifestar el poder de su brazo, todo el nuestro consiste en doblarnos bajo su mano y prestarnos como un instrumento dócil, sumisos á su omnipotencia y bendiciendo su voluntad.

Por esta razon la muger, aunque mas débil, bajo mas de un aspecto, que el hombre, es superior á este en otros muchos, y Dios la elige á menudo preferiblemente al sexo mas fuerte para efectuar los designios de su misericordia y amor. En las ocasiones que exigen grande flexibilidad, ó docilidad completa, ó inalterable paciencia, ó resignacion perfecta, la muger es en general superior al hombre, y hace prueba de una perseverancia de que este no siempre es capaz. Cuando es necesario aguardar, esperar, temporizar, preparar un resultado que debe ser efecto del tiempo, por una accion suave, lenta é insensible, si bien persistente, resultado que infa-

liblemente frustrarian medidas violentas ó precipitadas, la muger ejecuta sin esfuerzos y dejándose arrastrar por su naturaleza, lo que tan solo hubiera podido conseguir el hombre triunfando de la suya. Si se trata de enternecer el alma por la caridad ó compasion, dilatar el corazon, abrirlo y esparcir sin medida todos los tesoros de amor que puede contener; si se desea arrancar lágrimas por una desgracia, ó conservar en el fondo mas íntimo del ser humano un pensamiento tierno, un recuerdo precioso, una esperanza sagrada, ¿ qué hombre podrá creerse superior á la muger en tales circunstancias?

Si el sexo viril sabe obrar con mas fuerza y perseverancia, la muger sabe sufrir con mas constancia y energía. Y esta vida perecedera rebosa de tantas miserias y angustias, y tan innumerables sinsabores son nuestra herencia en este valle de lágrimas, tan repetidas son las ocasiones de paciencia y resignacion, que difícil es pronunciarnos por lo que nos es mas necesario durante el curso de

nuestra existencia, la fuerza que nos impele á obrar, ó la que nos induce á sufrir con paciencia las penas inseparables de la condicion humana.

Si el hombre abriga una inteligencia mas vasta y mas elevada que le permite ver las cosas de un modo superior, y abrazar mas objetos á la vez, la muger posee un espíritu mas fino y delicado que le permite comprender los pormenores, notar una imperfeccion, ó sospechar una dificultad que tal vez habrá escapado á la mirada del hombre. Si este tiene el arte de obligar por el ascendiente de su autoridad, arrastrar por el poder de su inteligencia, convencer por la fuerza de la razon, gobernar por la sabiduría de sus consejos ó por la firmeza de su voluntad, á la muger toca subyugar por el ascendiente de la virtud, persuadir por la gracia de la conversacion ó por la dulzura y amenidad de sus maneras, triunfar por el corazon de la voluntad, y dominar á esta cediendo la suya.

El hombre ataca de frente, y va recto

á su fin, pues tiene la conciencia y como el orgullo de su fuerza; y con tal que no encuentre obstáculos en el camino, ó bien con tal que estos puedan ser fácilmente vencidos por esfuerzos enérgicos y violentos, no admite duda que logra su intento con mas celeridad y de un modo mas seguro que la muger. Pero si por su naturaleza son difíciles de superar, ó si conviene evitarlos por largos rodeos, sucede á veces que, al querer romperlos, él mismo se rompe, y por su impaciencia y precipitacion pierde el fruto de sus esfuerzos y trabajos. La muger, al contrario, ataca ordinariamente de lado, y se encamina á su objeto por las vias mas seguras preferiblemente á las mas prontas, pues tiene la conciencia de su flaqueza, y acepta con resignacion el puesto que la asigna esta misma flaqueza, como tambien las necesidades que consigo acarrea. Así sucede que no logra á menudo sus miras por escesiva lentitud ó indecision, ó porque desconfiándose de sí misma en de-

masía, carece de ese celo y vigor que da la certidumbre de un éxito feliz, y que á menudo lo facilita.

Pero otras muchas veces este mismo sentimiento de su debilidad, esa circunspeccion, favorecen maravillosamente sus designios. Hábil en evitar con maña los obstáculos cuando no puede superarlos, alcanza de lo venidero lo que no puede alcanzar por viva fuerza del tiempo presente, y no teme retroceder ante una dificultad imprevista, para acudir despues mas fuerte y mas armada, operando esas bellas retiradas que arguyen á veces mas destreza é ingenio que una victoria, y hacen perder al enemigo vencedor gran parte de sus ventajas. Dócil y flexible como la caña, sabe doblarse al impulso del viento y al mugido silbador de la tormenta, mientras que, semejante á un roble erguido, queda el hombre tronchado, hendido ó desarraigado.

En la fortuna adversa sobretodo se muestra la fortaleza de la muger, y aparece en todo su brillo su resignacion. Tal

como un sauce que crece á orillas de un rio y dobla sus llorosos ramos en las fugitivas ondas, el corazon de la muger cobra nueva vida, nueva lozanía en el dolor y en las lágrimas. La adversidad que al hombre consterna y abate, hace retoñar á la muger, le da temple vigoroso y multiplica sus fuerzas. Olvidándose á sí misma para pensar en los demas, basta para sus propios pesares y el alivio ageno. Su alma se ensancha á medida que se llena de llanto, y su fisonomía, como las flores por el rocío, adquiere frescura y belleza.

II

De la mision de las mugeres en general.

La maternidad es á la vez el fin de la vida del sexo femenino, la causa de sus placeres mas puros y el principio de sus mas profundos dolores. Se puede decir en cierto modo que la muger nace madre, y que apenas empieza á divisar el fin para que ha sido criada, se dirige á él su corazon con toda la fuerza que le es propia; ó por mejor decir, en este punto como en los demas su corazon precede á su razon, poseyendo el presentimiento de las cosas que aun no ve esta, y que mas adelante podrá compren-

der. Siendo niñas, sus juegos aluden á las funciones y deberes de madre, que tan solemnes y penosos serán un dia, en ellos se ensaya, niña por decirlo así, á ser madre, aficionándose al ser privado de vida y movimiento que recibe para su recreo, y sintiendo por él ternura y cariño maternal: tan inherente á su naturaleza es el ministerio de la maternidad.

Y si para seguir á una vocacion mas elevada, renuncia al júbilo que resulta de la maternidad que viene de la carne y la sangre, es para consagrarse á otra mas santa y mas sublime, pues es espiritual en su esencia y objeto. En efecto, renuncia al matrimonio y cuidados de madre carnal, para volverse esposa de Jesucristo, y llegar á ser por la misericordia y caridad madre espiritual de niños que alimenta con la leche de la doctrina de la vida, ó de enfermos é inválidos que rodea de sus desvelos, purifica con sus oraciones, consuela con sus discursos, y edifica con sus ejemplos. O bien, consagrándose á un ministerio

un mas penoso y consiguientemente mas meritorio, se vuelve madre de esas miserables pecadoras fatigadas de vivir, sumidas en la iniquidad, y las engendra á Jesucristo, haciendo florecer en sus almas la gracia que habian marchitado pasiones desarregladas y vergonzosas.

Otras por último, inmolándose á una vida aun mas santa, la pasan suspirando de amor, en oracion perpetua, en inefables gemidos que atraen incesantemente en la tierra nuevas bendiciones y gracias. Pues en los corazones abrasados de caridad de esas santas mugeres se forman los gérmenes de salvacion y de vida que esparce el soplo del espíritu en las almas lánguidas ó ajadas, gérmenes que luego fecunda la gracia con su calor divino. El mundo ingrato considera su vida como estéril y ociosa; mas muchos de sus acusadores les deberán tal vez un dia la luz que disipará las tinieblas de su espíritu, y la gracia que suavizará los últimos dias de una vida pasada en el olvido de Dios y en la negligencia de sus deberes.

Esta doble maternidad, de espíritu y carne, la unió Dios en María que se dignó escoger por madre. María, en efecto, como lo observan los santos padres, antes de concebir en sus castas entrañas al autor de nuestra salvacion, lo habia concebido en su corazon por la oracion, la fé y la caridad ; y llegó á ser á la vez madre de Jesucristo y de la idea que representaba, idea que vino á realizar en este mundo, asociándose voluntariamente á la obra de redencion de su divino Hijo, á todos los trabajos de su vida, los dolores de su pasion y agonía de su muerte. Y por este motivo nunca separa la Iglesia á María de su divino Hijo en su culto y oraciones; y esto esplica la devocion particular que á esta Vírgen pura consagra la ilimitada confianza de los fieles en la intercesion de esta divina Madre, y los continuos loores que tributan continuamente los padres y doctores á esta criatura privilegiada que supo reunir en su sagrada persona y santa vida los dos ministerios y los dos estados entre los cuales debe escoger

toda muger, pues ninguna puede, como la Reina de los ángeles, reunirlos ambos simultáneamente.

San Leon, para dar á comprender al hombre su dignidad, le exhorta en uno de los sermones que pronunció en la Fiesta de Navidad, á que considere á Cristo en el misterio de su encarnacion. Siguiendo las huellas de este santo doctor, podemos presentar á María al espíritu y corazon de todas las mugeres, como la que resumiendo en su persona todas las calidades y virtudes que distinguen su sexo, es un dechado perfecto en que deben estudiar la dignidad de su naturaleza y las funciones de su sexo. Vírgenes ó madres, esposas ó destinadas á vivir en el celibato, todas las mugeres pueden echar los ojos en María, y considerarla como manantial de toda su gloria, é ideal á que deben tender sus vidas.

La que llegue á abrigar duda relativamente á la grandeza del fin á que Dios la llama, dirija su vista á María; contemple la aureola de gloria que corona

su frente y la altura del pedestal en que la fé y reconocimiento de los pueblos colocaron su imágen divina; y no tardará en sentir su alma exaltarse en humilde triunfo, comprendiendo cuán grande es á los ojos de Dios y en los designios de la providencia.

No hay en la vida de la muger posicion ó circunstancia en que no sea modelo María. Si es madre, contemple á la Esposa del Espíritu Santo llevando en sus brazos á su divino Hijo; admire en sus miradas celestiales y en su faz apacible el santo gozo de ser madre. ¿Cómo podrá dudar en presencia del divino grupo del carácter augusto y solemne de la maternidad? ¿Cómo podrá sobrecogerse al pensar en las angustias y dolores que acarrea tan glorioso título? Escuche con santo respeto las palabras del anciano Simeon á la madre de Jesus cuando le presentó su Hijo en el templo: *Una espada*, le dijo, *atravesará vuestra alma*; y se glorificará de los tormentos que producirá en la suya la cuchilla del amor materno

Si al contrario la llama Dios á servirle en el estado de virginidad, contemple la imágen de Maria inmaculada; escuche su respuesta al ángel que á anunciarle vino que el Altísimo la habia escogido para ser su madre; y en vista de este adorable misterio, ¿cómo podrá dudar de los méritos gloriosos é inefables de la virginidad, de ese estado que hubiera preferido María á la maternidad divina, si el Señor no hubiese reunido ambos atributos en su sagrada persona?

María concibió, parió, crió á su hijo Jesus segun la carne, é Hijo eterno de Dios. Mas adelante, cuando llegó el tiempo de cumplir su mision, dió á entender á su madre, en las bodas de Caná, que esta comunidad de vida que hasta entonces los habia unido, debia cesar por algun tiempo. Pero cuando hubo de beber hasta las heces el cáliz de su pasion, volvemos á hallar á María á su lado, al pie de su cruz, recibiendo su último suspiro y su última palabra. Despues de haber cumplido estos tristes

deberes, no volvemos á oir hablar de María, ni vemos citado su nombre en los evangelios ni en las cartas de los apóstoles; y todo lo que sabemos de esta purísima criatura nos llega por la tradicion de la Iglesia, fiel al recuerdo de la madre de Dios.

¿Qué viene á decir todo eso? Cuando nace Jesus, mientras què es niño, débil, aparece María en el primer plano, y á cada página de los sagrados libros vemos su nombre; á cada momento hacen mencion de su persona las santas crónicas que nos cuentan la divina infancia y los primeros acontecimientos de la vida humana del Todopoderoso. La vemos desaparecer cuando comienzan la vida pública y apostolado de su Hijo, para volver á mostrarse cuando llega el tiempo de sus dolores, pasion y muerte. En esta conducta se encierra un gran misterio, y este misterio contiene la mision, objeto, funcion y vida de la muger.

Observemos que el hombre se halla sometido á la muger, colocado bajo la

saludable influencia de su ternura y dulce autoridad, mientras que es débil y necesita sus delicados socorros, su atenta solicitud, las infinitas precauciones que conoce tan solo el corazon de una madre. Cuando llega la época de obrar, pasa el hombre bajo la autoridad mas fuerte y grave de su padre, cuya razon é inteligencia encuentra apenas deja el regazo materno, y cuyos consejos deben dirigir su vida é ilustrar su entendimiento. Pero si el dolor ó la enfermedad lo clavan en un lecho como en una cruz, se mostrará su madre, esposa ó hermana, como ángel tutelar, reclamando el precioso derecho, que es herencia de la muger, de aliviar todas las miserias, consolar todos los dolores y asistir á todas las dolencias. Al hombre toca el medio de la vida, el tiempo de la accion, del apostolado, de la fuerza : á la muger el principio y el fin, el tiempo de la pasion, de la flaqueza y dolor. De la muger es la cuna, la cruz y el sepulcro. No hay en efecto cuna en que no se vea inclinado el rostro risueño y solícito de

una muger; no hay cruz á cuyo pie no se divise llorosa una madre, una esposa, una hermana; no hay tumba que no riegue el llanto de una muger que la consagra por su dolor.

Pero debemos dar mas elevacion á nuestras miradas, y despues de haber considerado las funciones de la muger en las realidades de la vida, conviene que las estudiemos en las regiones mas sublimes de las ideas. María concibe en el tiempo el Verbo de Dios encarnado, lo alimenta, preside á su incremento corporal, lo asiste en las angustias de su pasion y agonía de su muerte. Así, á la muger, á sus cuidados y desvelos confia Dios en general el principio y fin de las cosas. La muger á menudo concibe, pare y desarrolla, en el seno de la familia, esos pensamientos de salvacion y gracia que el hombre, nacido para la accion, ejecuta y realiza.

Ella es la que los recoge en su corazon, y los embalsama de sus recuerdos y esperanzas, cuando un esposo ó hijo, seducido por el prestigio de los honores

y placeres, deja marchitar en su alma la fé y virtudes cuyo principio reside en la parte femenina de la humanidad. Ta' como María que recibió en sus brazos el cuerpo de su divino Hijo cuando fué desclavado de la cruz ; tal como las santas mugeres que iban junto á su sepulcro á aguardar su resurreccion, la muger cristiana recibe y guarda la fé moribunda de su esposo ó hijo hasta que Dios, vencido por sus ruegos y lágrimas, los resucita en su corazon.

¡Cuántas esposas, cuántas madres lloran, esperan y se deshacen anhelando el objeto de su ternura! ¡Cuántas están sentadas en el sepulcro en que yace el cuerpo de su esposo ó de su hijo, y con ansiosa solicitud dicen con las santas mugeres del Evangelio : ¡Oh! ¿quien nos quitará la piedra del sepulcro? Pues pocos ó ningunos saben los innumerables tesoros de recuerdos y esperanzas que residen en el fondo del corazon de la muger, y cuán porfiado es en sus votos y preces. El hombre es en general vencido por el hombre, conven-

cido por la fuerza de los raciocinios, ó arrastrado por la fogosidad de la elocuencia impetuosa; pero cuando se deja Dios mover, es casi siempre por la muger, y á esta debemos las victorias cuyos frutos admiramos cada dia.

Echemos los ojos al rededor de nosotros: ¿qué se pasa? ¿dónde está la fé que conserva á los pueblos, la esperanza que los vivifica, la caridad que los vuelve gloriosos? ¿dónde está la idea santa y fecunda que vino á traer Cristo á la tierra? ¿dónde está el verbo de salud y vida? ¿No ha vuelto á ser crucificado? ¿No se halla aun hoy en el sepulcro? ¿Quiénes son los que han huido como los apóstoles? ¿Quiénes? Los hombres, los que por su estado y posicion debian defenderlo. ¿Cuáles son las personas que han quedado al pie de su cruz ó sentadas sobre su sepulcro? Las mugeres y algunos hombres de una naturaleza tierna, dulce y contemplativa, como san Juan, discípulo predilecto del Salvador.

Las mugeres son las que conservan

entre nosotros la chispa de vida que tal vez un dia podrá volver á encender nuestra gloria. Ellas son las que mantienen en las familias, por la primera educacion que les es confiada esclusivamente, esos restos de cristianismo y fé, de que podrán fructificar en el dia de la misericordia esas virtudes que dieron en otros tiempos tanta honra á nuestra patria. Ellas son las que por sus deseos y oraciones aceleran el dia de la resurreccion; y entonces deberá la Francia dos veces á las mugeres la gracia y dicha de la fé, pues á una reina santa debe la Francia tan precioso tesoro.

III

De la mision actual de las mugeres en Francia.

Las circunstancias particulares en que se hallan la Francia y otras muchas naciones de Europa, hacen que la muger tenga un fin mas determinado en su mision, y que le incumban obligaciones especiales, cuya naturaleza é importancia debe conocer perfectamente, pues del modo que presida á su desempeño, depende el porvenir de nuestra patria. Si los hombres forjan las leyes, las mugeres son las que forman y establecen las costumbres; y si ello es cierto que las leyes llegan á tener gran influen-

cia en las costumbres, no es menos cierto que las costumbres rehacen, andando el tiempo, las leyes; en términos que dificil es decidir cuál es la funcion mas importante en la sociedad, si la de las mugeres que forman las costumbres, ó la de los hombres que forjan las leyes.

Ello es cierto que un pueblo sin fé está invenciblemente condenado á perecer tarde ó temprano, pues del mismo modo que los individuos, los pueblos no pueden vivir sin un principio de vida que los anime y sostenga. Ahora bien; no hay en una nacion otro principio de vida que la fé y las convicciones religiosas bien pronunciadas, que se reflejan en la legislacion y en los hábitos sociales, y que dan á su historia un fin glorioso y divino. Demasiado cierto es que la fé ha menguado entre nosotros, y que las verdades, segun la hermosa espresion del profeta, han disminuido, disminucion de que ha resultado una corrupcion deplorable, cuyos progresos cada vez mayores deben alarmar todos

los que sinceramente se ocupan de la gloria y porvenir de su patria.

Y por una consecuencia natural, el respeto por la muger ha mermado, como generalmente sucede en todos los pueblos corrompidos; y desconocida ha sido su dignidad, porque, teniendo su orígen en el cielo, solo puede ser notado por los que *han tomado la determinacion de fijar sus miradas en la tierra.*

¡Qué diferencia entre la condicion de la muger, en esa época de nuestra historia en que la fé dirigia aun las relaciones de la vida, y la que ha producido la incredulidad de los tiempos modernos! En la primera la muger se hallaba en la sociedad como un ser de una naturaleza superior, y resplandecia del brillo particular de la santa imágen de Dios. Esos hombres de hierro para quienes la fuerza era todo, y cuyas costumbres y legislacion se hallaban selladas de un carácter de asperidad adecuado á su naturaleza enérgica y vigorosa, sabian, una vez en el hogar doméstico, respetar la debilidad de la muger, y re-

conocian cuánta grandeza y poderío oculta su cuerpo frágil y endeble. Bárbaros en sus espediciones aventureras, hallaban y saboreaban en el seno de su familia una civilizacion verdaderamente cristiana. El hombre reinaba en el campo marcial ó en las asambleas públicas; la muger en la casa y en la familia. Al primero pertenecia la vida pública, al paso que la segunda dirigia con sus consejos y gobernaba por su influencia todas las situaciones de la vida doméstica ó privada; y su accion á la vez lenta y bienhechora acabó por triunfar de las costumbres toscas de esa época, y hacer prevalecer en la legislacion y en los hábitos de la vida el espíritu de heroismo y sacrificio.

Todo lo contrario se observa en el dia. El hombre halla y gusta fuera de la casa todas las ventajas de una civilizacion á menudo facticia y corrompida. Absorto por los intereses de la vida pública, ó por el cuidado de sus negocios; devorado por el orgullo ó ambicion, ó roido por la envidia y avaricia, no limita sus

deseos ni sus esperanzas terrestres; y si entra en su casa es para fastidiarse y fatigar á las personas que tienen obligacion de vivir con él. Durante todo el dia gasta toda su fuerza y vida de corazon é inteligencia, y así no es de estrañar que solo traiga á su familia vaciedad y agotamiento. ¿Qué puede hacer una muger en estas circunstancias? ¿qué partido deberá tomar? Si por cansancio ó instinto sigue á su marido en las vias en que dispensa su vida, nada podrá equilibrar ese predominio de intereses materiales que llegan á absorver el alma, sin dejar en ella deseo ó esperanza que la levante de sobre la tierra.

¡Cuántas familias existen que nada esperan despues de esta vida, que nunca sienten la necesidad de levantar sus miradas al cielo, y reposarse en la oracion ó santos pensamientos del labor ingrato y miserias á que está condenado el hombre en este mundo! Desde que la muger se desalienta y renuncia al papel sublime que Dios le ha asignado en la

familia, no tardan en borrarse las nociones cristianas, y se introduce y se fija una suerte de barbarie, barbarie mas funesta que la de los pueblos que nunca gozaron de los beneficios del cristianismo, porque se aumenta con todos los vicios de una civilizacion facticia y refinada, y de todos los recursos que pone esta á su disposicion.

Y si queriendo obedecerá la voz de su conciencia, y conservar en sí una chispa del fuego sagrado, aspira al cielo la muger con mayor ahinco á medida que el marido adhiere tenazmente á la tierra, ¡cuántas luchas, cuántos combates, cuántas desazones pueden resultar de esta oposicion! ¡Cuánto perjudicarán la tendencia y direccion del marido á los ejemplos y palabras de la muger! Pues desgraciadamente es consecuencia funesta de nuestra naturaleza que mayor imperio tengan en nosotros los estímulos terrestres que lo que al cielo nos impele. ¡Cuántos dolores, cuántas angustias, cuántas quejas interiores que Dios solo sabe! ¡Cuántas mugeres desanimadas

por la inutilidad de sus esfuerzos abrigan un corazon que es un abismo de dolores y depósito de lágrimas! Pues mientras mas comprende una muger lo que es grande, y mientras mas conoce el precio de lo que es noble en sí, mas dificil le es resignarse á ver los seres que mas estima en este mundo encerrarse en el círculo estrecho y miserable de los deleites materiales, y olvidarse que *el hombre no vive solamente de pan, sino tambien de la palabra de Dios.*

Asi se desvanece la vida de familia, esa vida que reune tanto embeleso para las almas que pueden asociar sentimientos elevados y agruparse al rededor de una idea santa; así se borran poco á poco las costumbres que la familia puede tan solo producir para trocarse en hábitos, instintos, usos convencionales que no tienen raiz en la verdadera naturaleza del hombre, carecen de relacion con su verdadero fin, y disminuyen su energía primitiva, sujetando su vida á fórmulas caprichosas y arbitrariedades humillantes.

Una vez destruidas las costumbres, privada la legislacion del solo contrapeso que pueda balanzar y corregir su influencia, no tarda en corromperse, y pronto llega á ser tal el esceso del mal, que ningun remedio encuentran los hombres mas confiados y dispuestos á esperar. Es verdad que á tal estremo no hemos llegado; pero ¿debemos aguardar para aplicar el remedio á que sea incurable el mal? ¿Y quién podrá negar que ha cundido en nuestra sociedad haciendo estragos considerables? Así la mision de la muger no puede ser mayor ni mas difícil en ninguna época, pues tiene por objeto oponerse á la invasion de la barbarie resultante de la corrupcion de las costumbres y depravacion de la inteligencia; conservar la fé y las esperanzas que de ella emanan en el seno de un pueblo incrédulo y dominado por los intereses de la tierra; volver á la vida de familia el rango que debe ocupar y la importancia á que es acreedora; reformar las costumbres por una accion lenta pero continua, y preparar de este

modo la reforma de las leyes y hábitos sociales. Si es fiel á esta mision, puede aun salvarse la sociedad y volver á hallar el principio de vida que ha dejado flaquear; pero si la muger se deja arrastrar por el torrente que amenaza invadirlo todo; si entrega su inteligencia y corazon á las pasiones que devoran los hombres y gastan su actividad, entonces no hay mas recurso que en uno de esos milagros de la providencia en los cuales es presuncion confiar, pues no es tal el modo con que gobierna el Altísimo las cosas de este mundo.

IV

De los medios por los cuales pueden las mugeres ejecutar su mision.

Para desempeñar su mision sublime, las mugeres que la comprenden y que se sienten con el valor de consagrarse á ella, deben mantener en su alma el espíritu de fé por una vida fervorosa, por una oracion continua, y por una práctica constante de todas las virtudes cristianas. Deben asímismo estudiar con el mayor cuidado y meditar con la mayor atencion las verdades del cristianismo, y los deberes que de estas mismas verdades emanan. Harto á menudo las mugeres se contentan con un estudio su-

perficial en este punto, y esto hace que se halle su espíritu sin defensa contra las objeciones que mas adelante tendrán que oir, al paso que se hallará su corazon sin apoyo contra las inevitables seducciones que hallarán bajo sus pasos. Por otro lado, solo por una instruccion religiosa verdaderamente sólida pueden las mugeres reclamar y ocupar en el seno de la familia el lugar á que son acreedoras, y ejercer esa saludable influencia que de ella reclaman las necesidades actuales de la sociedad.

Es necesario que puedan llegar á ser escuchadas por su marido é hijos, y que tenga su palabra esa autoridad que la vuelve eficaz, y llama la atencion aun de aquellos que menos dispuestos están á oirla. Si los avisos de una madre ó esposa son tan á menudo estériles; si sucede á veces que lejos de producir el efecto deseado, ejercen en el corazon de las personas á que se dirigen una especie de desprecio, consiste en que en nada parecen estribar, y no se presentan con esa sancion que da un conoci-

miento profundo de las verdades del cristianismo.

Al hombre repugna la obediencia; lo que se presenta bajo una forma absoluta de mando le repugna, y aun cuando llega á ceder al ascendiente que esperimenta, se figura ingenuamente y se complace en persuadirse á sí mismo que se conforma á lo que su propia razon le demuestra. Ahora bien, los consejos de una madre que carece de instruccion religiosa no pueden menos de producirse bajo la forma de mando, pues no puede acertar en apoyarlos en razones que los vuelvan legítimos. Esta sólida instruccion es aun mas indispensable á las mugeres, si se considera que los hombres que se creen en general superiores á ellas y se desconfian de su inteligencia, forman poco aprecio de su enseñanza y las reciben sino con menosprecio, á lo menos con una indiferencia que guarda mucha analogía con el desden, y que tiene en la práctica los mismos resultados.

Pero una muger instruida y verdade-

ramente superior, sabe adquirir en la familia y en la sociedad el lugar que le pertenece; y una vez que se halla bien reconocida su superioridad, se halla en estado de hacer y decir cosas que no podria hacer ni decir una persona de mérito eminente; al paso que sus palabras y amonestaciones se ofrecen revestidas de una autoridad singular, contra la cual no se precaven los hombres mas llenos de preocupaciones, porque van acompañadas de un carácter de dulzura y benevolencia que sabe imprimir la muger á todo lo que de su alma brota; mientras que las mas rigurosas demostraciones y los mas robustos argumentos que emplea el sexo opuesto, llevan en sí un tinte de violencia y asperidad que ofenden la susceptibilidad orgullosa de las personas á que se dirigen.

¿Quiere decir esto que traspasando los límites de su sexo, deba una muger iniciarse y mezclarse en todas las controversias de que ha sido objeto la religion cristiana, y se halle en estado de responder á todas las objeciones en este

punto? Lejos de nosotros semejante idea. La instruccion religiosa de la muger no debe ser la misma que la del hombre, pues mucho difiere de este por su naturaleza y mision. No, no deben ocuparse de la parte crítica y encadenamiento lógico de la doctrina cristiana, sino de su magnífico conjunto y espléndida unidad, pues esta parte, que se comprende tanto por el espíritu como por el corazon, es la que escita la admiracion y entusiasmo del alma mas que la conviccion racional, se dirige á esa noble facultad de que manan los nobles instintos y sentimientos generosos.

Y seguramente no es esta la parte de la enseñanza religiosa menos bella ni menos importante. Obsérvese este contraste singular : la muger que en las cosas prácticas nota mejor que el hombre las circunstancias y pormenores minuciosos, y parece incapaz de elevarse á abrazar el conjunto, manifiesta una disposicion opuesta en las cosas de la inteligencia. En efecto, no puede como el hombre seguir un discurso hasta sus

últimas consecuencias, ni notar lo flaco de un argumento ni el vicio de una conclusion, porque la razon y el entendimiento no son las facultades eminentes de su alma, y tiene el espíritu tan falto de paciencia como provisto de ella el corazon y la voluntad. Pero ¿qué necesidad tiene de seguir todos los eslabones de una argumentacion sólida, si desde que llega á asirse del principio, ve de una sola mirada todas sus consecuencias, ó por mejor decir, si el mismo principio hace tal impresion en su espíritu por su fuerza ó grandeza, que no puede menos de admitirlo sin deliberacion? La inteligencia de la muger no es lógica sino intuitiva; no razona sino contempla; no es convencida sino arrastrada. En su ser hace mayor mella la elocuencia que la filosofía, y mas la impresionan las ideas en razon de su belleza y novedad que en razon de su certidumbre, disposicion que no deben olvidar las personas á cuyo cargo se halla la educacion del sexo femenino, sin cuya precaucion infructuosa seria la

enseñanza y estériles las lecciones, pues solo bajo la forma que ha deparado Dios á nuestra inteligencia podemos recibir las cosas.

Poco aprovecharia la instruccion religiosa á una muger si no se hallase sostenida por una vida grave, por costumbres severas y hábitos austeros; y no basta que dé á los que la conocen una idea elevada de su inteligencia, sino que debe hacer respetar su carácter y admirar su corazon y vida. Si las mugeres comprendiesen la sublimidad de la mision, ó por mejor decir, del apostolado que Dios les confia, velarian con el mayor afan y con la atencion mas escrupulosa sobre sus movimientos y palabras, para no comprometer por una indiscrecion el éxito de esta mision.

La primera condicion, si quieren lograr fruto, es que se olviden á sí mismas, salgan de su interior para entrar con toda su alma hasta el fondo de la idea que quieren realizar, esto es, no deben tener mas mira que la gloria de aquel de que son mensageras, y la utilidad del

que las envia, sin apetecer, en las santas conquistas que están destinadas á hacer, un triunfo de amor propio, un medio de hacer alarde de las gracias de su propio talento y deslumbrar el de los demas, sino buscando con teson y esclusivamente el triunfo de una idea, un medio de propagar la honra de aquel á quien han consagrado su vida, y hacer que brille en el entendimiento ageno la luz que al suyo propio ilumina.

Por desgracia acontece harto á menudo que las ocupaciones del amor propio comprometen y frustran el éxito de tan santo apostolado. Muy dificil es que la muger renuncie á ese secreto deseo de agradar que fermenta en el fondo de su naturaleza y forma, sin que á veces lo note, el móvil de casi todas sus acciones; y este instinto que continuamente tiende á retoñar, debe, sino desarraigarlo completamente, á lo menos esforzarse en precaver sus resultados funestos. Una muger que, á una sólida instruccion reune un desinterés perfecto, y un abandono entero á Dios y á su gracia, puede

llegar á ser en las manos divinas un instrumento de misericordia cuyo poder es dificil calcular. Sus esfuerzos deben tender á operar conversiones no en ventaja propia, sino con desprendimiento y con mira de Dios; y hacer que se rindan los pecadores á la verdad, no á su persona. Si obra en su propio nombre carecerá de todo poder para el bien, mas no si obra en nombre de aquel de quien *viene toda nuestra suficiencia*. Dios comunica su virtud y poder á nuestras palabras y obras cuando hablamos y obramos en su espíritu y para su gloria; y los sustrae de nosotros, é inútiles vuelve nuestras acciones cuando nuestra propia individualidad es el norte de nuesobras ó palabras.

Una muger frívola en su vida, ligera en sus gustos, fútil en sus palabras, dominada de la idea de agradar, ocupada de sí misma, de acicalar su rostro, estudiar sus modales, desprovista de modestia y sencillez; una muger para quien la piedad no es una cosa esencial y dominante en sus pensamientos, acciones

y actos; una muger que se figura ser religiosa porque en el plan de su vida inserta algunos ligeros ejercicios de devocion; una muger que no es profundamente humilde y consagrada enteramente á Dios y á su gloria; semejante muger es poco apta para el apostolado de que aquí se trata, y si tal carrera emprende, pocas conquistas podrá hacer á la verdad, ó por mejor decir, lejos de conquistar las almas á Dios, dejará conquistar la suya, llegando á ser domeñada y avasallada por los que vencer pretende.

Al contrario sí se halla bien penetrada de su mision, si reune todos los requisitos que su desempeño exige, inmenso es el bien que está destinada á cumplir, y llegará á ser el ángel tutelar de la familia, reinando en su casa, no para establecer su propio reino sino para arraigar el de Dios. Sus palabras, siempre impregnadas del aroma celeste de que su alma rebosa, esparcirán en los oyentes la calma y la alegría. Su mirada siempre serena, siempre afectuosa, la

hará ser respetada por los circunstantes, y tal vez evitará mas de una palabra descomedida y peligrosas discusiones.

Con tacto insinuante y delicada finura sabrá volver séria é instructiva la conversacion, sin que por eso raye en fastidiosa y monotona; y acertará á darle de vez en cuando ese gusto picante y gracioso que la vuelve mas gustosa, atizarla cuando parece apagarse, apaciguarla cuando llega á ser tumultuosa, terminarla cuando llega á propasarse. Igualmente, por la autoridad suave que ejerce en los espíritus y corazones, consigue que no tengan lugar las disputas y objeciones desfavorables á la religion, y si no llega á alcanzar este fin, sabe responder por pocas pero nobles palabras que persuaden á las personas presentes, ó á lo menos las inducen á traer en la controversia mayor dósis de moderacion, justicia é imparcialidad.

Sus avisos, siempre caritativos, serán bien recibidos de aquellos que serán objeto de sus amonestaciones; y aun

cuando juzgue oportuno afear la conducta culpable de ciertas personas, procederá con indulgencia y compasion, y darán nuevo pábulo al respeto que inspira en el alma de un hermano, hijo ó esposo, que acudirán á pedir sus consejos antes de emprender cosa alguna, ó palabras de aliento ó de encomio estimulante durante la ejecucion; y si no vienen á consultar su razon, vendrán á consultar su corazon, sobretodo si sabe abstenerse de cierto entusiasmo escesivo, esa exageracion facticia y precipitacion de juicio tan comun en las mugeres cuya educacion ha sido descuidada, ó cuyo juicio no ha madurado la esperiencia, y si por la observacion de su propio corazon y el ageno ha llegado á adquirir esa sabiduría, prudencia, moderacion, templanza intelectual y voluntad apacible que tanto peso da á los consejos y tanta fuerza persuasiva á las palabras.

Tal es el retrato de una muger apóretol, de una muger en estado de ejercesla sublime mision que le ha confiado la Providencia. A semejantes mugeres per-

tenecen el poder y la influencia, la facultad de practicar la virtud, elevar y santificar todo lo que las rodee. Las demas creen reinar y esclavas son; creen guardar el poder y de él carecen, pues no supieron grangearse el respeto y veneracion que constituyen la fuerza de una muger.

V

Continuacion del mismo asunto.

¿Hasta dónde debe estenderse el círculo de la actividad y el apóstolado de la muger? Esta cuestion no puede ser resuelta de un modo uniforme, y la respuesta que á ella podria hacerse debe ser modificada por la diversidad de la situacion del sexo femenino. En todo caso puede decirse que la familia es el círculo natural y primitivo de esa actividad, y que por consiguiente en ella debe ejercerse su primera é inmediata influencia. Efectivamente hay pocas mugeres que carezcan de una accion

pronunciada y determinados deberes en este círculo. Una tiene un marido, otra un hermano, esta un padre, aquella un hijo que reclaman todo su celo y caridad.

¿Acaso no prueba la esperiencia que al buen ejemplo de una hija querida debió su conversion mas de un padre estraviado? Y cuando inútiles son las palabras y ejemplos, posee la muger por recurso la oracion que nunca debe agotarse en su seno, y mediante la cual puede vencer la obstinacion de las personas que ama y que á Dios quiere convertir. Hay en la abnegacion, en el cariño, en la cuidadosa solicitud de una hija, madre ó hermana, un poder inmenso que ni ellas mismas sospechan.

Cuando, á efecto de su edad ó esperiencia, ha llegado una muger á adquirir una posicion que le permite estender, sin peligro para sí misma y la causa que sirve, la esfera de su celo y apostolado, no debe mostrarse pusilánime ante la mision que Dios mismo le confia; sino al contrario conviene que, sin apartar-

se de las reglas de la prudencia y modestia, busque todas las ocasiones que podrán ofrecérsele de hacer amar la verdad á los que no la conocen. A este fin puede recurrir á varios medios : si por el rango que en el mundo ocupa, se halla obligada á mantener relaciones numerosas, lejos de deplorar esta necesidad y suspirar por las dulzuras de la soledad, debe aceptar francamente la posicion que le deparan las circunstancias, y sacar de estas el mejor partido para la gloria de Dios y la utilidad del prójimo. No hay posicion en el mundo que no tenga sus ventajas é inconvenientes, y cada persona debe contentarse de la suya y no desear otra. Las que vivan lejos del mundo en la soledad, den gracias á Dios de haberles dado los medios de pertenecerle esclusivamente ; y las que viven en el torbellino mundano por necesidad de posicion, deben bendecirlo por haber permitido que se hallen en estado de darle gloria trabajando por el bien del prójimo.

Todo puede ser medio de ejercer este

noble apostolado á una muger que se haya penetrado de su santidad. No hay circunstancia, no hay accion por pequeña que parezca, que no les de ocasion de predicar á Jesucristo, sin que los oyentes sospechen siquiera su intencion. Así predicarlo es ir á ver á una muger ligera y frívola, ó recibir su visita con la idea de elevar un instante su espíritu y su corazon sobre las miserias que habitualmente ocupan á ambos. Predicar á Jesucristo es recibir un secreto ó provocar una declaracion de confianza, con el deseo de dar un buen consejo, y convertir á Dios á una muger jóven que habia alejado de su Criador el amor del mundo.

Predicar á Jesucristo es visitar á un enfermo, con el objeto de acechar, por decirlo así, su alma al salir de esta vida, y procurarle los socorros de religion que hubieran podido faltarle. Predicar á Jesucristo es visitar un alma angustiada, con la esperanza de darle á entender lo miserable y perecedero de las cosas de este mundo, y persuadirla que

no hay felicidad real y duradera fuera de la práctica de la virtud. Predicar á Jesucristo es poner un término oportuno á una escandalosa discusion ó á hablillas indecorosas; protestar por la modestia y sencillez del trage contra los culpables escesos del lujo é inmodestia de ciertas mugeres que, no pudiendo llamar la atencion por las gracias intelectuales y distincion de modales, se esfuerzan en concentrar en su persona las miradas, halagando las inclinaciones viciosas del sexo opuesto: cadáveres vivos cuya putrefaccion atrae las almas ajadas, como los cuerpos corrompidos las moscas que zumban en las cercanías.

Predicar á Jesucristo es convidar á su mesa ó alguna reunion por de noche, ciertas personas conocidas y estimadas, con el objeto de hacer que hallen amena la vida devota, y probarles que lejos de oponerse á los deberes que exige nuestro estado, ó á los placeres lícitos que reclama la flaqueza de nuestra naturaleza, los eleva y santifica por su benéfica in-

fluencia. Predicar á Jesucristo es dar un buen consejo, emitir á tiempo una reflexion saludable, dar á una persona un encomio merecido ó una dulce reprension. Predicar á Jesucristo es dar aliento á una muger que decae sin esperanza, ó mirar con compasion un ser débil que reclama nuestra proteccion ó piedad. Predicar á Jesucristo es manifestar á los demas por palabras y obras que no nos pertenecemos á nosotros mismos, sino enteramente á los demas, y que consagrados estamos á los intereses agenos y dispuestos á servir al prójimo. Por último, predicar á Jesucristo es vivir en el mundo para enseñar á permanecer en él como si en él no se viviese, á no fijarse en las cosas perecederas, y á considerar como una obligacion dolorosa el tener que guardar numerosas relaciones con las personas mundanas.

Pero para que esta predicacion sea fructuosa, conviene que presida una intencion pura, sin pretension, pues si esta es desagradable en el hombre, es insoportable en la muger. Ademas esta

predicacion debe ser tan natural, que debe tener lugar no solo sin que lo note la persona á que se dirige, sino hasta cierto punto sin que lo note la persona misma que predica. Mas esta ignorancia no obsta á que la persona que predica pueda y deba proponerse, antes de obrar, un fin noble, serio y elevado; si bien, despues de haber dirigido su intencion, debe pensar tan solo en ser agradable á las personas con quienes se encuentra, sin designio de predicarlas; de otro modo serian intempestivas tales pláticas y poco naturales; notoria seria la intencion y consiguientemente no lograria su objeto, pues nadie consiente en ser amonestado en una reunion, y mucho menos por una muger á quien se exige tan solo el ser amable y obsequiosa.

Una muger que, con el deseo de ser útil, no quiere esponer su posicion, debe guardarse de chocar por lo afectado ó seco de sus modales, por una conversacion glacial y monotona, por palabras sentenciosas y enfáticas. Al mismo

tiempo conviene que no tome parte activa en las discusiones, si bien, tal como un juez, debe intervenir para dirigirlas ó quitarles su asperidad. Tampoco debe hacer alarde de su ciencia ó de su erudicion, sino esforzarse en ocultarla á los demas y aun á sí misma si la cosa es posible.

Rara vez debe contradecir de un modo formal y positivo el dictámen que oye emitir, sino aventurar una duda discreta, y parecer querer, mas que corregir á los demas, instruirse á sí misma. Nunca debe una muger salir de su naturaleza, y jamás tendrá tanta seguridad de lograr su intento, como cuando no lo exige ni aun parece desearlo. Conviene que tenga un cuidado especial en no permitirse la menor personalidad, ni broma que pueda ofender; sino importa que, contemporizando con la susceptibilidad agena, y con una vigilancia singular, tome el partido de la persona atacada, y le preste apoyo para que mas fácilmente se defienda. Tales son los servicios que le grangearán el corazon y con-

fianza general, y le volverán mas fáciles los fines meritorios que se proponga.

Si conoce algunas mugeres que pueda asociar á estos fines, é iniciar á su apostolado, no olvide que mas pueden dos personas que una sola, y que de la union nace la fuerza. Si se entendiesen y concertasen las mugeres que tienen los mismos sentimientos é ideas, mas prontos y seguros serian los resultados, pues teniendo en sí el derecho y la verdad, podrian, obrando con santa maña, reformar el tono y hábitos de una sociedad ó poblacion, ó á lo menos oponer á sus funestas influencias un contrapeso saludable. Por otra parte, por mas inútil que parezca, una protestacion nunca se pierde, aun cuando se limitase su efecto á despojar al mal de la apariencia del derecho que usurpa y que es el peor de los males.

VI

De la vida religiosa.

Cuando debe escoger una muger la profesion en que debe servir á Dios, dos vias se presentan á su vista, ambas buenas y rectas, ambas conduciendo al mismo término, si bien la una de un modo mas seguro y parezca por esto mismo ser mas perfecta. La virginidad y maternidad, que por una operacion milagrosa reunió la madre del Salvador, no pudiendo coincidir simultáneamente en las demas mugeres, debe cada una de estas elegir uno ú otro de estos dos estados, segun la inclinacion y dispo-

sicion propia. En ambos puede considerarse feliz de operar su salvacion; mas esta será mas fácil en aquel para el cual la haya Dios dispuesto de preferencia, y por consiguiente dádole mas vocacion.

Sin embargo, si por desidia ú otro motivo aun mas culpable no se hubiese prestado al reclamo de la providencia, y hubiese abrazado un estado menos conforme, no debe por eso desalentarse; pues con cierta resignacion y valor, no hay situacion en que no sea posible ser feliz, y fácil la salvacion con cierta docilidad á la gracia; y no ha determinado Dios y aplicado de un modo tan especial á tal ó tal estado las gracias que á cada uno de nosotros reserva, que fuera de él no hallemos mas que ocasiones de caida sin los auxilios que pueden hacer que las evitemos.

El primer estado y el mas perfecto que puede abrazar una muger es la virginidad ó vida religiosa; y cuando á esta vida sublime la llama Dios, debe su alma rebosar de agradecimiento y tener

un cuidado especial en no perder por culpa propia la vocacion preciosa con que quiso dotarla la voluntad divina. Muy culpables son los padres que, amándose á sí mismos mas que á sus hijos, se niegan á sacrificar á Dios sus gustos, y se esponen á hacer á sus hijos desgraciados por toda su vida, forzándolos á abrazar una profesion por la cual ninguna vocacion sienten.

Erróneo es el concepto que se forma el mundo acerca de las comunidades y de la vida de los que á ellas pertenecen. Opínase que no puede ser dichosa una muger que se consagra á Dios en un claustro, y que está condenada á arrepentirse tarde ó temprano de su resolucion primitiva de abandonar al mundo.

No admite duda que hay en el claustro un foco de continuos lamentos y estériles deseos, y que hay almas para las cuales es una lucha continua la vida religiosa; mas ¿no sucede lo mismo en el matrimonio? Si fuese necesario comparar el número de mugeres que deploran en el claustro la pérdida del mundo,

al de aquellas que, en el matrimonio, trocarian su condicion por la del claustro, dudoso es cuando menos cuál seria el mayor. Y si fuere necesario compararlo que en el claustro sufre una mugerque echa menos el mundo con las continuas penas de la que contrajo un enlace infausto, dificil seria decidir. Ello es cierto que en los paises en que la ley autoriza el divorcio, muy frecuente es este, á pesar de la reprobacion de la opinion; y que en los paises en que lo prohibe la ley, abundan los tribunales en escandalosos litigios que obligan á comparecer ante el juez consortes de carácter incompatible, y cuya separacion hay que sentenciar para evitar mayores males.

Ahora bien; la ley permite en Francia el divorcio á las esposas de Jesucristo, y las que desgraciadas se encuentran en tal situacion, no tienen mas que decir una palabra para trocar de estado. ¿ Porqué así no proceden ? ¿ Porqué no arrostran la opinion pública como tantas mugeres que vemos en presencia de

los tribunales esponer las desazones y aun las culpas de que fué causa el matrimonio? Hay en la desgracia un grado en que ninguna consideracion escucha la muger, ni obstáculo alguno la detiene; y cuando con ansia anhela algo, ¿ quién ignora que sabe desplegar una energía de que no es capaz el hombre? Si los pesares fuesen tan frecuentes y tan acerbos en los claustros como generalmente se cree, ¿ no veriamos á menudo las desgraciadas reclusas reclamar el derecho que la ley les concede? Y sin embargo, apenas si á tal derecho acuden las que, no habiendo profesado votos perpetuos, pueden en plena conciencia, abandonar su profesion, pues todas, con corta escepcion, mueren como vivieron, esposas de Jesucristo.

La Iglesia, por otra parte, ha sabido tomar todas las precauciones necesarias para precaver este divorcio espiritual por la institucion del noviciado, que siempre precede á la profesion religiosa, durante cuyo intervalo pueden las postulantes certificarse si bastan y convie-

nen á la vida y deberes de la soledad claustral.

Pero lo que mas comunmente achaca el mundo á la vida religiosa, es el desconocer la dignidad de la muger, y reducirla, por el voto de obediencia, al estado de esclava. En verdad, creeríase al oirlo, que la posicion de la muger en el mundo nada le deja por desear, y ofrece á su actividad un vasto ámbito. ¿ Ignoran por ventura los propaladores de semejante aserto la condicion que imponen las leyes á las mugeres en el matrimonio ? La legislacion las mira y las trata como menores, y las coloca bajo la tutela del marido, sin cuyo consentimiento nada pueden hacer. Hay muchas circunstancias en que ni aun siquiera les es permitido servir de testimonio, la mas elemental de cuantas facultades goza el hombre, como que su empleo solo arguye sentidos fieles y conciencia recta.

Ahora bien; todos los derechos que la ley niega á la muger, se los concede la Iglesia en el claustro. Es verdad que debe

obedecer; pero obedece á una regla que conoce, que ha aceptado y probado, y que no se puede cambiar sin que consultada sea. Es verdad que tiene personas superiores en cuyas manos depone su voluntad; pero estas personas ella misma las escoge, y si no le convienen, puede casi siempre cambiarlas, despues de un intervalo de tiempo bastante corto para que sea imposible la tiranía.

En estos claustros tan calumniados existe la vida pública y social, que en el mundo es el privilegio esclusivo de los hombres. Hállanse asambleas deliberantes, mugeres que emiten su parecer y voto, que administran los bienes de la comunidad, y los emplean como juzgan conveniente. La que hoy obedece, mañana mandará tal vez, y la que manda volverá á tomar, entre las que obedecen, el lugar que anteriormente ocupaba, y de que la sacó el voto de sus compañeras. ¿Cómo puede ser tiránica la autoridad, cómo puede ser humillante la obediencia con tales precauciones, con tales formas de gobierno?

Pero el deseo de disfrutar de tales prerogativas no debe determinar á una muger al pronunciarse por la vida religiosa, sino que debe elevar mas sus miras, y buscar sobre todo la gloria de Dios, su propia salvacion y la del prójimo. Antes de tomar una determinacion de que depende toda su vida, conviene que examine atenta y maduramente la estension de las obligaciones que va á imponerse, que estudie su carácter y disposiciones, para discernir bien si la impele á abrazar una vida mas perfecta el único deseo de agradar á Dios, y responder al dulce reclamo de la voluntad divina, ó si la mueve, sin que lo note á primera vista, cierto motivo natural oculto en algun pliegue del alma, si bien no puede escapar al escudriño de una conciencia escrupulosa.

Sucede tambien á veces que las mugeres de un corazon vivo é imaginacion ardiente, confiándose en demasía y presumiendo escesivamente de algun acceso de fervor pasagero que escitó en su espíritu cierta circunstancia solemne,

consideran como una vocacion á la vida religiosa los deseos de perfeccion que esperimentan, y forman imprudentemente resoluciones que de un modo deplorable complican su porvenir y las preparan innumerables angustias. No, no se revela la voz de Dios en nuestras almas por deseos repentinos é impetuosos, y el fin de la vida y el secreto de nuestro porvenir no se revela súbitamente á nuestro espíritu. La accion de Dios, el efecto de su gracia es casi siempre una accion suave, lenta y casi insensible, que fermenta como un gérmen, y como este toma continuo incremento. Ademas á este efecto cooperan las circunstancias esteriores que dispone Dios para efectuacion de sus fines. A veces empero sucede que permite la divina voluntad que nazcan obstáculos bajo nuestros pasos, para que en vencerlos empleemos la fuerza y energía que esta misma voluntad nos depara.

En negocio de tamaña importancia no debe decidirse por sí sola una muger, sino que debe abrirse á sus padres, y es-

timar los consejos que de ellos reciba Si son ancianos y reclaman la presencia y cuidados de su hija, necesario seria que la llamase Dios á la vida religiosa de un modo muy evidente, para que pudiese decidirse á abandonarlos, pues tendria ante sí un deber cierto y presente que tan solo podria equilibrar otro igualmente cierto. Tampoco debe preferir su propio gusto á la voluntad de sus padres, á menos que impelan á estos motivos manifiestamente malos ó de un órden tan inferior que no puedan tener cabida en un alma generosa.

Despues de los autores de su ser debe una muger conferirse con personas prudentes y esclarecidas, que conozcan bien la vida religiosa y se hallen en estado de apreciar sus deberes é inconvenientes. Y para que sea el consejo mas fácil y seguro, importa que se muestre tal como es, para que puedan juzgar si sus disposiciones y carácter concuerdan con las obligaciones de la vida que quiere abrazar. Debe asímismo tantearse, escudriñar su espíritu y corazon, su carácter y

voluntad, examinar su vida pasada, cuyos hábitos pueden tener mucha influencia en su determinacion; prever el porvenir, y no ilusionarse acerca de los inconvenientes que podrán presentarse ulteriormente y el arrepentimiento á que pueden dar lugar; pues la vida religiosa no exime de la lucha y guerra continua á que se halla condenado el hombre en esta tierra desde su transgresion, y como todas las posiciones, aun las mas venturosas, recela sus tentaciones, peligros y tristezas.

Si tiene un carácter voluble y ligero, una voluntad flaca y sin energía, un corazon inconstante y difícil de fijarse; si pasa pronto del fervor á una vida tibia y disipada; si su voluntad terca é indócil apenas se somete al yugo de la obediencia; si es sin gran dificultad avasallada por la envidia y la acosa el prurito de dominar; si la caracteriza un genio inquieto, díscolo y sedicioso; si su corazon necesita un objeto sensible que absorba la efusion de su cariño y fije sus deseos; en este caso debe es-

tar muy sobre sí, y temer que en el claustro en que aspira á entrar, halle, en vez de la seguridad que busca, tentaciones mas numerosas y difíciles que en el mundo.

Pero si se halla dotada de una voluntad firme y constante; si es capaz de gran abnegacion y sacrificios; si es humilde, obediente, de un carácter manso; si se complace en la oracion, retiro y soledad; si el mundo y sus placeres no tienen halagos que la tienten; si su corazon no se halla asaltado por esa sensibilidad que puede llamarse estérior, y que tan solo satisfacen objetos sensibles; si el amor de Dios y contemplacion de sus perfecciones infinitas pueden bastar á su alma apacible y pacífica, puede lisonjearse que la atraccion que esperimenta por la vida religiosa le es inspirada por la gracia, y no le queda mas que discernir á qué género de profesion debe consagrarse, pues la vida religiosa es diversa en su fin y medios, y adecuada á los diferentes gustos y disposiciones.

La muger que, como Marta, prefiere

la vida activa, puede hallar en qué desplegar su celo en las admirables asociaciones consagradas á la educacion de la infancia y la juventud, ó alivio de todas las enfermedades. Y si, semejante á María, prefiere mantenerse á los pies de Jesus en la oracion contemplativa, ó si las disposiciones de su corazon exigen un retiro absoluto del mundo, puede en este caso acogerse á una de esas casas en que las oraciones de algunas almas pias resarcen en cierto modo las blasfemias y delitos que á cada instante provocan la ira del Omnipotente. Procediendo así habrá, como María, escogido la mejor parte; y si es fiel, no le será quitada, y continuará en el cielo la vida de oracion y amor que empezó en este valle de lágrimas.

XI

Del matrimonio.

Como la vida religiosa es una vida de perfeccion, resulta que tan solo está reservada á un corto número de almas privilegiadas á quienes reserva Dios sus mas íntimas comunicaciones y mas preciosos favores. La mayor parte de las mugeres se halla destinada á vivir en el mundo, y á servir á Dios en el estado de matrimonio. San Pablo dice escribiendo á los Corintios, que el Cristo es el gefe del hombre, el hombre el gefe de la muger, y que Dios es el gefe de Cristo; que el hombre no procede de la muger, sino

la muger del hombre; en fin que el hombre no ha sido criado para la muger, sino esta para el hombre, y que el hombre es la imágen y gloria de Dios, pero que la muger es la gloria del hombre.

¿Pretende acaso el apóstol que el hombre es el fin de la muger, del mismo modo que Dios es el fin del hombre? No evidentemente, pues ambos hombre y muger tienen el mismo fin. Ambos fueron criados para Dios y deben tender á Dios, si bien por medios diversos, pues diferente es su naturaleza.

Estas palabras de san Pablo nos revelan un conocimiento profundo del carácter de la muger y del objeto que le señala su naturaleza íntima. Sí, la muger es la gloria del hombre y para él fué criada; el hombre es la imágen y gloria de Dios, y tiene por gefe inmediato á Jesucristo, su hijo divino.

En efecto, lo que distingue la muger del hombre es que este puede fijarse á su idea, consagrarse á ella durante su vida entera, mientras que la muger se inclina, adhiere y consagra á una per-

sona. Esta diferencia tiene su origen en que el hombre ha sido criado para obrar, mientras que la muger tiene por mision amar, y por su amor volver mas fácil la accion del hombre de quien es compañera, y de quien, segun la espresion del apóstol, debe ser gloria. Así la muger tiene necesidad de alguien para apoyarse, que la dirija, que sea su gefe, como el Cristo es el gefe del hombre; de quien sea gloria, como el hombre es gloria de Dios. Y esta necesidad responde al menester del hombre de obrar y gobernar que lo diferencia de la muger, y vuelve mas dulce su union. La muger se apoya en el hombre, este sostiene aquella, y ambos, prestándose un socorro mutuo, marchan con mas seguridad al término comun.

Pero esta disposicion de la muger á obedecer, á apoyarse en alguno que la dirija y le dé fortaleza, á consagrarse á un hombre que la ame y sostenga, se impone el deber de examinar con atencion el ser á quien su vida entera consagra; pues si el hombre que toma por esposo sabe

comprender las obligaciones que su confianza le impone, ello es cierto que en su amor por él hallará una poderosa seguridad de felicidad y virtud. Mas si desgraciadamente cae en manos de un hombre que desconozca su dignidad, y para el cual no sea el matrimonio mas que un velo, bajo el cual pueda abrigar las pasiones culpables de su corazon, debe temer la muger que su docilidad, su disposicion á obedecer y su afan de abnegacion paren en su ruina, y acaben por dejarla indefensa bajo una direccion funesta.

Este es un escollo contra el cual se estrellan la virtud, la voluntad y el valor de muchas mugeres. En los primeros tiempos, imbuidas de los principios de una educacion cristiana, se defienden y luchan contra los esfuerzos de un esposo sin religion ni honor, para derribar las barreras que á sus designios se oponen, y hacerlas cómplices de sus errores y vicios. Pero muchas veces fatigadas, postradas y agotadas sus fuerzas por la lucha, se rinden, quedan un-

cidas al vergonzoso yugo que le impone su indigno consorte, y aceptan el oprobio que macula su alma. ¡Cuántas mugeres hay en cuyo corazon la abominable perseverancia de un marido acabó por sofocar hasta el último gérmen de las virtudes preciosas que habia depuesto en su alma una educacion cristiana!

El matrimonio consiste principalmente en la union de las almas, y esta sola puede bastarle sin que ninguna otra sea capaz de reemplazarle. Pero para que las almas se unan, es necesario que tengan un centro comun en que puedan hallarse y comprenderse, y el amor tal vez bastaria para ofrecerles este punto de union, si el hombre, juntamente con el deseo de amar, no tuviera igualmente el de pensar y creer, y si no hubiese una facultad aun mas exigente que el corazon, como es la inteligencia. ¿Cómo podemos suponer posible una union perfecta entre dos almas que no están de acuerdo en los puntos mas importantes y en el fin esencial de la vida, entre un alma que blasfema y otra que cree, en-

tre un alma que aspira y pasta de fé y otra que desprecia lo que la otra estima soberanamente?

Tal vez podrán estar de acuerdo sobre cosas accesorias ó indiferentes, sobre los medios de adquirir una fortuna brillante, lograr todo cuanto exige el bienestar en este mundo, y distinguirse de los demas por el lujo; en una palabra para unirse y comprenderse será necesario que bajen á esa esfera inferior en que engolfadas hállanse las almas bajas, y encima de la cual debemos elevarnos y sostenernos si queremos ser fieles á nuestra naturaleza y lograr nuestro fin superior.

Pero jamás podrán reposar juntos sobre un pensar celestial, sobre una santa esperanza, sobre un sentimiento divino; nunca podrán divisar los horizontes de luz que existen fuera de esta vida perecedera, pues pegados se hallan á este planeta que llamamos la tierra. Despues de la muerte, la union no es posible, ni aun siquiera puede soñarse, la separacion tan segura como

eterna, y la huesa será barrera insuperable. Tal es la suerte, tales son los dolores y angustias que se reservan las mugeres que, por culpable docilidad ú otro motivo análogo, contraen nupcias con hombres incrédulos.

Y cuando se trate de dar á los hijos la educacion que su posicion reclama, ¿cómo podrán ponerse de acuerdo dos esposos que difieren radicalmente en el principio y objeto de la educacion? Mas como al hombre pertenece el gobierno de la familia, y debiendo prevalecer la voluntad de este, ¿no es probable que en la enseñanza de los hijos se hará poco caso de los principios religiosos, de esos principios que deberian formar la base esencial de toda educacion? ¿Y quién puede calcular el resultado de tal omision en el porvenir de los hijos?

Mas adelante, cuando habrá llegado el tiempo en que deban estos escoger un estado, si los llama Dios á una vida mas perfecta, ¿no se opondrán las preocupaciones de un padre á tan laudable vocacion? ¿cómo puede concebirse que

un hombre incrédulo comprenda algo en lo tocante á las efusiones sublimes de un corazon verdaderamente religioso, y vea con gusto la tendencia que manifiestan sus hijos á una vida pura y espiritual? Y aun admitiendo que la voluntad del Señor los llame al matrimonio, ¿acaso es de poca importancia la eleccion de un esposo para la felicidad en este mundo y en el otro? ¿Por ventura es de poco peso la religion en semejante materia?

Así pues, al contraer nupcias con un marido incrédulo, no solo arriesga la muger su ventura y salvacion, sino tambien la de los hijos que puede darle Dios, y que llegarán á ser un dia el principal objeto de su ternura y solicitud. Tal vez el reposo de sus últimos momentos será asaltado por el temor de dejar á su esposo é hijos sin medios de salvarse, y que su última despedida en este mundo sea despedida eterna.

Hay mugeres que no consentirian en tomar por esposo á un hombre de una esfera inferior, y creerian contraer un

enlace desigual y bajo. Mas la verdadera desigualdad, la verdadera bajeza, solo existen entre las almas; y toda aquella que ennoblece y enriquece con sus dones preciosos la divina gracia, se avillana, se envilece al asociarse á un alma desprovista de fé y virtudes, y no hay degradacion que mas que esta sea deplorable en sus resultados.

Es cierto que puede suceder que una muger convierta á su marido y lo saque del golfo de escepticismo en que puede yacer; mas el efecto contrario es mas general, y es mas fácil comprender que el marido atraiga por su ascendiente é influencia superior á la muger, y le haga perder la fé y renunciar á la práctica de las virtudes cristianas; en una palabra puede suceder, y desgraciadamente harto á menudo sucede, que una muger fiel sea pervertida y desarraigada del terreno evangélico por un hombre impío.

Hay ocasiones, no lo negamos, en que una muger puede abrigar plausiblemente la idea de convertir á Dios,

por la influencia de sus consejos y ejemplos, un marido que ama y que la ama; pero esta escepcion no destruye, antes bien corrobora la regla que hemos establecido, y que deben tener siempre presente las mugeres al tratarse de tomar esposo.

Si llegan despues á arrepentirse del partido que tomaron, comprenderán que al hacerlo prescindieron de lo que de ellas exigian la prudencia y la fé. ¿Acaso deliberaron con madurez en presencia de Dios acerca del partido que les convenia tomar? ¿Se elevaron en alas de la fé sobre los errores é ilusiones que arrastra consigo el desvarío de la imaginacion? ¿Consiguieron establecerse en ese estado de imparcialidad que resulta de la rectitud y sinceridad de espíritu, y sin el cual no hay seguridad para el juicio, ni para las resoluciones que forma? ¿Consultaron á Dios, á sus padres, á personas beneméritas y esclarecidas, con la intencion sincera de aprovecharse de sus consejos, y valerse de ellos en sus deliberaciones? Esto es

lo que debieran hacer todas las mugeres antes de casarse, mas por desgracia no todas así proceden.

Las madres se hallan persuadidas, y de ello persuaden fácilmente á sus hijas, que no pudiendo ir una muger en busca de un marido, debe tomar el primero que se presente, aun cuando no ofrezca todas las garantías que seria de desear, y que obrando de otro modo, se esponen á quedar siempre solteras. Pero ¿acaso es cosa de poca monta el tomar un partido que compromete la felicidad temporal y espíritual? ¿Porque no hacen, los padres y las mugeres que llama Dios al matrimonio, el mismo caso de la fé y virtudes cristianas que de las calidades meramente esteriores? Si un hombre indigente de dinero, pero rico de piedad, ofrece su corazon á una muger rica, harto consta cuán difícil, é imposible á veces, es tal union, efecto de la oposicion de los padres ó de la misma solicitada.

Ahora bien, por grande que sea la confianza de una hija en sus padres, por grande que sea el respeto que tenga á

su voluntad, sus deberes filiales no deben hacerla olvidar sus obligaciones para con Dios, y su obediencia á las órdenes paternales no debe ser causa de que comprometa su vida eterna y tranquilidad temporal. En circunstancias tan importantes conviene que se revista de valor y firmeza para oponer una resistencia invariable á todas las solicitaciones, á todas las asechanzas de que puede ser objeto, pues su condescendencia criminal puede forjarle inútil y deplorable arrepentimiento; y al obrar así, no solo debe guiarla su propia felicidad, sino tambien la de sus padres, á quienes evita el dolor y remordimientos de haber causado la desgracia de su hija por una union contraria á su conciencia y repugnante á su gusto.

VIII

De los enlaces mal adecuados.

¿Qué debe hacer una muger que, sea por error, sea por culpa propia, contrajo un mal matrimonio, y se ve condenada á pasar toda su vida con un hombre á quien no puede tributar estimacion ni respeto? ¿Es irremediable su desdicha? ¿No le queda mas recurso que el abatimiento y desesperacion? Su condicion es seguramente deplorable, y tal vez no hay otra que sea mas miserable en la tierra. Pero en fin no hay posicion, por difícil que sea, de que no pueda triun-

far una voluntad firme y valerosa; y cuando una desgracia es inevitable, la resignacion es en cierto modo el único modo de precaverla. Si en una vida erizada de sinsabores y miserias como es la nuestra, la paciencia es la mitad de nuestra virtud y el mas abundante manantial de méritos, ¡ de qué valor debe será los ojos de Dios, y de qué precio para la eternidad una vida de sacrificios continuos !

No admite duda que el primer menester de una muger es amar y ser amada; pero no lo es menos, aunque á menudo lo olviden los hombres, que la muger tiene del amor un concepto mas elevado de lo que generalmente se admite. El amor es para la muger una mezcla de ternura, estimacion, confianza, respeto y admiracion, pues raro es que ame sin admirar al mismo tiempo á su manera el objeto amado. Naturalmente compasiva por las miserias corporales, que activan su amor dándole la preciosa ocasion de ejercer su abnegacion y desprendimiento, la muger es implacable con respecto á las

miserias del espíritu ó del corazon, y en esta esfera su compasion raya en desprecio. Tal es la condicion natural del sexo femenino, á lo que tan solo escapan algunas pocas mugeres á fuerza de superioridad intelectual, ó por maravillosa energía de corazon, ó á fuerza de virtudes. Las demas, esto es, la casi totalidad se muestran desprovistas de toda indulgencia por toda flaqueza humana procedente de la lesion del espíritu ó corazon, aun por aquellas de que fueron cómplices ó que ellas mismas provocaron.

Al momento que pasa el período de embriaguez, se vengan en el hombre de las culpas á que las impelieron ó á que condescendieron; pues la muger necesita estar persuadida que el hombre es capaz de sostenerla y aun contenerla si es necesario, y tal conviccion le es necesaria para que á su marido estime y respete. ¡Ay del hombre imprudente que de tal creencia la despoja! pues la muger que cesa de respetar á su marido, no dista de aborrecerlo, y cuando el amor

no mora en su corazon, es este un arsenal de tormentas.

Momento tremendo para una muger es cuando se cerciora que, despues de haber dado á su esposo todos los tesoros de su corazon, no ha hecho mas que adorar un ídolo, y cuando puede repetirse á si misma esta lamentable palabra: Sí, me he engañado. Entonces es cuando debe llamar á su socorro su fé y todas las consideraciones saludables que puede esta sugerir, pues solo la fé puede darle la fuerza que necesita para sobrellevar su desdicha y escapar á los peligros que la amenazan.

El mayor de todos es que los deje adivinar, descubriendo, sea por indiscrecion ó falta de vigilancia, la posicion de que emanan. De este modo se espondrá á los obsequios y lisonjas de los hombres corrompidos que acechan con culpable curiosidad los sollozos y lamentos que arranca á la muger la desdicha, y les ofrecen como compensacion de la dicha perdida, el crimen, la vergüenza y el remordimiento. La indiscrecion mas

ligera puede acarrear los mas funestos resultados; y si se siente bastante fuerte para bastarse á sí misma en tan triste situacion; si encuentra en su espíritu suficientes luces para guiarse y energía suficiente de voluntad, lo mejor que puede hacer es no tener mas que á Dios por confidente de sus cuitas y sinsabores.

Mas si forzada se halla de pedir á otros las luces y fortaleza de que carece, revístase de vigilancia y circunspección al escoger sus confidentes y al revelar sus penas secretas: pues las personas que tal vez cree los depositarios naturales de su confianza, no son siempre las que debiera escoger en tan delicadas circunstancias. Así una madre, una hermana, una amiga no son siempre las personas á quienes de preferencia debiera abrir su pecho, ni las mas aptas á dar los consejos necesarios. Cegada por su cariño ó arrastrada por su indignacion, una madre ó hermana pudieran aumentar el mal lejos de disminuirlo, indicando medidas imprudentes ó precipitadas. Para recibir secretos de este jaez, se re-

quiere un espíritu sensato, firme y prudente, un juicio sólido, un carácter frio, paciente y reflexivo, una ternura imparcial y racional, mucha esperiencia de la vida y del corazon humano, una discrecion á toda prueba y una voluntad llena de rectitud.

Si encuentra una buena direccion, puede todavía una muger sacar partido de la triste posicion á que se ve reducida, y disminuir sus inconvenientes y penas. Procure antes que todo triunfar de su repugnancia y desprecio, pues el desprecio no es un sentimiento cristiano, ni puede ser nunca el móvil de una buena accion. Despues debe esforzarse por asíduos cuidados, por una atencion contínua, por una abnegacion de cada instante, en inspirar á su marido mejores sentimientos y elevarlo á sus propios ojos. Procure en una palabra sustituir la caridad al amor natural perdido; pues como dice san Pablo : *La caridad es fuerte como la muerte, y dura como el infierno*; y animada de esta divina virtud podrá triunfar de los obstáculos

que habian resistido al mas tierno amor. Tal vez aguarde Dios para coronar sus esfuerzos que procedan estos de un motivo mas elevado, y se hallen bajo la influencia de su gracia.

Tenga tambien especial cuidado en no permitirse la menor palabra virulenta, ni la menor queja, sino sufra con inalterable paciencia los malos tratos y palabras de un marido que ciega la ira ó la pasion arrastra, y segun la palabra divina, *venza el mal por el bien.*

Todos los sacrificios debe estar pronto á hacerlos, y aun á ofrecerlos, salvo los de su conciencia y los deberes que impone esta; pues su condescendencia en este punto seria criminal, y lejos de producir el efecto propuesto, no haria mas que dar nuevas armas á su esposo, disminuyendo en él el respeto que debe inspirarle. Para complacerlo, no tema omitir ciertas prácticas piadosas que no son indispensables, y solicitar por las que manda la Iglesia, dispensas ó aligeramientos que nunca rehusa esta santa madre en tan doloroso estado.

En una palabra, debe hacer todo lo que esté de su parte para evitar una ruptura deplorable, que pueda ser ocasion de escándalo. Lo que es una separacion no puede legítimamente aconsejarse, á menos que el honor é interés espiritual de una muger no estén salvos bajo el techo que abriga al marido, ó á menos que el esceso de mal haya llegado á ser tan intolerable que no baste la paciencia de la muger; ó cuando imperiosamente lo exige el porvenir de los hijos. Y aun en tales casos hay que proceder con la mayor cordura, evitando todo escándalo, y prefiriendo la separacion voluntaria á la legal, que cuenta al público, ávido de chisme y escandalosos enredos, los arcanos de una vida inmunda y criminal.

Pero no olvide la muger, que á tal estremo ha tenido que recurrir, y la que aguanta en secreto los tormentos de una union mal cimentada, que el mundo no debe tener aliciente alguno para ellas; que solo hallarán lazos en sus deleites y ocasion de caida en sus

fiestas; que su corazon vacío y hambriento se hallará dispuesto á lanzarse con avidez en el primer objeto que se ofrecerá á llenarlo. Para una muger cuyo marido no ha sabido ser admirado, casi todos los hombres son amables y peligrosos; y si quiere escapar á los peligros que amenazan su inocencia, debe considerarse como una viuda, y como tal vivir lejos del mundo, de sus pompas y placeres.

II

Continuacion del mismo asunto.

Si toda nuestra compasion reclama la condicion de las esposas que una union poco adecuada condena á inútil arrepentimiento, no hay palabras que basten á afear la conducta de esa otra clase de mugeres que son desgraciadas porque se figuran no ser comprendidas, y vuelven á su marido responsable de todos los tormentos y todo el fastidio que produce su imaginacion caprichosa. La educacion muelle y facticia que reciben en las familias y en las casas que á estas reemplazan, las dispone singularmente á este género de enfermedad, que ad-

mite por doble causa una organizacion debilitada por escesivos cuidados, y un carácter enervado por la sociedad.

La lectura de novelas, la frecuentacion de teatros, la disipacion y amor del mundo, favorecen y aumentan esta disposicion que solo puede ser corregida en el matrimonio por una gran firmeza y paciencia de parte del marido. Mas desgraciadamente produce este el efecto contrario, ya por una condescendencia funesta á los caprichos de su esposa, ya por los suyos propios y su impaciencia. No saben las madres los sinsabores que á sus hijas reservan en lo venidero al destemplar su carácter por una educacion delicada en demasía, por una ternura sin vigor, ó destruyendo por la inaccion el juego de la voluntad, ese resorte enérgico del alma que produce todos sus movimientos.

Las mugeres así educadas, hartas de la vida antes de haber gustado sus frutos, son el azote de sus maridos, de su familia y de sí mismas. Victimas continuas de un perenne fastidio, buscan

siempre y por do quier el placer qu pueda distraerlas. Y cuando hallan algu recreo, no saben economizarlo, ni pre pararle una larga duracion por una sobriedad conveniente; sino al con trario, se embriagan de su aroma y agotan de una vez todas sus ema naciones, de modo que no les queda mas que una flor marchita sin per fume, y en el corazon un abismo que llenar, é inmensos deseos que satisfacer. Así sucede que el matrimonio, despues de haber disipado por algun tiempo la monotonía de su vida, se vuelve como todo lo demas insípido y fastidioso, reaccion que es tanto mas violenta, cuanto con mas ahinco se embriaga ron de los goces que proceden de la union conyugal; y buscando tan solo los pla ceres, desde que divisan los deberes que impone este estado, se disipa el encanto y vuelan á otra parte sus deseos y espe ranzas.

Como por falta de ejercicio dejaron tomarse de orin su voluntad, se hallan en cierto modo privadas de la facultad

de querer; y toda la energía de su alma se concentra en la de sentir y recibir las impresiones que acuden á su imaginacion ávida y ansiosa. Mas esta preciosa facultad, cuando no la gobierna y dirige una voluntad firme, se vuelve funesta, y adquiere tal predominancia, que nada puede contrarrestar su ímpetu : tal es la suerte reservada á las mugeres que abusaron temprano de este noble fuero. Sus almas, semejantes á esas arpas eolianas que, suspendidas en un árbol, resuenan al menor impulso de la brisa, vibran por las menores impresiones que les comunican los objetos circunvecinos, é inertes y pasivos instrumentos, emiten todos los sonidos que reciben del ambiente.

A esa predominancia escesiva de la sensibilidad en su alma, corresponde en el cuerpo un desarrollo escesivo del sistema nervioso, y un apocamiento manifiesto del muscular que debe servirle de contrapeso. Los nervios son como esas cadenas anexas á los pararayos que conducen el fluido eléctrico hasta en lo

interior de la tierra. Provocan el choque de esas pasiones infinitas que acometen al alma por los sentidos, y conducen la chispa fulminante hasta lo mas profundo del alma, que vegeta lánguida y ajada en un cuerpo postrado y enfermizo.

A tales mugeres no hay que pedir ni encadenamiento de ideas, ni perseverancia de la voluntad, ni energía en el carácter, ni abnegacion en el corazon. Llenas de su propia individualidad, solo en sí mismas se complacen, todo lo refieren á su persona, á sí mismas se aman en su marido é hijos, y si estos se niegan á ser instrumentos dóciles de sus caprichos, pronto llegan á serles indiferentes. Esclavas de la vanidad, del amor propio y del deleite, quieren ser aduladas, compadecidas, que se las halle enfermas y dolientes, que se admire su valor, que note y encarezca todo el mundo como sacrificios, sus afanes para agradar y variar la monotonía de sus largas horas.

Dominadas del mas vergonzoso egoismo, no teniendo mas fin que el interés

ó placer, es claro que no pueden tener otro móvil para apreciar los hombres y las cosas.

Así no es de estrañar que el sentido de las palabras lo comprendan de un modo enteramente opuesto. Lo bueno es lo que les gusta, tal vez lo que halaga y fomenta sus malas pasiones; lo malo es lo que les desagrada ó estorba. Los hombres estimables y dignos son los que las engañan, los que acceden á sus caprichos, encomian sus acciones ó palabras, sobre todo los que las compadecen de la dura necesidad en que se hallan de vivir no comprendidas con un marido de un ánimo vulgar y mezquino.

La educacion de sus hijos, los cuidados de familia, las ocupaciones domésticas, todo esto es demasiado vulgar é indigno de ocupar su atencion, y distraerlas de la alta esfera en que viven ocupadas continuamente de sí mismas. Por otra parte, despues del tiempo que de ellas reclaman el tocador, la lectura de novelas frívolas, las visitas, conversaciones, fiestas, teatros, y sobre todo los

intervalos de fastidio que resultan de su alma vacía y abatida; ¿ cómo podria quedarles tiempo para ocupaciones mas modestas y mas fructuosas, á que se consagran las mugeres que comprenden mejor la ciencia y objeto de la vida?

¿ Existe un remedio para esas enfermedades de espíritu tan comunes en el dia entre las mugeres? y si existe, ¿ cuál es este remedio? A los ojos de la fé, que conoce la eficacia de la gracia y la fuerza de la voluntad, no hay dolencia, por mas inveterada que sea, á la cual no haya Dios preparado un remedio; pero la dolencia en cuestion, necesario es confesarlo, es una de las mas profundas y mas difíciles de curar, pues ataca la facultad misma en que debe obrar el remedio, y paraliza la accion de este. Mientras que aun intacta se conserva la voluntad, pueden disiparse fácilmente los males del alma; pero el peor de todos los estados es aquel en que parece que queda despojada esta de la facultad de querer. No obstante, aun puede re-

cobrarla, y por este motivo es pecado abominable la desesperacion; pues si es cierto que nada puede por sí solo el hombre, todo le es fácil con la gracia divina.

Un marido puede auxiliar singularmente á su muger en la valerosa resolucion de esta de corregir su naturaleza viciada por una mala educacion; pero para llegar á este fin, importa que con la mayor abnegacion se consagre á tan laudable designio. Si se halla dotado de suficiente paciencia para sobrellevar sin murmullo todos los caprichos de su muger, pero al mismo tiempo de bastante firmeza para no condescender con ellos; si reune á una voluntad inflexible, calma y fria, una dulzura inalterable; si sabe inspirar á su muger y conservar en ella, por una conducta llena de teson y prudencia, una idea elevada de su razon y carácter; si está persuadido de su cariño y deferencia, podrá lograr de su parte resoluciones y sacrificios de que ella misma no se creerá capaz.

Como este género de enfermedad re-

side en el cuerpo y en el alma, síguese que el tratamiento curativo debe ser á la vez corporal y moral. En efecto, conviene reparar el sistema nervioso enervado por continuos estímulos, volver tirantes las cuerdas aflojadas, sin elasticidad y que solo se mueven por sobresaltos, y reducir á movimientos regulares y armónicos sus conmociones desarregladas; todo lo cual toca al médico que deberá prescribir un régimen sobrio y fortificante, y prohibir todo lo que pueda acrecentar ó despertar la escitacion nerviosa que se trata de debilitar ó calmar.

Pero tambien conviene reparar la voluntad postrada por una larga inaccion, y esto obliga al empleo de medios naturales y sobrenaturales que emanan de la naturaleza y la gracia; lo cual debe ser efecto del marido, de un director firme, prudente y esclarecido, de una amiga esperta y afectuosa; mas sobre todo debe ser efecto de la gracia de Dios y de la voluntad enfermada.

La oracion, la meditacion, el uso fre-

cuente de los sacramentos, la práctica de las buenas obras, tales son los remedios para obtener la gracia, y que debe aconsejar un director esclarecido. Acostumbrarse poco á poco á querer, al principio cosas fáciles, y pasando despues á otras mas dificiles, para poder llegar á las grandes resoluciones y á los mas repugnantes sacrificios; hacer cosas desagradables cuanto útiles de preferencia á las que son agradables con igualdad de utilidad; habituar el espíritu á considerar en las cosas menos el lado que gusta que el lado que sirve; privarse severamente de todos los placeres, lecturas, teatros y recreos que podrian quebrar el órden metódico de tan saludable higiene, dando pábulo á la sensibilidad que se trata de amortiguar; velar con particular cuidado sobre la imaginacion y en los objetos que podrian cambiarla; tales son los medios naturales que dicta la razon, y cuyo empleo prolongado puede producir los mas felices resultados.

Con paciencia, valor y firmeza reco-

brará poco á poco la voluntad el rango que en las facultades del alma le pertenece; volverá á florecer la paz y la dicha en las familias, y dos esposos cuya union mal adecuada se anunciaba bajo funestos auspicios, recogerán con júbilo el fruto de sus comunes esfuerzos, y verán reverdecer su vida en nueva efervescencia de cariño y tierno amor.

3

De la piedad.

La piedad es útil á todos, y tiene promesas para la vida presente y para la vida futura. Estas palabras del apóstol espresan completamente el carácter de esta virtud y las ventajas que de ella emanan. No solo nos promete la felicidad en la vida eterna, sino que aun en este valle de lágrimas nos da la paz y el grado de dicha á que plausiblemente podemos aspirar. Las mugeres sobretodo importa que se hallen penetradas de esta verdad, pues á ellas toca hacer amable la virtud adornándola de las

gracias de su espíritu y corazon, como igualmente dar á gustar al hombre que no la conoce las promesas que contiene para la vida presente, á fin que mas dispuesto esté á buscar las que contiene para la futura.

Por desgracia muchas mugeres consideran esta virtud tan solo con respecto á la eternidad; y limitadas en un egoismo que ni ellas mismas sospechan, piensan únicamente en asegurarse en la otra vida la felicidad á que aspiran sin pensar en comunicarla á las personas que las rodean. Seducidas por máximas exageradas ó erróneas, á veces llegan á persuadirse que una muger piadosa no debe ser amable, antes bien que debe mostrar por un aspecto ceñudo y seca austeridad la severidad de la ley de Dios; mas se engañan, pues como nos dice el mismo Jesucristo, su yugo es suave y ligero. De este modo desacreditan la vida devota que vuelven insoportable á su marido é hijos, y los impelen en una senda opuesta á la que conduce á la salvacion.

En lugar de atenerse á la parte esencial de la piedad, se apegan á lo accesorio, y se figuran que esta virtud consiste en una multitud de prácticas esteriores con que abruman su vida, y á que sin escrúpulo inmolan los deberes mas importantes de su posicion. Hay muchas que se creen perdidas si faltan un dia solo á la obligacion que han contraido de asistir á la misa todos los dias, ó recitar tal ó tal oracion, —costumbre por otra parte muy laudable cuando no es un pretesto para eximirse de deberes importantes, —y se creen inocentes de los resultados funestos que acarrean su defecto de vigilancia y ausencia de la casa, y de las quejas, murmuraciones y blasfemias de un esposo ó un hijo que hasta á Dios osa remontar acusaciones que deberian limitarse á la criatura, y que impedir hubiera podido una conducta opuesta de parte de esta.

El mismo Salvador nos enseña que no todo el que dirá : Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de su Padre. Y en

otro lugar nos asegura que el cumplimiento de los mandamientos es el signo al cual podremos reconocer si lo amamos. Ahora bien : lo que sobre todo quiere Dios es que fiel y exactamente cumplamos con los deberes de nuestro estado, pues nuestras obligaciones directas para con la divinidad son poco numerosas, y se reducen al precepto que nos ha dado de amarlo sobre todas las cosas, y obrar en todo para su gloria; al paso que nuestras obligaciones para con nuestros hermanos, y las que de nuestro estado resultan, son innumerables y reclaman todos los momentos de nuestra vida; y este es el motivo que hace que muchos prescindan de ellas bajo el pretesto de vivir únicamente para Dios.

Pero mal interpreta la divina voluntad, ó por mejor decir, á la suya propia la pospone, el que descuida las cosas que exige Dios para cumplir, con las que no exige. Una muger que vive en el estado matrimonial debe arrostrar y sufrir los inconvenientes de su estado, cumplir con los deberes que impone, es-

forzarse en complacer no solo á Dios sino á su marido, y vivir para Dios y su consorte indisoluble.

¿Quiere acaso decir eso que una madre de familia pueda y deba quitar á Dios una parte de sus afecciones y corazon, proponerse en sus acciones otro fin que el de agradarle, y que consiente Dios en dividir con su marido el supremo dominio que tiene en todas las facultades de nuestra alma, y en todos los actos que emanan de estas facultades? Lejos de nosotros idea semejante. Cualquiera que sea la posicion en que nos hallemos debemos hacerlo todo por Dios, y no tener mas fin que agradarle.

Pero entre la vida de una muger casada y la de una vírgen hay esta diferencia, que en esta última el fin y el medio se confunden en cierto modo, mientras que en las primeras se diferencian notablemente, y la sola voluntad puede conducirlas á Dios.

Así las palabras de san Pablo no deben entenderse con respecto al fin que es idéntico, sino con respecto á los medios

y deberes. Las vírgenes no deben tener mas que un deber y un pensar, que es agradar á Dios, mientras que las mugeres casadas tienen muchos, pues para agradar á su Criador deben complacer á su marido, y encaminar al Señor la familia que les ha sido confiada.

Necesario es que comprendan que la devocion consiste en la abnegacion ó consagracion á Dios de todas las facultades del alma y momentos de la vida, por su hijo Jesucristo; que la piedad es un sentimiento interior que depone la gracia en el fondo de nuestra alma, sentimiento que opera como un gérmen de vida nueva, que anima y produce todos los movimientos de nuestro corazon y voluntad dirigiéndolos á Dios como á principio único y supremo; que en la direccion de la voluntad y sus actos consiste precisamente la esencia de la oracion; que esta, tal como generalmente se comprende, no es mas que una forma particular de esa oracion general y habitual que Jesucristo nos recomienda, cuando nos dice que oremos sin ce-

sar ; que orar es pensar y elevar á Dios el espíritu, obrar por su gloria, saber renunciarlo todo para agradarle, y cumplir con los deberes que nos impone, al placer que esperimentaria nuestra alma dialogando con la divinidad por medio de la oracion. Pero orar cuando se trata de obrar, estar en la Iglesia cuando hay que estar en casa, permanecer como María á los pies del Salvador, cuando como Marta convendria afanarse en los quehaceres domésticos, no es orar á Dios, sino orarse á sí misma ; no es agradar á Dios y hacer su voluntad, sino hacer la propia. La verdadera devocion no consiste siempre en hacer lo que no hacen los demas ú omitir lo que hacen, sino en proceder de un modo diferente, y no tener en las acciones mas mira y norma que el mismo Dios.

Cuando quiere el Espíritu Santo ofrecer un modelo á todas las mugeres destinadas á vivir en el matrimonio, no nos presenta una muger absorta por la oracion contemplativa, sino una muger activa y vigilante, buscando la lana y el

lino para ocupar sus manos, trayendo delejos el pan, necesario para la familia, levantándose antes del dia para distribuir el alimento á sus criados, examinando y comprando los campos que rodean sus dominios, plantando cepas de vid, ciñendo sus lomos y fortificando sus brazos por el trabajo; poniendo mano á las cosas grandes, y sabiendo manejar el huso; abriendo sus manos al indigente; guareciendo del frio todos sus domésticos por vestidos sólidos, fabricando ella misma los suyos propios, y no comiendo su pan en la ociosidad. Tal es la muger cuyo valor declara inapreciable el Espíritu Santo (*Prov.*, XXXI).

No olviden tampoco las mugeres que uno de los rasgos característicos de la piedad es volvernos humildes á los ojos de Dios, severos para nosotros mismos é indulgentes para con los otros; que es desagradar á Dios el ser causa ú ocasion indirecta que sea blasfemado su santo nombre, y desacreditar la devocion el tener los ojos abiertos sobre los defectos agenos y cerrados sobre los

propios; aplaudirse y engreirse de que se carece de tal imperfeccion que con complacencia se nota en los demas; no poder aguantar las contradicciones, humillaciones ó acusaciones; buscar siempre la propia comodidad, lo que halaga, lo que deleita, en lugar de apetecer para el cuerpo y alma la mortificacion de Jesucristo. Para almas tales la piedad no es mas que un velo decente echado sobre su propio orgullo y egoismo, y una especie de profanacion de que les pedirá Dios un dia cuenta.

Oigamos las palabras con que san Pablo representa la piedad al pintarnos la caridad que con ella se confunde. *La caridad es paciente y benigna; la caridad no es envidiosa; no obra precipitadamente, no se ensoberbece; no obra en vano, no piensa mal, no goza de la iniquidad, sino goza de la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera* (Epístola primera á los Cor. cap. XII). Estudie estos caracteres con atencion cada muger, y compare lo que es á lo que quisiera que fuera el apóstol.

XI

Del amor del mundo y los placeres.

Cuando se hallaba el Señor cercano á consumar su sacrificio, se dignó legarnos la espresion de su última voluntad en ese admirable discurso que dirigió á sus discípulos, y que nos ha trasmitido san Juan. Cada una de las palabras de esta sublime alocucion deriva nuevo carácter de solemnidad á las circunstancias en que fué proferida. El Salvador del mundo iba á dejar la tierra; el cielo entreabierto le dejaba percibir algunos rayo de la gloria á que debian conducirlos as humillacio-

nes de su próxima pasion y agonía de su muerte. Su espíritu dirigido al cielo, y permaneciendo tan solo en la tierra por el inmenso amor que le movia á esparcir en ella su sangre para rescatar á la humanidad, mezclaba en confusion armoniosa las santas tristezas del destierro que iba pronto á fenecer, al santo júbilo de la gloriosa patria que nos iba á abrir por su muerte.

Ahora bien : lo que nota á primera vista el lector en este discurso es una aversion profunda por el mundo y por todo lo que su corriente arrastra. En el mismo momento en que rebosaba su corazon de caridad y se esparcia en olas sobre nosotros, manifiesta el Redentor una repulsion invencible, un odio profundo, y deja escapar palabras de ira y maldicion que contrastan singularmente con las espresiones de amor y ternura que chorrean de sus labios. Este mismo Salvador que oraba en la cruz por sus verdugos, y movido por un sentimiento de caridad inefable procura escusar su malicia, declara antes de subir al

Calvario, que no ora por el mundo, sino por aquellos que su Padre le ha dado; lo que arguye que su Padre no le ha dado el mundo, que este se halla fuera del círculo de su influencia, sustraido al imperio de su gracia, pues escluido está de su oracion, y que el manantial de gracias reside en la oracion del Redentor.

Y si cupiese duda relativa á las intenciones de Jesucristo, las disiparia la continuacion del discurso cuando nos presenta el enemigo de Dios y del género humano como príncipe de este mundo, y nos afirma que el Paracleto convencerá á este de pecado; que el mundo no podrá recibir el espíritu de verdad, y que perseguirá con odio á los verdaderos fieles, porque nada verá en ellos que le pertenezca.

Asi, segun las palabras del mismo Salvador, existen dos campos, dos ejércitos, dos reinos opuestos uno á otro, con su gefe, su constitucion, sus leyes y fin, cuya naturaleza los obliga á luchar continuamente, sin que pueda haber

paz ni tregua á semejante guerra. Así cada hombre tiene obligacion de escoger el reino á que quiere pertenecer, el gefe á que pretende prestar obediencia, el estandarte bajo el cual desea militar, pues el mismo Hijo de Dios nos asegura que nadie puede servir dos dueños.

En efecto, ilusiva es la esperanza del mundano que se figura que puede ser cristiano quedando apegado á las máximas y deleites de este mundo, como igualmente la del cristiano que se ilusiona que puede dividir su corazon entre Dios y el siglo, error que tarde ó temprano se volverá una fuente de pesares y arrepentimientos. Todo el que se esfuerza en persuadir que hay alianza posible entre las máximas mundanas y los principios del Evangelio, las vanidades del siglo y las humillaciones de la cruz, las pompas de la vanidad y la simplicidad cristiana, es un impostor y un embustero; y si un ángel nos dijera lo contrario, debiéramos negarnos á admitir su testimonio, pues nos predicaria otro Evangelio que el de Jesucristo.

Al oir al Salvador declarar formalmente que no ora por el mundo, y al verlo despues implorar por sus verdugos la misericordia de su Padre, resulta á primera vista no poca sorpresa, al notar que lo mas perverso, los hombres mas abominables, culpables del mas horrendo atentado, son preferidos al mundo. Pero cuando se reflexiona en la naturaleza de este, y se considera con un poco de atencion la corrupcion de sus máximas y sus funestos resultados, se comprende la severidad de Jesucristo y la preferencia que da á los crímenes que el mundo mismo condena.

Hay en efecto culpas que suponen de parte del que las comete cierta energía de voluntad, que derivan de una gran pasion, que implican un predominio escesivo ó torcimiento funesto de alguna gran facultad del alma, y que consigo arrastran su pena en cierto modo por el horror ó remordimiento que las sigue, al paso que atraen la ira celestial que en esta vida se descarga sobre el

pecador, y se dan un medio de convertirse en el odio del mundo que, rechazando al culpable, y viendo este que no hay lugar en que refugiarse con su orgullo humillado, se halla en cierto modo obligado á buscar en Dios el abrigo y proteccion que no encuentra en ninguna otra parte; y no pudiendo realzarse á los ojos de los hombres, se esfuerza en recuperar á lo menos á sus propios ojos la estimacion que le niega la implacable severidad del mundo.

Pero hay una clase numerosa de acciones, hábitos é inclinaciones que condena la caridad cristiana, y por las cuales es muy indulgente el mundo. El corazon que á ellas se entrega, llega pronto á ser su esclavo; y no hallando nada, sea interior, sea esteriormente, que le advierta de los peligros á que se espone, se duerme en una falsa paz, sin reconocer la necesidad de recurrir á Dios para pedirle un apoyo y un juicio lleno de benignidad que los hombres le dan. Viviendo amistosamente con el mundo que lo engana y adula,

y consigo mismo á causa de las ilusiones á que se entrega, cumula tranquilamente los beneficios aparentes del vicio y la virtud, y llega por un declive insensible á ese grado de corrupcion y endurecimiento de que puede solo sacarlo un milagro de la misericordia divina.

Las mugeres sobre todo se hallan sujetas á estas ilusiones. Preservadas las mas veces de los escesos mayores por la delicadeza de su corazon y las saludables barreras que les oponen las conveniencias, se encuentran mas espuestas á esas miserias que acogen los hombres con tanta indulgencia, pero que gastan poco á poco las fuerzas del alma, y acaban por volverla insensible á los encantos de la virtud é incapaz de los esfuerzos que exige. Hay muchas que se forjan virtudes y deberes fuera de los que prescribe el Evangelio, y se forman en cierto modo un evangelio natural, en que cada una de sus pasiones halla un apoyo, y que sirve de pretesto á los mas estravagantes anhelos de su corazon y mas culpables miserias de su vida. En estado

semejante se hallan perdidas para Dios cuya gracia desprecian; perdidas para la familia cuyos deberes serios y modestos descuidan; perdidas en fin para sí mismas, pues dejan perderse en su corazon los gérmenes depuestos por el mismo Dios y fomentados por una educacion cristiana.

Así el mundo, que ya ofrece tantos riesgos y pérfidas asechanzas para un jóven, es mucho mas peligroso para una jóven, pues en él encuentra un alimento para todas las pasiones que tan fácilmente ocupan su corazon, y condenan su vida entera á una deplorable esterilidad. Llega una edad en que el hombre sabe romper los lazos con que lo habia atado el mundo, y va á buscar en mas altas regiones goces para su espíritu, y corazon y ocupacion para su vida. Pero la muger que desde temprano llegó á ser esclava del mundo, lejos de ver disminuir con la edad esa vergonzosa esclavitud, la siente agravarse todos los años. Mientras mas envejece, menos recursos en sí misma encuentra; mas imperiosa

es la necesidad que siente del mundo, y sus livianos deleites; y cuando no puede amarlo, encuentra aun medio de pagarle tributo dándolo á amar á otras mas jóvenes, que inicia en todas las miserias que se han vuelto una pesada carga para su vejez.

Sucede á veces que aun en su juventud aguanta impaciente la muger el yugo que el mundo le impone. Contra tan degradante tiranía se rebelan los nobles instintos de la naturaleza, y la aspiracion tiende á elevarse á espacios sublimes; mas imperiosos deberes, conveniencias facticias, la dura necesidad no tardan á arrastrarla y triunfar de su repugnancia. La costumbre, que tan gran papel hace en la vida del hombre, y acaba siempre por volver fáciles las cosas mas penosas, que llega hasta volver necesarias las que mas costaban al principio, suaviza y endulza la asperidad y amargura de las exigencias del mundo. El espíritu y corazon, á medida que pierden su vigor primitivo, se acostumbran fácilmente á un género de vi-

da que ningun esfuerzo pide á las mas nobles facultades del alma, y en el cual superan fácilmente las naturalezas vulgares á las escogidas.

La curiosidad, tan natural á la muger, halla alimento en esas conversaciones frívolas que escudriñan con ligereza increible las acciones é intenciones del prójimo, y en que triunfa la mas temeraria en sus sospechas y la mas severa en sus juicios. La vanidad predomina en esas reuniones en que por nada entran las calidades sólidas del espíritu y corazon, y en las cuales el solo medio de distinguirse es ostentar el lujo mas insolente y afectar los ademanes mas altaneros. El galanteo y disipacion brotan de esas sociedades en que la muger interiormente vacía entrega á las miradas de los curiosos las gracias de su cuerpo que realza una compostura seductiva, y en que se aprecia el mérito por la ligereza de las maneras y precio de los vestidos. La ociosidad se nutre en esa vida inocupada en que el alma, esparciéndose á fuera, no halla tiempo

deentrar en sí misma, para reposar en un pensamiento grave ó subir al cielo en alas de alguna santa esperanza. El orgullo se exalta en esa aparente regularidad de conducta de las mugeres de mundo, que evitan los grandes escesos, menos á causa del desórden moral que los constituye, que en razon de los inconvenientes que arrastran; lo que por otra parte, las confiere el derecho de entregarse sin escrúpulo á las miserables pasiones que el mundo tolera ó justifica. En vida tan frívola é inconsistente el alma se gasta en pequeñeces; y cuando quiere Dios verter su gracia, halla solo un corazon enfermo, y en estado perenne de desfallecimiento, incapaz de esfuerzo ni sacrificio; y se ve obligado á apartarse para siempre, ó aguardar que alguna desgracia dé tono y vigor á la voluntad enervada.

XII.

De los medios con que puede distinguir la muger si es esclava del mundo.

Para no entregarse al mundo, la muger que desea guarecerse de sus peligros no tiene necesidad de encerrarse en un claustro. Todos tienen obligacion de no ser del mundo; pero la mayor parte deben vivir en él y enmedio de sus peligros. Nuestro Señor, en el discurso que hemos citado, pide á su Padre no que saque del mundo á sus discípulos, sino que los libre de mal; y añade que no son del mundo, como él tampoco lo es. Resulta que el deber de

los verdaderos discípulos de Jesucristo no es retirarse del mundo, sino vivir en él á ejemplo de su divino Maestro.

Hay mucha diferencia entre ser del mundo y estar en él : lo primero escluye la calidad de cristiano verdadero, mientras que lo segundo hasta cierto punto la implica. Así importa que una jóven sepa discernir y diferenciar dos acepciones tan diversas que corresponden á dos estados opuestos, uno de los cuales es incompatible con los deberes de la vida cristiana, mientras que el otro puede ser ocasion del fomento y pábulo de las mayores virtudes por las luchas á que puede dar lugar.

Los espíritus superficiales se inclinan á confundir los medios con el fin, y la parte esterior de los deberes del cristianismo con lo que constituye su esencia; confusion que puede ser orígen de mas de una ilusion y peligro. Hay muger que se persuade tal vez fácilmente que el solo medio de no pertenecer al mundo, es no vivir en él, y es no poco error; ó que una vez fuera, nada tiene que recelar del

mundo y sus asechanzas, lo que no sería menos ilusivo.

El trono de Dios en el hombre es el corazon, y lo que aparece en el esterior debe solo ser el reflejo de la luz interna. Por este motivo nos dice el mismo Salvador : El reino de Dios está en vosotros mismos; á lo que añadir podemos: El reino del mundo tambien lo está. Lo que nos conviene no es salir del mundo, sino espelerlo de nuestro corazon cuando en él ha llegado á dominar, pues del mismo modo que podemos llevar la soledad y reino de Dios en medio del mundo, así podemos anidar el reino de este en la mas profunda soledad.

Para una muger jóven el mundo no es precisamente la sociedad que frecuenta, ni tal clase de hombres en particular; sino ese conjunto de máximas y usos que se oponen directamente al Evangelio y hábitos cristianos; esa frivolidad de espíritu y de corazon, esa ociosidad de la vida, que hace que en pura pérdida se gasten las mas nobles

facultades del alma y mas generosos instintos.

Una muger es del mundo cuando, prescindiendo de lo íntimo de su corazon que debe sin cesar ornar de gracias y virtudes, se aplica esclusivamente á acicalar lo esterno que reclama una parte menos importante en los cuidados de la vida. Es del mundo cuando, prescindiendo de los deberes de familia que son los mas esenciales, les prefiere los facticios que impone el mundo arbitrariamente á sus esclavos. Es del mundo cuando, descuidando los cuidados que exigen las conveniencias de su estado y las exigencias de su posicion, los somete ciegamente á las mas caprichosas leyes y á los usos mas irracionales de la moda. Es del mundo cuando sin reparar en los límites que le impone su fortuna, y sin respeto por la santa miseria de los pobres de Cristo, afecta en sus muebles, trages y boato de casa un lujo que reprueba la razon y la fé.

Es del mundo cuando, despreciando la saludable severidad del Evangelio,

no tiene mas guía en su conducta que las máximas relajadas y corrompidas del siglo; cuando, sin pensar en la vida futura, concentra en la presente todas sus afecciones é ideas. Es del mundo cuando, menospreciando el trabajo que desarrolla á la vez las facultades del alma y las fuerzas del cuerpo, condena una y otro á la mas deplorable ociosidad. Es del mundo cuando, en vez de esforzarse en agradar á Dios, consagrándose á la dicha agena por el hábito del sacrificio, sobretodo á la de las personas que la rodean y que bajo su custodia se hallan, procura únicamente agradar á las gentes sin religion por los atractivos esteriores fomentados por una educacion facticia, y mendiga elogios poco sinceros y no merecidos.

Es del mundo cuando en vez de inspirar gustos serios á un marido poco religioso é inducido á cumplir con los deberes del cristianismo, procura al contrario sacar partido en ventaja de su propia vanidad de los malos instintos que en él observa. Es del mundo

cuando en vez de dedicarse á la educacion de sus hijos, é inspirarles temprano el amor de la religion, los educa segun los usos y exigencias de una vida disipada, á imitacion de esas madres sin entrañas que, en los tiempos del paganismo, entregaban sus hijos á los brazos candentes de un ídolo monstruoso, para aplacar el enojo del dios que representaba. Es del mundo cuando se complace en su humillante tiranía, cuando con ardor busca sus fiestas y suspira por sus placeres, cuando aprueba lo que aprueba, y condena lo que condena, cuando juzga, piensa y siente como los mundanos, cuando su vida es análoga á la de estos, y recibe la influencia del siglo como la planta que aspira la savia del terreno en que se halla.

Al contrario, una muger vive en el mundo como si no viviese, cuando, obligada por las conveniencias de su posicion, á vivir en medio de él, sabe sacar partido de la necesidad y hacer de ella virtud; cuando, obligada á participar de sus fiestas y deleites, lleva enme-

dio de estas el reino de Dios que en ella reside, y ese espíritu de sabiduría y moderacion cristiana que contiene el alma en sus justos límites, y le impide entregarse sin remordimiento al cebo del placer. Ni es del mundo cuando lo usa como si no lo usase, cuando, segun el consejo del apóstol, lo considera como una apariencia ó sombra fugitiva que pasa con rapidez sin dejar rastro; cuando á livianos y sensuales deleites prefiere los goces mucho mas puros de la familia ó los santos consuelos de la oracion y soledad; cuando sabe inmolar sus leyes facticias y exigencias despóticas á la voz del deber y de la virtud; cuando aspira sobre todo á ser una muger devota y sumisa, una madre vigilante y atenta, una hija tierna y obediente, una hermana llena de generosidad y abnegacion, una amiga fiel y sincera; cuando sabe llevar y conservar enmedio de las fiestas en que la conduce una imperiosa necesidad, ese buen olor de Jesucristo, cuyo perfume regocija y embalsama todos los que la rodean, y es

causa que suban del corazon pensamientos santos y resoluciones pias; cuando en vez de atraer las gentes por un secreto instinto de vanidad, para uncirlos á su carro, piensa en llevarlos á Dios inspirándoles el deseo y amor del bien, y á ellas se inclina movida por una caridad sincera y desinteresada.

Tales son los caracteres mediante los cuales puede cada muger formar un concepto de sus relaciones con el siglo, y discernir si es del mundo como sus demas esclavos, ó solamente en él vive como los verdaderos siervos de Jesucristo.

XIII

Del lujo.

San Pedro dice á las mugeres en su primera epístola: *No procureis brillar por el rizado del cabello, las alhajas de oro y la belleza de los vestidos: sino esforzaos en adornar el hombre oculto en el corazon por la pureza incorruptible de un espíritu lleno de dulzura y paz, la que es un ornato rico y magnífico á los ojos de Dios.*

Estas palabras del Espíritu Santo revelan un sentido divino que dar podria á las mugeres amplia materia de meditacion fructuosa, la cual, bien compren-

dida, podria dar á su vida una direccion mas séria y á todas las facultades de su alma un incremento armonioso.

Al ver los gustos de la mayor parte de las mugeres y la importancia que dan á las ventajas esteriores y á todo aquello que puede darles realce, parece que se empeñan en volverse pequeñas, y que encuentran particular placer en la condicion inferior que les deparan los usos y preocupaciones del mundo. O tal vez mas convendria decir que la condicion inferior en que se hallan, procede menos de los errores sociales que de las costumbres frívolas de su vida; pues las mugeres que, dotadas de elevacion de espíritu y firmeza en la voluntad, saben emanciparse de tales hábitos, adquieren pronto en el seno de su familia y en presencia de los que la rodean, la plaza que le asigna naturalmente la superioridad de su carácter.

Siempre que la atencion y actividad del alma toman un rumbo esterior, y se proponen por objeto el cultivo de las ventajas corporales, *el hombre oculto en*

el corazon de que habla el espíritu Santo, sufre y pierde su vigor; pues los cuidados escesivos del cuerpo debilitan considerablemente el alma, y pueden tan solo escusarse en una muger cuando se propone obedecer y agradar á su marido. Pero cuando reconocen por orígen ese instinto secreto de vanidad que es como inherente al corazon de la muger, y se proponen por fin el deseo, por desgracia harto comun, de llamar las miradas y merecer los sufragios del círculo en que vive, nada puede escusarla, tanto á causa del motivo frívolo de que provienen, como en razon de los riesgos á que se espone.

No cabe esceso en repetir á las mugeres, ni en estas en acordarse, que la mayor parte de las que se descarrian de la senda de la virtud, deben al amor del lujo el principio de su pérdida. Tengan presente que la misma palabra que designa un deseo inmoderado de adornos esteriores, es la raiz de la palabra que espresa el amor y ansia de los placeres mas vergonzosos y groseros; y

la sensatez popular ha querido indicar de este modo que, tanto en las naciones como en los individuos, el lujo es la causa general de la lujuria; verdad que mas que en ninguna época, confirma la esperiencia en nuestros dias.

Un libro fecundo en enseñanza, aunque descorazona por los hechos que revela, salió á luz hace pocos años para hacer notorios los horrendos estragos que el lujo engendra en nuestra sociedad. Su autor, M. Parent Duchatelet, despues de haber consagrado la mayor parte de su vida á estudiar las costumbres y hábitos en que se agita la clase mas corrompida de la sociedad, llegó á esta conclusion espantosa, que la mayor parte de las mugeres que dieron materia á semejantes observaciones, se perdieron por el amor del lujo y compostura corporal, y que lo que las retiene en la perdicion es el temor de perder esos adornos con que atavian sus cuerpos como para disimular la fealdad y torpezas de su alma. No puede menos de estremecerse toda persona que

considere que, entre estas miserables criaturas, hay muchas que comprenden el horroroso atolladero en que se hallan, y que sin embargo nunca consentirán en salir de él á menos que les fuesen asegurados sus trages y joyas, cuya pérdida les amedrenta, y á que dan mas precio que á los deshonrosos placeres de que proceden. Tales son los estragos del lujo; tal es el abismo á que conduce á las mugeres por un declive insensible cuando á él se abandonan y descuidan adornar *el hombre oculto en el corazon por la pureza de un espíritu lleno de dulzura y paz.*

El lujo de la muger tiene por mira menos los objetos esteriores que sirven á su uso, que los que sirven á componer su cuerpo, y consiste principalmente en el vestido. El lujo de los muebles es secundario, y en cuanto al de los manjares es de poca entidad. Obsérvase que muchas mugeres de la clase media de la sociedad se imponen graves sacrificios relativamente á lo interior de la casa para parecer con mas lujo cuando

salen fuera de ella; y que muchas mugeres parecen hacer poco caso del círculo de la familia, y cuidarse poco de agradar á las personas con quienes habitualmente viven; negligentes en su trage mientras que están en casa, nada les parece escesivo cuando se trata de salir y presentarse en público.

Hay tambien cierto órden en el lujo de los muebles, y una especie de proporcion entre la suntuosidad de estos y la fortuna de los posesores. Pero por lo que toca al vestido, la mayor confusion reina entre todas las clases de la sociedad. Cada una de estas quiere rivalizar con la que le es inmediatamente superior; y pronto llegará el caso en que no será posible distinguir una familia acomodada de otra opulenta. La muger cuyos haberes no le permiten pasearse en coche, quiere imitar á las que pueden permitirse este lujo. Pero lo mas lastimoso es el contraste chocante que existe entre la pompa de un gran número de mugeres con los demas hábitos de su vida, pues manifiesta á la vez una vani-

dad condenable á los ojos de la razon y de la fé, y una falta total de gusto que reconoce por base la ausencia de educacion ó mala direccion primera.

Toda muger cristiana tiene por mision en nuestros tiempos protestar, á lo menos por su ejemplo, contra ese lujo que carcome la sociedad, y que para tantas almas vuelve inútiles los ejemplos y méritos de Jesucristo. El mundo protesta contra la doctrina y vida de un Dios que quiso nacer en un pesebre y morir en una cruz, de un Dios que reprueba las riquezas no por vicio alguno que les sea inherente, sino á causa del lujo que engendra y los medios que depara de contentar las pasiones. Importa, pues, que por su sencillez esterior las mugeres verdaderamente cristianas protesten tambien contra tamaño desórden, y opongan un contrapeso saludable á esas deplorables costumbres que empujan las naciones á la ruina y las almas al infierno.

Conviene que no lo sancionen con su ejemplo, y que no lleguen á ser una

piedra de escándalo para el prójimo. Bajo este punto de vista debe haber solidaridad entre todas las mugeres, pues cada una procura justificar sus escesos por los agenos, y se figura obligada á igualar por su lujo á los que iguala por condicion. De este modo se forma poco á poco una opinion pública contraria á las máximas del Evangelio y á la fé de la Iglesia; así se establecen pretendidas conveniencias opuestas á las que resultan de la profesion del cristianismo y empeños contraidos en el bautismo. ¿Cuáles son en efecto las pompas y vanidades á que renunciamos antes de llegar á ser hijos de Dios, sino los hábitos de lujo y grandeza á que tantas personas se entregan sin escrúpulo, y con las cuales nos figuramos poder seguir en su gloria ese Dios que entró en ella por las humillaciones de la cruz? Mas ello es cierto, y la fé nos lo dicta, que ninguno entrará en la gloria eterna á menos que pase por las humillaciones y oprobios.

Una muger verdaderamente cristiana

y penetrada de la doctrina angélica, deberia llenarse de rubor y temblar de espanto cuando, cubierta de suntuosos vestidos, divisa á un pobre mendigo cubierto de andrajos, y cuya miseria hubiera podido socorrer si hubiese guardado mas moderacion en su compostura, y se hubiese ceñido á lo que rigorosamente exigia su posicion. En presencia de escándalos semejantes, ¿quién podrá estrañar ese odio de los pobres contra los ricos, que se perpetúa en las sociedades secretas, y hace esplosion cuando menos se piensa? ¿Quién podrá estrañar que se halle la sociedad dividida en dos campos, los que poseen y los que no poseen, guerra sorda, pero que amenaza estallar á cada instante? ¿Quién podrá estrañar tamaños desórdenes y riesgos tan inminentes cuando se compara el fausto insolente del rico con la humillante miseria del pobre? Estos no ignoran que son hijos del mismo Padre celestial y rescatados con la misma sangre. ¿Cómo no serán humillados y enardecidos al ver que los repelen y desprecian esos ricos á quie-

nes Dios ha gratificado de los bienes de este mundo para que con profusion los difundan en los necesitados?

¿Do vais así, ataviada muger, que creeis en un Dios crucificado? ¿Do os conducen esos briosos alazanes, esos espléndidos carruages con mullidos cojines, flecos de seda y ricos terciopelos en que os hallais sumida y voluptuosamente mecida?

A cualquier parte que os dirijais no veo mas que motivo de confusion para vos. ¿Ireis al templo á orar á un Dios crucificado que maldijo el lujo y las riquezas? ¿Ireis á la santa mesa, al lado tal vez de un indigente que dejais morir de hambre, y que viene á pedir á Dios la fuerza de no murmurar contra vos y no odiaros por vuestra aridez de corazon? Si abris el Evangelio, este divino código os condena; si escuchais la palabra espiritual, no oireis mas que invectivas; si salis á la calle ostentando vuestro maldito lujo, ¿cómo podreis soportar la vista de esos pobres que apenas cubren algunos harapos, cuyo cuerpo

la luz que solicitan; pero la esperiencia cuesta cara á los que en ella confian, y la costumbre se arraiga y vuelve mas difícil la accion del remedio; y esto es mas cierto si se repara que estas acciones parecen inocentes al principio, y no producen su efecto sino despues de ser repetidas.

Estas reflexiones se aplican sobre todo á la lectura de novelas y frecuentacion de teatros, y bastan para que de ambas se abstenga una muger jóven, siempre que así pueda hacerlo sin oponerse á la voluntad de su marido. Aun cuando sus estragos se limitasen á dar una idea falsa de los hombres y cosas, seria este motivo mas que suficiente para considerarlos como peligrosos; pues como la inteligencia ocupa el primer lugar entre las facultades humanas, á ellas toca poner en órden y regla á las demas, como igualmente dar móvil á las acciones y direccion final á la vida. Una mala accion procede casi siempre de un mal juicio.

Importa, pues, mantener en buen ór-

den la facultad regulatriz por escelencia, pues como dice nuestro Señor, si la luz que está en nosotros es tinieblas, ¿qué serán las mismas tinieblas? ¿Qué será la voluntad, esa facultad tenebrosa y ciega, destinada á seguir siempre la inteligencia que debe servirle de guia, si es esta no menos ciega? Ello es cierto que el efecto general de la lectura de novelas y frecuentacion de los teatros es apocar el entendimiento y pervertir el juicio; y para convencerse de esta verdad basta considerar de buena fé cuál es el tema habitual de las novelas y piezas teatrales que dan pábulo al ocio y fomento á la curiosidad de las mugeres del mundo.

La virtud se halla en ellas representada con tal aspecto y rasgos tales, que lejos de disponer nuestro corazon en su favor, la vuelven al contrario mohina y aun á veces grotesca. El vicio se ostenta con formas tan seductivas y adornado de tan atractivos colores, que pierde á nuestros ojos el carácter propio que le constituye, y nos aparece como el esceso de una buena calidad, el pro-

ducto exhuberante de una naturaleza rica y fecunda, ó la imperfeccion escusable de una persona original. Las mas santas instituciones, los mas sagrados deberes de la sociedad y familia, apenas se hallan bosquejados, y cuando no ridiculizados ó tratados con deplorable ligereza.

Y aun suponiendo que la accion se halla conducida de modo que triunfe la virtud, dificil es no interesarse al vicio que sucumbe, y no desearle una suerte mejor. En presencia de una persona virtuosa triunfa siempre el libertino, ó por las gracias de la conversacion, la generosidad del carácter ó la elegancia de sus modales; y no hay muger honrada que al notar en él tantos dotes y calidades, no se sienta vacilar, y apenas ose contar con su virtud si se hallase en el lance que de un modo tan dramático y con tan bello lenguaje ve descrito. ¿Y puede haber desgracia mayor para una muger que el dudar de su virtud? Creer en la posibilidad de ciertos deslices, es un principio de caida; es un

desfallecimiento de espíritu á que debe seguir un desfallecimiento de voluntad. Una muger cristiana nunca debe perder esa santa seguridad, esa confianza firme en su propia virtud, ese sentimiento esquisito de su propia dignidad, que son garantías de su inocencia y felicidad.

Los libros mas peligrosos no son siempre aquellos en que el vicio se muestra triunfante y la virtud oprimida, y el fin de la intriga de un drama ó novela puede ser moral, sin que el conjunto lo sea. ¿Cuál es el padre que quisiera que asistiese su hija á una representacion amorosa y á una intriga criminal, por mas seguro que estuviese que será premiada la inocencia y castigado el vicio?

Un libro ó una representacion teatral pueden hallarse al abrigo de toda tacha bajo el punto de vista literario y filosófico, y ser no obstante muy peligroso bajo el aspecto religioso; y tal vez podrian ser juzgados con indulgencia si los espectadores ó lectores fuesen todos filósofos ó mugeres maduras por la edad

y esperiencia. Mas desgraciadamente sucede que el ardor con que se buscan tales libros y espectáculos, está en razon directa del peligro que lo acompaña, pues el peligro forma parte esencial del placer que realizan, y este mengua con la edad, esperiencia é ideas graves y maduras.

Por otra parte para llegar al desenlace que nos muestra coronada la virtud, ¿quiénignora que hay que pasar por peripecias críticas y situaciones delicadas en que aparece titubear la inocencia y hallarse mal segura? Antes de que brote en su corazon esa dichosa impresion, ¿no es natural suponer que una muger jóven debe esperimentar mas de una sensacion peligrosa cuando ve esas escenas repetidas que halagan pérfidamente y sumergen el alma en languidez funesta? ¿Y quién podrá lisongearse que conservará su espíritu una impresion saludable cuando su corazon habrá sido trastornado durante horas enteras?

Ademas, ¿qué es lo que ve en las novelas y piezas teatrales, aun en las que

parecen mas inocentes? Un mundo imaginario que la despega del real, un ideal facticio que la disgusta de lo que la rodea ; pasiones estremas y de mera convencion que la impelen á menospreciar los sentimientos suaves y dulces agitaciones que constituyen la paz de la familia y la dicha de esta vida; personages que la imaginacion del poeta supo adornar con perfecciones quiméricas, los cuales, comparados con las personas que á su rededor ve, hace resaltar lo imperfecto de estas, y empañan sus mas nobles calidades. ¡Cuán pálido y prosáico debe parecer un mundo sensato y cristiano á los ojos de una muger cuya imaginacion se halla repleta de arrebatos amorosos y diálogos inflamados !

Si su razon no le advierte el peligro que la amenaza, su vida se dividirá en dos partes : una facticia, ideal, poética, llena de halagüenos sentimientos, voluptuosas agitaciones, fementidos embelesos; otra real, prosáica, cargada de penosos deberes y fastidios abrumadores. Obligada por necesidad á perma-

necer en la vida real, se le harán insoportables sus menores fatigas, y su corazon é imaginacion se refugiarán en la vida imaginaria que la atraerá con halago impostor. En este estado su marido é hijos la hallarán sin fuerzas para cumplir los santos deberes de la familia, y sin gusto para los modestos goces de una existencia interior y modesta. Despojada de sus mas dulces ilusiones y bellas esperanzas, su corazon se secará de amargura y tedio, y tal vez buscará en culpables deleites un consuelo á los sinsabores que supo forjarse su imaginacion descabellada y calenturienta.

XV

Del deseo de agradar y la vanidad.

El Criador se dignó conferir á la muger los dones de la gracia y hermosura, para que reflejándose las virtudes de su alma en las facciones de su rostro y en las formas de su cuerpo, pudiese atraer al hombre por su parte noble y elevada; á fin que, viendo este resplandecer en el sexo femenino algunos rayos de la eterna belleza, cediese á su accion misteriosa é irresistible, reconociese su compañera elegida por el mismo Dios, y uniese á la de esta su alma por vínculos indisolubles.

La verdadera hermosura procede de lo interior. Cuando por una piedad sincera, por una oracion fervorosa, ó una contemplacion plácida, sabe la muger mantenerse á la altura en que se transfiguran las almas, se ve fulgurar en su fisonomía la luz que interiormente la ilumina; y su cuerpo, tal como un velo trasparente, se amolda en cierto modo, con admirable flexibilidad, á todos los pliegues y contornos de su alma, dejando así apercibir los preciosos tesoros de gracia y virtud que abriga. Cada faccion del rostro, cada rasgo característico anuncia un noble y santo pensamiento. La luz pura y serena que su mirada destella, es como el resplandor de los ardores divinos que consumen su alma. Su voz es el eco de una esperanza celestial, y la actitud modesta de su cuerpo revela los castos sentimientos de su espíritu. Su presencia impone un tierno respeto á todos los que la miran, y esparce al rededor una atmósfera de gracia y pureza. Ningun pensamiento temerario osa acudir á los que la con-

templan, y parece una imágen pia que solicita la oracion, despierta en el corazon dulces esperanzas é inspira santos deseos.

La conservacion de este género de belleza no exige ni mucho tiempo ni muchos gastos, y se conserva por las causas que la producen, sin necesidad de compostura y vestidos. Un trage sencillo y modesto, maneras decentes y afables constituyen el solo adorno de su cuerpo, y parecen en cierto modo ser su prolongacion y reflejo, pues se armonizan con sus castas actitudes. ¿Hay hombre que no quede lleno de admiracion á vista de esos ángeles del cielo que han consagrado á Dios su alma y su cuerpo, lejos del mundo y sus seducciones, y á cuya belleza espiritual y celeste presta nuevos encantos la modesta pobreza del vestir? Tan cierto es que la opulencia esterior no es necesaria á la belleza que de lo interior procede, antes bien anuncia indigencia del alma y penuria de corazon.

En efecto la belleza material y esterior

que nada deriva del alma, es la que se ve forzada á recurrir á medios esteriores y artificiales para adquirir el brillo pasagero que necesita. Semejante hermosura agrada á la vista y arrastra los sentidos; mas ahí paran sus efectos, y lejos de purificar el corazon, lo perturban, y en vez de elevarlo al cielo, lo sumen en la tierra. Sucede á menudo que, engañadas por tan funesta ilusion, las mugeres prefieren este género de belleza que viene del cuerpo á la que en el alma tiene su orígen; y sin hacer caso de esta, no omiten medios ni tiempo para adquirir la primera, imponinédose los mayores sacrificios para llegar á este fin. Hay en efecto en el candor del alma, en la simplicidad de corazon y modestia de modales un hechizo á que ningun ornamento esterior puede equivaler.

Desgraciadamente muy dificil les es renunciar á ese deseo de agradar que parece arraigado en el corazon de la muger, como en el del hombre la ambicion; y tal vez no hay otro alguno que sea mas peligroso por los funestos efec-

tos que acarrea. Una muger cristiana no debe agradar mas que á su marido; no que le sea prohibido el captar la estimacion y aprecio de las personas con quienes se halla en relacion; al contrario tiene no solo derecho sino deber de procurar conseguirlo; mas comienza á ser culpable desde que el deseo de agradar se fija en un hombre en particular, ó cuando solicita de los hombres que la rodean algo mas que estimacion y respeto.

Toda muger que de otro modo obrare, perdida puede considerarse para las nobles funciones de familia y vida cristiana, y el reposo huirá de su corazon que secarán la zozobra y el fastidio. Para espresar el estado lastimero á que se encuentra reducida una muger devorada del deseo de agradar, se dice que es vana, esto es, vacía; y en efecto, el vacío se forma en su espíritu, en su corazon y en su vida entera.

Si reflexionaran las mugeres sobre el sentido de la palabra *vanidad*, comprenderian cuánto desórden y culpa arguyè

el vicio que designa. Vacío se llama en efecto lo que carece de fondo y consistencia, lo que apenas posee una apariencia ó sombra. Una muger vana es una muger cuyo espíritu se halla completamente desprovisto de pensamientos graves, en cuyo corazon no habita un sentimiento elevado ó generoso, y cuya vida entera es hueca y sin acciones grandes y nobles. La vanidad altera la constitucion primitiva del alma, degrada la elevacion natural del espíritu, é inclina los pensamientos á la tierra; y no admite duda que el corazon ajado y marchito pierde pronto ese resorte precioso que le permitia dirigirse al cielo, y gravitar de todo su peso á las miserias de esta vida, como se observa doblarse y caer en tierra los ramos marchitos de una planta helada por el invierno.

XVI

De la voluntad y espíritu de sacrificio.

Imagínanse las mugeres que porque les es necesario obedecer, no deben formar y dar incremento á su voluntad; y que, lejos de serles útil, esta facultad les debe acarrear sinsabores y pesares. Hay muchas madres que, partiendo de este falso principio, lejos de fortificar la voluntad de sus hijas, les persuaden que deben sofocar este noble don, tan indispensable en todas las circunstancias de la vida, y fuente de toda moralidad, dignidad de carácter, integridad de corazon y felicidad temporal.

Esta falsa direccion, que da origen

á tan funestos resultados, procede de que se confunde en general la voluntad con la terquedad y obstinacion, y la obediencia con la sumision pasiva; cuando al contrario, nunca es mas necesaria la voluntad como cuando se trata de obedecer á otra voluntad superior, y nada es mas incompatible con este atributo precioso como la indocilidad.

Los filósofos y moralistas consideran la voluntad como una facultad ciega que, careciendo de la luz que aclara y dirige, tiene que recurrir á otra y seguir la que se le presenta. Esta luz es el motivo ó móvil de nuestras acciones, lo que llama el Señor el ojo del cuerpo, cuando nos dice en su admirable discurso en el monte, que si nuestro ojo es simple, iluminado quedará nuestro cuerpo, mientras que si es malo, quedará oscuro: lo cual significa que si nuestro espíritu, que es el ojo de nuestro cuerpo, es recto, clara y luminosa será nuestra voluntad y todas las acciones que de ella emanan; mas si se halla viciado por el error ó cegado por la pasion, ciega y tenebrosa

será nuestra voluntad; pues si las tinieblas forman nuestro espíritu, ¿qué será la voluntad que naturalmente es oscura y tenebrosa?

Como en el espíritu reside toda la luz de la voluntad, la educacion de esta consiste principalmente en dos cosas: primeramente en alumbrar el espíritu por una instruccion sólida, y sobre todo por el resplandor de la fé; y en segundo lugar, en precaver y destruir todos los obstáculos que pueden interponerse entre el espíritu en que reposa el foco luminoso, y la voluntad que debe recibir sus rayos. Para que el espíritu se halle claro, y pueda dar á la voluntad una luz pura, es preciso que se halle en comunicacion habitual con Dios, manantial de toda claridad; y esta comunicacion entre el alma y la luz ó verdad, se establece y mantiene á la vez por medios naturales y sobrenaturales. Ambos se hallan á nuestra disposicion, sobre todo los últimos, pues Dios nunca falta á los que con sinceridad lo invocan.

Los padres pueden contribuir eficaz-

mente á formar el espíritu de sus hijos, el cual depende en gran parte de la primera educacion recibida. Dar á las niñas desde la edad mas tierna nociones justas sobre los hombres y las cosas que ven; presentarles bajo su verdadero punto de vista la vida, su objeto, sus realidades, sus deberes, sus placeres, sus dolores; acostumbrarlas á juzgar de un modo sano de las cosas que presencian; enseñarles los resultados en las causas; acostumbrarlas á prever lo venidero, remontar á los principios, bajar con pie seguro á los mas remotos efectos; aplicar su espíritu á la consideracion de las verdades que nos enseña la fé, y hacer que deduzcan las consecuencias prácticas mas importantes para la vida; tal es la funcion, tales son los deberes de una madre sábia y cristiana. Por tales medios llegará á iluminar el espíritu de su hija, y dará á su ojo interior esa claridad, esa simplicidad á que alude Jesucristo, y que tanta energía y fortaleza aseguran á la voluntad.

¿Pero de qué servirá la luz de la inteligencia, si la voluntad que debe ser iluminada no puede recibir los rayos, si oscurecen el entendimiento los errores y pasiones, y como una nube, lo ofuscan y ocultan la luz á la voluntad que debe ser iluminada y dirigida? Así el reposo de las mugeres exige que desde temprano impidan en sí la produccion de preocupaciones, y de esas miles pasiones pasageras que brotan del corazon y menguan la voluntad. Importa que, desde el uso de la razon, se acostumbren á tomar por móvil de sus acciones no los caprichos de una imaginacion fogosa y fervida, no el brillo fementido y fugitivo de alguna pasion oculta en los repliegues del corazon, no la impulsion ciega y desordenada de un deseo culpable é inútil, sino la luz serena y majestuosa de la razon y la fé.

Pero para reprimir los movimientos de las pasiones desordenadas, y hacer que conserve el espíritu su claridad y la voluntad su calma y energía, se requiere mucha fuerza de alma, y esta solo la

da la costumbre del sacrificio y la humillacion perpetua de la voluntad; y no hay que imaginarse que la humillacion de la voluntad sea anihilarla. La voluntad es seguir la impulsion y la luz del espíritu; es cumplir con el deber; regular, sometiendo á una ley superior, los caprichosos movimientos del corazon ó de la fantasía; en una palabra, es obrar por un motivo que puedan reconocer la razon y la fé.

El hombre ha sido criado para obedecer, pues se halla en una dependencia absoluta y continua de Dios; y aun cuando manda, obedece, pues si da órdenes á los otros, no es en virtud de un derecho que le sea propio y natural, sino en virtud de una delegacion de Dios que le trasmite su poder y autoridad, no para satisfacer su orgullo ó lisongear su vanidad, sino para cumplir con una obligacion providencial.

La voluntad es obrar contra la propia y segun la divina. La voluntad no es ir en pos del placer, ó ser impelido por el orgullo, vanidad, amor propio ó in-

terés privado, sino hacer lo que se debe, cumplir un deber á pesar de la repugnancia de la naturaleza, á pesar de los gritos del amor propio, á pesar de los obstáculos de las pasiones rebeldes ó los caprichos de la imaginacion. Cuando la pasion nos arrastra, cuando el deleite nos convida, cuando el corazon se precipita, la voluntad es inútil, y nos basta abandonarnos á nuestra propia inclinacion, y ceder sin esfuerzo al movimiento que nos impele. Pero cuando nos hallamos en presencia de un deber penoso, contra el cual se rebelan todos los deseos naturales; cuando debemos arrostrar una necesidad que consterna la naturaleza; cuando se trata de cumplir un sacrificio que amotina todas las repugnancias del amor propio; cuando hay obligacion de aceptar una posicion que humilla el orgullo humano ó lastima la sensualidad; entonces es cuando es necesaria la voluntad, entonces es cuando se echa de menos su privacion si no está formada por el sacrificio. Cuando un carro debe bajar por una cuesta in-

clinada, no hay necesidad de caballos vigorosos, y su propio peso basta; mas cuando se trata de subir una montaña escarpada, indispensables son las mas robustas caballerías. Tal es la imágen fiel de la voluntad en las diversas situaciones en que puede hallarse.

Así, humillar la voluntad no es destruirla, sino privarla de su terquedad, y comunicarle una flexibilidad que le permita ceder á las necesidades y obligaciones diversas; es hacer de ella un instrumento dócil que se preste á la impulsion de un corazon virtuoso y á la luz de un espíritu elevado; docilidad necesaria al hombre en todas las circunstancias de la vida, pues no hay ninguna que no exija un gran consumo de voluntad, y que no imponga deberes difíciles y numerosos; pero sobre todo necesaria á la muger destinada á obedecer, y cuya vida entera debe ser un continuo sacrificio.

Los deberes de familia, las exigencias de la sociedad, las conveniencias de su posicion, todo es para la muger mate-

ria de abnegacion. ¿Y cómo podrá cumplir con las difíciles obligaciones que le caben, si está acostumbrada á seguir sus antojos, si su voluntad tiesa é indócil se niega á admitir el yugo, si la obediencia no le es habitual, si se niega á reformar su carácter, suavizar su aspereridad y destruir su rigidez? Intolerable no puede menos de serle el matrimonio, y orígen de perenne amargura y desazones.

Con aire mohino y disgusto aparente efectuará lo que le imponen la fuerza de las circunstancias ó la voluntad de un marido decidido á no transigir con los caprichos de su muger. Y si se halla dotado de una voluntad tenaz y un carácter violento, ¡cuántas humillaciones tendrá que sobrellevar, cuántas lágrimas que devorar en secreto! Verá sin cesar quebrados sus gustos, obligada á ceder á la fuerza, y es natural que acabe por llegar á aborrecer al hombre á quien la unen eternos lazos. Tal vez, cansada de una lucha inútil é incesante, buscará una compensacion á sus que-

brantos en afecciones y placeres que le preparan dolores mas amargos y agudos arrepentimientos.

XVII

De la imaginacion, del arte y del sentimiento de lo bello.

La imaginacion es esa facultad que situada en los confines del alma y los sentidos, se halla en comunicacion directa con estos, y trasmite al espíritu las impresiones que recibe trasformadas en imágenes y como transfiguradas. Esta facultad es como un puente sobre un abismo, y pone en relacion dos mundos que sin ella nada de comun tendrian, y que, gracias á esta facultad, tienen íntimas relaciones. Nada en efecto podrian decir los sentidos á la inteligencia si no tuviesen á la imaginacion

por intérprete; y recíprocamente nada podria comunicar la inteligencia á los sentidos, si no mediase la imaginacion entre ambos.

Los sentidos vibran por las impresiones que reciben de los objetos, las cuales son mas ó menos profundas segun la mayor ó menor violencia de los agentes esteriores. Esta impresion es recibida en la imaginacion por un proceder cuya naturaleza no es dado penetrar al hombre, y se despoja en ella de todos los elementos materiales que habia conservado.

Llegado á esa altura, á esa cima que domina el mundo sensible, se espiritualiza la sensacion y transfigura como en un nuevo Tabor, en una imágen resplandeciente y gloriosa que el alma inunda de su inefable fulgor. Esta imágen es un pensamiento, pues ya ha pasado el mundo sensual, y se encuentra, no en una medio lóbrega y baja que por do quier limitan y estrechan el tiempo y el espacio, sino en una esfera espaciosa en que viven los espíritus, y se

alimentan las almas de verdad y amor. Pero este pensamiento, libre apenas de envoltorios materiales, no puede volar muy alto, y tal como el pájaro cuyas plumas nacen, revolotea aquí y acullá en los confines del mundo sensible, sin poder menos de rozar la tierra en su vuelo.

En tal estado el pensamiento se ofrece al espíritu bajo la forma de lo bello, y solicita su adhesion. Despues, remontándose á mayor altura, llega á la esfera de la inteligencia, mucho mas sublime y fulgorosa que la primera; y cobrando nueva luz, pasa al estado glorioso de idea pura, y se reviste de una palabra que lo define y caracteriza. Así no se presenta solamente al entendimiento bajo la forma de lo bello, sino tambien de lo verdadero, y el espíritu lo acoge con entera confianza y serenidad perfecta.

Por último, el corazon, prendado de su atractivo y arrebatado por su hermosura, á esta idea se inclina con complacencia, y elevándolo á su altura, la introduce en una nueva esfera. En ella, de nue-

vo transfigurada, se produce bajo la forma del bien, atrae todos los deseos, solicita todas las esperanzas del alma, entra, por decirlo así, hasta lo mas profundo del ser, y se manifiesta en todas las acciones de la vida como el gérmen se manifiesta en la flor y el fruto; pues la vida moral del hombre es como el florecimiento y fructificacion del pensamiento que ocupa habitualmente su espíritu y corazon; y Jesucristo nos dice en su Evangelio que nuestro corazon está donde está nuestro tesoro, y que si este es bueno, sacaremos de él buenas cosas, mientras que si es malo, no podemos sacar de él sino cosas de igual naturaleza. Así conviene que nos formemos un buen tesoro, para que nuestro corazon, hallándose rico de buenos deseos y santas resoluciones, tambien se halle rica nuestra vida de acciones nobles y generosas.

Ahora bien: el medio mas eficaz para producir tan loable resultado, es velar atentamente en todos los movimientos de la imaginacion, y no dar cabida á

imágen alguna que pueda dar orígen á falsas preocupaciones, peligrosas ilusiones, ó errores funestos. Una imágen trasmitida á nuestro espíritu por los objetos sensibles que nos rodean, es el gérmen de un pensamiento, de un deseo, y á veces el principio de una larga serie de recuerdos que importunan la memoria y empañan el corazon.

En efecto la memoria es, por decirlo así, la imaginacion que se vuelve atrás, y el recuerdo es la imágen de lo pasado. La memoria humana es como un campo, en que se hallan desparramados al estado de gérmenes las imágenes que ha recogido nuestra alma en los objetos esteriores que impresionan los sentidos. Si un rayo de calor escita y fomenta estos gérmenes, no tardará en producir una variedad infinita de recuerdos, deseos y esperanzas.

Una vigilancia continua sobre la imaginacion y todos sus movimientos, es mas necesaria á la muger que al hombre, si se considera que en ella esta facultad rehace con mas energía en las demas.

Se puede decir en cierto modo que el espíritu y corazon de la muger son gobernados por su imaginacion; pues á menudo los mas sublimes pensamientos se presentan á su espíritu bajo la forma de una imágen; y ¿acaso no reviste el mismo Dios de la misma forma las solicitaciones de su gracia para volverlas mas dulces y atractivas? La muger busca lo bello de preferencia á lo verdadero; y para que á la verdad se apegue, es preciso que se presente esta revestida de belleza, y de este único modo podrá inflamar los deseos de su corazon y escitar su entusiasmo; pues la naturaleza femenina aspira á lo bello por todas las potencias de su alma, y esta disposicion es á la vez fuente de las mayores virtudes y orígen de las mas funestas ilusiones.

En efecto, la imaginacion, que es el órgano de la belleza, se halla situado en los últimos confines del mundo espiritual, en términos que, siempre inmaterial por su esencia, la impresion de lo bello conserva en ella algun vesti y

como un recuerdo del mundo sensible. El placer que da al alma, no presenta esa calma augusta, esa serenidad majestuosa que caracteriza al que recibe la inteligencia de la contemplacion de la verdad ; sino es un goce mas embriagador, que mece y agita al espíritu humano en lugar de aquietarlo ; que á veces la trastorna hasta levantar tumultuosamente todas las olas de amor y poesía que ocultan abismos profundos, que la arrastra á una esfera cuya vaga perspectiva escapa á las miradas.

No presenta lo bello esas formas precisas, esos contornos pronunciados que caracterizan la verdad, y permiten reconocerla sin esfuerzo á todo espíritu no preocupado. Ademas no hay tribunal establecido por Dios para reconocer de un modo infalible lo que es verdaderamente bello y que, como tal, reclama nuestro entusiasmo y amor ; así en esta esfera es mas fácil el error, y la ilusion mas comun.

Como las pasiones tienen profundas raices en la organizacion física del hom-

bre, su contrapeso debe hacerse sentir principalmente en la imaginacion, como limítrofe á los sentidos y en habitual contacto con el mundo sensible. Así fácilmente nos inclinamos á tomar por lo bello lo que halaga nuestra parte sensual, lo que favorece nuestras pasiones y seduce nuestros sentidos.

Si queremos escapar á este peligro, es necesario que nuestro espíritu esté independiente para conservar toda su libertad y lucidez, aun enmedio de las preocupaciones que pueden proceder de la imaginacion ; y que nuestra voluntad tenga bastante imperio sobre esta para contener sus impetuosos arrebatos, mantenerla en sus justos límites y sustraerla al imperio de las pasiones. Es necesario que la inteligencia, que debe gobernar y dirigir las demas facultades del alma, no deje escapar el cetro que le está confiado, y conserve el derecho de juzgar definitivamente las impresiones de la imaginacion, como igualmente el de desechar las que carecen de fundamento sólido y cierto. En una palabra, es necesa-

rio que nuestro corazon sea bastante puro para no fijarse mas que en el bien, pues sus desvarios tienen efectos perniciosos en la imaginacion, y hace que sea esta tanto mas caprichosa y arbitraria.

Si descuidamos estas precauciones; si nos acostumbramos á seguir sin exámen los movimientos irreflexivos é impetuosos de nuestra imaginacion, y á dejarnos guiar por el encanto de lo bello de preferencia á la luz de la verdad, estemos ciertos que no escaparemos ni al imperio del error que ofusca el entendimiento, ni á la influencia de las pasiones que seducen el corazon, ni á los caprichos de un entusiasmo falaz que agota y esteriliza el alma.

En una nacion bien gobernada, guardadas son las fronteras con especial cuidado, y defendidas por inespugnables fortalezas que detienen el paso al enemigo, y dan tiempo á los ciudadanos de combinar sus esfuerzos. Las fronteras del alma las forma la imaginacion, y por ella nos ataca y penetra en nuestra

alma el enemigo ; por ella pues conviene ejercer la defensa, pues allí se traban los mas sangrientos combates.

XVIII

Continuacion del mismo asunto.

Fácil es reconocer las mugeres que han dejado tomar á su imaginacion un ascendiente funesto sobre las demas facultades del alma. En general son precipitadas y temerarias en su modo de juzgar, caprichosas y volubles en sus gustos, inconstantes en sus afecciones, inconsecuentes en sus palabras, vanas y ligeras en su vida. Su espíritu se halla empañado y oscurecido por mil errores, é incapaz de ver la luz que depara Dios á la conciencia individual para alumbrar sus pensamientos y dirigir sus ac-

ciones. Juguete de pasiones antojadizas é innumerables, no tiene su corazon bastante energía para seguir el bien; y es tal como la mariposa que vuela, se cierne, y apenas para en las flores cuyo perfume la cautiva, sin fijarse en ninguna, acabando por quemarse las alas á la llama cuyo pérfido encanto la convida. Su flaca voluntad no tiene fuerza para cumplir con los penosos deberes que le impone una posicion difícil, ni arrostrar con valor los sacrificios que exige. La verdad no tiene imperio en su alma, ni pueden cuadrar con su espíritu frívolo las severas costumbres de una razon madura. Incapaces de exámen y reflexion, se deciden en las mas interesantes cuestiones por motivos vanos y frívolos, procedentes de los errores de su espíritu ó pasiones de su corazon. No abrigan opinion formada sobre los hombres y las cosas, sino tan solo opiniones que varian segun sus caprichos ó amor propio. Tiene un afecto decidido por los que lisongean su vanidad, ó contemporizan con las pasiones de su corazon ó mise-

rias de su vida, y se despegan de ellos con la misma prontitud y ligereza. Se aficionan á las ideas que pueden ofrecer un punto de apoyo á su orgullo, y pretesto á sus errores, y las miran con tedio desde que no ven en ellas un medio de hacer brillar á los ojos agenos las preciosas calidades que poseer se figuran. Ciegas en sus sentimientos, opiniones y gustos, pasan sin motivo racional de la indiferencia al entusiasmo, de la estimacion al desprecio, del odio al amor sin poder permanecer en los verdaderos límites de las cosas, sino forzadas de hallarse siempre en un estremo ú otro. Su modo de juzgar se resiente de la exageracion de su espíritu y el entusiasmo facticio de su corazon. Sin medida en sus encomios y vituperios, proclaman divino lo que les gusta, abominable lo lo que les desagrada; y lejos de hacer participar á los demas de sus opiniones, escitan en ellos una repulsion instintiva por el modo exagerado con que se espresan. Solo les gusta lo raro, lo que puede distinguirlas y

realzarlas, y afectan á veces una ciencia y tono que no les cuadra, acabando á menudo por ser tan ridículas como insoportables á fuerza de querer parecer amables é interesantes.

¡Cuán diferente es la muger que desde temprano supo dirigir su imaginacion! Accesible á todo lo que es realmente bello, comprende y se halla imbuida de todo lo grande y generoso. Su alma valerosa se eleva en alas del entusiasmo á esas alturas en que moran las inteligencias escogidas. La piedad, patriotismo, amor, amistad, todos esos sentimientos que hacen latir los corazones nobles, hallan acceso en su alma, y derivan nuevo vigor de la nativa energía de su corazon. Todo lo que entra en su ser adquiere dimensiones anchas y elevadas, y se vuelve admirable y escelso como su alma. Sabe dar precio á las cosas indiferentes á primera vista. Un sentimiento esquisito de lo bello acompaña y dirige las palabras que salen de su boca, y á las actitudes y movimientos de su cuerpo, y comunica á su conversacion,

á su mirar y hasta á su silencio una gracia y armonía que arrastran todos los corazones. Nunca acude á su espíritu la verdad sin despertar en su corazon el sentimiento del bien y la imágen de lo bello en su imaginacion. Para esta clase de mugeres el bien es el relieve de la verdad, y lo bello su esplendor. Así la contemplacion de la verdad da á su alma inefables goces, que comunicar sabe á los que la rodean por la manera persuasiva con que se espresa.

Su corazon es un santuario adornado de santas imágenes, cada una de las cuales escita un recuerdo ó una esperanza. Las divinas armonías de su alma y casta hermosura de su pensar se reflejan en todo su esterior, y comunican á su persona nuevos encantos.

Del mismo modo que su imaginacion rica de arte y poesía, sabe embellecer los objetos que le trasmite el mundo esterior y los mas vivos matices, así sabe dar realce, por las gracias de un arte ingeniosa, á los movimientos mas naturales y á las mas sencillas actitudes de su cuerpo.

En su persona se prestan continuo y mutuo socorro el arte y la naturaleza, sin que jamás la naturaleza estorbe las ingeniosas combinaciones del arte, ni esta la libre espansion de aquella; y ambas cosas se penetran tan íntimamente que parece haberle sido dadas simultáneamente, y se creeria que el arte ha precedido á la naturaleza ó si es una emanacion de esta.

Su vida es como una flor cuyo aroma regocija y purifica el corazon de todos los que la rodean. Los dolores corporales que alteran la belleza y destruyen la frescura, tienen menos imperio en su persona, pues posee un manantial inagotable de gracia y hermosura. El sentimiento de lo bello la acompaña hasta en los males físicos, y la impide abandonarse sin reserva á las impresiones dolorosas que resiente. El arte la socorre en tan críticas situaciones en que parece agotada la fuerza, y mantiene su cuerpo en esa calma y dignidad que es como la belleza de las almas angustiadas y cuerpos doloridos. Se muestra llena

de paciencia para con el dolor, y sabe ser dulce para con la muerte, como supo ser indulgente para con la vida. A veces aquella pierde para con su persona su severidad ceñuda y séquito de tormentos, privándola de los horrorosos suplicios de una dolorosa agonía, y los ángeles recogen su alma para llevarla á la celestial mansion como un fruto madurado por el calor estival.

La imaginacion es, pues, una facultad preciosa, como que puede, bien dirigida volvernos mas fácil el cumplimiento de nuestros deberes, inflamando nuestras almas de un santo entusiasmo por la virtud, é inspirándole un horror saludable por el mal. Así seria obrar contra los designios de Dios que nada inútil nos da, y al mismo tiempo contra nuestros propios intereses, el procurar apagar en nosotros la chispa sagrada del entusiasmo comprimiendo la imaginacion que es su principal foco; al contrario conviene mantener ese fuego sagrado con santas imágenes, nobles pensamientos y altas contemplaciones, y no dejando acceso

mas que á lo digno de amor y admiracion. La oracion, la meditacion, la frecuente lectura de las santas Escrituras y los libros dictados por la piedad, la huida del mundo y sus pompas, tales son los mejores medios para lograr este intento.

Pero la muger que sin precaucion lee todos los libros que encuentra; la que asiduamente asiste á esos teatros en que todo conspira á encender en el corazon los mas culpables deseos; la muger cuya imaginacion se halla abierta como un camino trillado á los mas diversos pensamientos, á las mas opuestas impresiones; que nunca entra en sí por el recogimiento y la oracion; que nunca se pone en la divina presencia por la oracion, pero cuyos pensamientos y deseos se esparcen, como un agua sin ribera, en una multitud infinita de objetos; la muger cuya curiosidad insaciable se complace en chismes y enredos; la muger cuya vida frívola se gasta en las ocupaciones estériles de la vanidad; la que sin discernimien-

to entrega su corazon á las mas peligrosas afecciones y compromete el reposo de su vida en situaciones difíciles para la mas cimentada virtud, lejos de hallar en su imaginacion una fuente de consuelos y goces, encontrará una ocasion continua de culpas y peligros; pues esta facultad, tan preciosa cuando está bien dirigida, se vuelve funesta cuando por negligencia le damos el predominio; cuando en vez de someterla á la inteligencia, la abandonamos á sus propios caprichos, entregándole como una presa nuestra alma y vida.

Uno de los resultados mas funestos y comunes de esta negligencia es que la imaginacion acaba por absorver las demas facultades, y usurpa las atribuciones de la inteligencia, juicio, corazon y voluntad. Creemos comprender, y somos victimas de un juego de la imaginacion que revoltea sobre una idea sublime como la mariposa sobre la flor. Creemos juzgar, y no hacemos mas que ceder á una preocupacion que nos ciega, á una prevencion de nuestro espiri-

tu ó á un error de corazon. Nos figuramos querer, y solo seguimos el rastro de un placer que nos seduce, ó la voz de una pasion que nos arrastra. Y ¡cosa aun mas deplorable! nos imaginamos amar, y no hacemos mas que obedecer á la impulsion de un egoismo refinado que se oculta en los mas profundos repliegues del corazon, y agota el manantial de las mas puras afecciones y de los mas generosos sentimientos. Asi desde que pierde el hechizo el objeto que nos habia seducido, nos alejamos de él con la misma fuerza que nos habia impelido. Esta circunstancia es uno de los signos que mas demuestran que nuestra afeccion era un juego de nuestra imaginacion, y no un sentimiento profundo del corazon.

De este modo vivimos en un mundo de errores é ilusiones, y nos engañamos acerca de nosotros mismos aun mas que acerca de los demas, ignorando la verdadera naturaleza y objeto de nuestros pensamientos y de nuestros mas íntimos sentimientos, pegándonos á la su-

perficie de las cosas sin penetrar en el fondo, sin saber dónde estamos, ni lo que somos, ni adónde vamos, ni de dónde venimos, caminando á tientas enmedio de los hombres y las cosas; comprando con nuestro reposo y nuestra virtud una esperiencia inútil, porque de ella nos impiden aprovechar la flaqueza de nuestro espíritu y la impotencia de nuestra voluntad. Así marchamos de ilusion á ilusion hasta la última y mas terrible, pues no admite reparacion. A menudo en efecto la muger que, durante su vida entera, se ha dejado seducir y arrastrar por la imaginacion, no puede, á la hora de la muerte, acostumbrarse á prescindir de este guia falaz; su mirada postrera en el mundo es una ilusion, y sus ojos solo se abren á la luz en el dia de la eternidad. Entonces comprende, pero demasiado tarde, que su vida entera no fué mas que una ilusion perpetua y una mentira incesante, y que todo en la tierra es vanidad, escepto amar á Dios y servirle.

XIX

La curiosidad.

Como las demas pasiones la curiosidad no es condenable en sí, y Dios nos la ha dado para hacernos mas fácil el estudio de las cosas que debemos saber, escitándonos á aprenderlas por el atractivo del placer que de su conocimiento resulta. Aplicada á las cosas que nos importa conocer, y contenida en los límites que deben circunscribir y regular el movimiento de nuestras pasiones. la curiosidad, lejos de ser para nosotros una culpa ó peligro, es al contrario un deber, una fuente de goces para nues-

tro espíritu y corazon, y á ella debemos en gran parte el incremento de nuestra inteligencia y el progreso de que se honra la sociedad.

Pero comienza á ser peligrosa cuando la dirigimos á un fin malo ó inútil, ó cuando traspasando sus justos límites, se apega con desórden á los objetos; y llega á sernos funesta cuando, en vez de fomentar nuestra inteligencia, concentrando su actividad en cosas de importancia y para cuyo estudio reconoce disposiciones particulares, dispersa sus fuerzas, disminuye su energía, cebándose en un sinnúmero de objetos cuya variedad produce una confusion deplorable. Es culpable cuando, en vez de producir y conservar la humildad y modestia, persuadiéndonos que, ademas de las cosas que sabemos, hay una multitud infinita que ignoramos, y que nunca sabremos, da pábulo á nuestro orgullo y vanidad, dándonos á entender que nuestro espíritu ha llegado al colmo de la ciencia, é induciéndonos á despreciar á los que saben menos que nosotros. Es

de mala naturaleza cuando, procediendo de la fatal curiosidad que perdió á Eva y con ella al género humano, nos sugiere el deseo de ser como dioses y aprender el mal, no con esa ciencia especulativa que sirve á veces para precaverlo, sino con esa práctica que resulta de la esperiencia, y que da el gusto de lo ilícito, y á veces la necesidad.

Esta curiosidad es para las mugeres orígen de muchos peligros y culpas, y mas de una le debe tal vez su pérdida. La mision de la muger no es tanto el aprender la verdad para enseñarla, como sentirla en sí para volverla agradable. El papel de su corazon es mas estenso que el de su entendimiento; y desde que este sale de los límites que le traza la Providencia, y determina el fin á que debe aspirar, la muger pierde á nuestra vista gran parte de su gracia, atractivo y autoridad. En efecto, mientras mas parece ignorar el mal, mas nos aleja de él, y hallamos particular placer en ver su sorpresa por ciertos escesos que tan frecuentes ha vuelto la corrup-

cion, y ni aun siquiera sospechar desórdenes que multiplica á nuestra vista la inmoralidad. La inocencia de la muger debe hallarse al abrigo bajo el velo de una casta ignorancia, y el levantar este velo es alarmar el pudor de su alma.

Por desgracia hay pocos hombres que comprendan la verdadera naturaleza de la muger, y sepan respetar las exigencias de su corazon y delicadeza de su conciencia, persuadiéndose que si el candor é ingenuidad que acompañan la ignorancia, conviene á las vírgenes, de ningun modo se adapta á una muger casada; aun hay algunos que temen esta ignorancia como un obstáculo á sus deseos corrompidos, y no temen hacer el papel del demonio que, bajo la figura de la serpiente, presentó á nuestra primera madre el fruto vedado de la ciencia del bien y del mal, encendiendo en su corazon una culpable curiosidad y el deseo de ser como dioses.

Ignoran que la curiosidad es una pasion que nunca se despierta impunemente en la muger, y que á medida que

mas de cerca ve el mal que antes ignoraba, menos horror por él concibe; que, inclinada á la exageracion, dificil le es limitarse convenientemente, y que esta exageracion si le es nociva á veces, le es tambien provechosa cuando reconoce al mal por objeto, pues sea que se le considere con la luz de la fé, sea que se le examine meramente con los ojos de la razon, no se le puede aborrecer bastante. Ignoran que la muger dista poco de amar las cosas porque no esperimente un odio enconado, y que su corazon tiende á inclinarse á aquellas á que se acostumbran su espíritu y sus ojos.

Hay muchas que, en una relacion personal, en una lectura, en una conversacion que les parecia inocente, buscaron solo satisfacer su curiosidad, y mas tarde se convencieron á costa de su propia felicidad y esperiencia, que esta pasion en la muger guarda gran conexion con los malos instintos, y que conduce al deleite sensual que macula el alma, ó á la perversidad que seca el corazon, nos vuelve desapiadados en

nuestras censuras para con los deslices agenos, y se complace en el recuerdo de los errores y culpas del prójimo; y rara vez escapa á ambos vicios la muger que no se observa y no sabe reprimir los asomos de una curiosidad culpable. Si consigue escapar al primero, dificil es que evite el segundo; y entonces la vemos escudriñar con avidez la conducta agena, vivir de chismes y escándalos, comentar sin caridad las mas puras intenciones, manchar las mas nobles reputaciones, y destilar por do quier la ponzoña que infecta su alma vil y envidiosa.

XX

De la eleccion de una amiga.

El corazon de una muger es un abismo de amor, y puede bastar á las mas diversas afecciones de la naturaleza. Desde que un objeto cae en él, queda al momento envuelto en amor y ternura; y es dificil acertar con lo que es mas admirable en una misma muger, si su afecto por su marido, su cariño para con sus hijos, su piadosa sumision para con sus padres, su desprendimiento para con un hermano ó hermana, su ingenua confianza para con una amiga, ó su compasiva caridad para con los

pobres. Su corazon sabe á la vez alzarse á lo elevado para admirarlo y venerarlo, mirar á lo que está al lado para amarlo, é inclinarse á lo que está mas bajo para apoyarlo y sostenerlo. La muger tiene una sonrisa para todas las alegrías, una lágrima para todas las cuitas, un consuelo para todos los sinsabores, una escusa para todos los deslices, un ruego para todas las desgracias, una palabra de animacion para todas las esperanzas. Su corazon emite siempre un sonido bajo la mano que lo toca, y se abre fácilmente á las declaraciones que solicitan su confianza.

Pero á consecuencia del desórden introducido por el pecado en nuestra naturaleza, lo mas elevado de nuestro ser tiene siempre un contrapeso que lo equilibra y tiende á bajarlo á tierra. La voluntad de Dios ha querido que el hombre adquiera por la lucha las calidades que le faltan, y conserve por ella las que ya posee; y como si no fuese suficientemente miserable, es necesario que sufra y se desconfie del bien que

posee, y que por una vigilancia continua impida que se bastardeen las felices disposiciones de su corazon; pues si se duerme en falsa seguridad, ó reposa en la vana complacencia de su orgullo, el bien que reside en su corazon llega á serle manantial de funestas ilusiones y graves peligros; y mas de una vez desaparecen la mas sólida virtud y mas nobles instintos en los profundos abismos de un corazon tierno y confiado en demasía.

Importa, pues, que una muger sepa escoger las amigas á quienes debe dar su confianza y afeccion; pues el corazon femenino vive de lo que ama, y recibe en influencia lo que da en amistad y confianza. Amar para él es obedecer, tomar con docilidad una direccion, seguir los pasos de otra persona en la senda que le traza esta, dejarse guiar y gobernar por un corazon que del suyo acerca la simpatía ó costumbre. Se ha dicho que el pensamiento de la muger se halla en su corazon: lo mismo podria decirse de su voluntad; y la muger que

la guarda no da su corazon sino á medias.

Desgraciadamente hay muchas que el mundo cautivó desde la edad tierna, y que por consiguiente perdieron esa ingenuidad y fresca lozanía del alma que conserva una vida religiosa y recatada. Estas mugeres envidian las que, mas dichosas, conservan estas preciosas calidades del corazon; y parece, al verlas, que procuran vengarse en estas inocentes víctimas de la vergonzosa dominacion que en ellas el mundo ejerce, y que se hallan á la entrada del mundo para observar mejor las que entran, y guiar sus primeros pasos. Por mil artificios ingeniosos saben ganar la confianza de una jóven dócil é ignorante, y saben con un arte maravilloso adivinar sus mas secretos instintos, y prevenir sus mas ocultos deseos. Con mentirosa indulgencia halagan su parte flaca, y domeñan por una falsa condescendencia las pasiones que pueden debilitar su carácter, y entregarla sin defensa á su perniciosa influencia. A su

tímida impericia prestan el apoyo de una larga esperiencia, no para preservarla de los escollos que no supieron evitar ellas mismas, sino al contrario, para conducirla por los mismos senderos en que naufragaron.

¡ Desdichada de la que le confia los dolores de su alma, si la agovia la indiferencia de un marido! ¡ Desdichada de la que cuenta sus desazones y recelos que provoca la conducta equívoca de un esposo! ¡ Desdichada si en su cándida franqueza le pide consejos para evitar las asechanzas que á su inocencia tiende un obsequioso galan ! ¡ Desdichada de la que le abre su pecho y revela los primeros menoscabos de una inclinacion que apenas nota, y que amenaza el reposo de su vida! Allí la aguarda su mañosa vigilancia. Tales como la araña que, agazapada tras de su pérfida tela, aguarda que se enreden en ella los pies de un insecto, y advertida por la conmocion se arroja y ahoga la trémula víctima, esa clase de criaturas se ceba con increible avi-

dez en el corazon que se deja engañar por sus artificios. Pocas mugeres han llegado á la perdicion sin una direccion funesta y perniciosos consejos; y tal vez no hay ninguna que no hubiera podido impedir esta desgracia por una confianza mejor colocada ó un afecto mejor escogido.

Pero en general lo que acerca un corazon á otro en esta vida es una ciega simpatía, el hábito de vivir juntos, ó cierta analogía de gustos y pasiones. Una muger jóven busca una amiga indulgente que tolere sus defectos; y á veces prefiere una que tenga los mismos, para que así se vea obligada á una funesta indulgencia. Mas la similitud de gustos, que es un poderoso aliciente para las almas virtuosas, debiera igualmente alejar una de otra las que solo por puntos de contacto ofrecen vicios ó imperfecciones. El escoger una amiga es para una muger cosa casi tan importante como un confesor; y cuando su posicion exige tal eleccion necesariamente, debe pesar con madurez y cavilar sobre

un punto de tanta importancia y tan decisivo en sus resultados.

Esta amiga debe, antes que todo, poseer una piedad sincera y esclarecida. Tal es el punto mas importante y el que mas reflexion exige, pues una piedad estrecha y falsa puede ser tan nociva como la ausencia total de religion, y ser causa de consejos y direccion funesta para la virtud. Una muger mundana justifica todo lo que se le confia; mas una muger cristiana sabe, al paso que afea las malas acciones, hallar suficiente indulgencia y caridad para justificar al oulpable á sus propios ojos, y volverle el sentimiento de su dignidad, y sobre todo sabe impedir nuevas culpas por sus saludables consejos, y volver menos penosas declaraciones que siempre cuestan mucho apuro al amor propio, por la bondad con que las acoge.

Esta amiga debe tener bastante esperiencia de mundo para distinguir y reconocer sus lazos y peligros; igualmente poseer suficiente esperiencia de la vida para apreciar sus necesidades y

conveniencias, discernir lo inevitable, falso y peligroso de una situacion, y sugerir á la que en ella se halla los medios de salir felizmente del peligro. Las mugeres cuyo corazon, despues de haber sido esclavo del mundo, vuelve á una vida mejor y mas elevados sentimientos, pueden ser de gran recurso para las que, mas jóvenes, se ven espuestas á los mismos peligros; y la vida pasada de las que se hallan instruidas y fortificadas por la esperiencia puede dirigir el porvenir de las ignorantes é inespertas.

Esa amiga debe ser franca y valerosa; pues se necesita valor para advertir á una jóven el peligro en que se halla, y arrancarla á una situacion cuyos funestos resultados no nota. Al mismo tiempo debe ser discreta y prudente, pues un secreto confiado debe hallar su seguridad en la discrecion del depositario, del mismo modo que un consejo en la prudencia de la persona que aconseja. Una amistad semejante puede ser para una muger jóven una fuente de bendiciones y prosperidades, evitarle

mil peligros, impedirle mil ligerezas, suavizar en su corazon la amargura de un dolor profundo, embotar en su conciencia el aguijon punzante del remordimiento, prestar apoyo á sus esperanzas exánimes, imprimir á sus pensamientos una direccion santa y elevada, conservar los sentimientos de su corazon en los límites que nunca debe escender, y comunicar á su vida entera un aroma saludable que la preserve del contagio á que se halla una muger jóven espuesta mas que ninguna otra persona en el mundo. Un dia tal vez, cuando pronta á dejar la tierra, eche una mirada en la senda que recorrió en su destierro, al ver los escollos de que estaba sembrada, bendecirá la mano bienhechora que supo de ellos preservarla, y la imágen de la que fué un ángel tutelar, protegerá sus últimos momentos, se cernirá sobre su lecho moribundo como preciosa prenda de la felicidad que le reserva Dios en una vida mejor, y recompensa anticipada de su confianza y docilidad.

XXI

De las obras de misericordia.

El apóstol Santiago nos enseña que la verdadera piedad, la que á Dios es agradable, es la que consiste en visitar á los huérfanos y viudas en sus tribulaciones. Estas palabras del apóstol se dirigen mas á las mugeres que á los hombres, porque como su actividad se halla menos absorta, pueden dar mas tiempo á las obras de misericordia, de que ninguna familia cristiana debe dispensarse. Por otra parte, Dios al dar á la muger un corazon mas tierno, y mas fácil de conmoverse al aspecto de las

grandes miserias que hormiguean en este valle de lágrimas, parece haberle conferido por atributo y sacerdocio el alivio de los malhadados y menesterosos, que el enfriamiento de la fé y caridad multiplica en nuestra sociedad de un modo espantoso.

Para responder á esta voz celestial se consagraron y consagran en el dia tantas mugeres jóvenes al socorro de la indigencia y consuelo de los desgraciados y enfermos, en las diversas órdenes religiosas por las cuales procura la Iglesia oponerse á la invasion del orgullo y egoismo. Mas no quiere decir eso que exentas queden de estas sublimes funciones que ha confiado Dios á su sexo, las mugeres que viven en estado de matrimonio, y ya hemos visto que, entre las calidades que asigna el Espíritu Santo á la muger fuerte, figuran la misericordia y caridad, cuando dice que abre sus manos al pobre y estiende sus brazos al indigente. Jamás fué mas necesaria la misericordia que en nuestros dias, pues nunca fueron tan numerosas y pro-

fundas las miserias que los reclaman; y la constitucion de la sociedad actual no deja esperar disminuya este mal, antes bien todo nos induce á creer que aumentará andando el tiempo, y si no aumenta á proporcion la caridad que debe curar tales llagas, ¿qué será de los pobres cuya sola riqueza está en la misericordia de los ricos, pues Dios, al privarlos de los bienes de este mundo, les prohibe el codiciarlos y procurar ganarlos por medios ilegítimos?

Todo es de Dios, y solo Dios es dueño, propietario y señor, en todo el rigor de la palabra, pues como criador y soberano, dispone de todo lo que existe como le agrada. Nada escapa á su dominio soberano, y nuestros cuerpos y almas le pertenecen, así como los objetos que nos rodean y de que nos permite disponer. Cuando se digna comunicarnos abundantemente los bienes esteriores, no es para que los empleemos segun nuestros caprichos; y al conferirnos estos bienes, se reserva la propiedad, el derecho de prescribirnos

el uso que quiere que de ellos hagamos, y el de pedirnos cuenta del que hemos hecho. A los ojos de Dios no somos mas que los depositarios y administradores de los bienes que nos dispensa, y cada don que nos hace es un capital que debemos hacer valer para su gloria.

Si hubiese repartido con igualdad las riquezas, hubieran sido imposibles la misericordia y caridad de un lado, y el agradecimiento y caridad del otro, y al mismo tiempo ningun vínculo, ningun deber, ninguna relacion hubieran podido existir entre los hombres, pues toda relacion reposa en un deber, todo deber implica un vínculo, y todo vínculo tiene su nudo en una diferencia. Así pues, la sociedad no es posible sino con la desigualdad de dones y condiciones, si bien esta desigualdad no obsta á que todos los hombres sean iguales á los ojos de Dios, y le pertenezcan del mismo modo, porque todos los ha criado por su omnipotencia, rescatado por su amor, y todos tienen el mismo principio y el mismo fin. Este Dios reside y

se revela igualmente en los ricos y en los pobres ; en los primeros para inspirarles misericordia, caridad y librarlos del orgullo ; en los segundos para verter en su corazon humildad y paciencia, y guarecerlos de la desesperacion. La riqueza y la pobreza vienen igualmente de Dios, y ambas son dones diferentes en su naturaleza, mas iguales en su principio y objeto, pues ambas tienen por fin la gloria de Dios y nuestra santificacion ; ó por mejor decir, y hablando de un modo evangélico, la condicion del pobre es infinitamente superior á la del rico, y su salvacion mas fácil que la de este.

Si la sociedad fuera lo que debiera ser; si los principios evangélicos animasen su constitucion y regulasen sus relaciones, la parte de los pobres seria la mejor no solo á los ojos de Dios, sino á la de los hombres. Los ricos apenas podrian consolarse de su miseria al considerar los peligros á que los espone su condicion, y deberian velar y esforzarse en no caer en la desesperacion ; mien-

tras que, al contrario, los pobres deberian resistir á la invasion del orgullo á vista de las ventajas que Dios se digna concederles. Los primeros serian los servidores de los segundos, y se considerarian como los administradores de sus bienes.

No hay que disimulárselo : el Evangelio solo tiene anatemas para las riquezas y amenazas contra los ricos, y al mismo tiempo elogios continuos de la pobreza y esperanzas para los pobres. Tampoco hay que disimularse que de todos los pecados el que mayor materia dará á condenacion en el tribunal divino, será la insensibilidad y dureza de corazon del rico para con el pobre, y que Dios se considera como personalmente ultrajado en estos, si les niega el rico lo necesario. Cuando nuestro Señor Jesucristo quiere representar el juicio final con todos los consuelos que habrá en este dia tremendo para los justos, y los terrores para los pecadores, de todas las buenas acciones de los primeros solo recuerda las obras de miseri-

cordia, y de todas las malas de los segundos cita únicamente su dureza y falta de caridad para con los menesterosos. Y para dar mayor solemnidad á los loores que dirige á unos, y las invectivas que á los otros fulmina, se da como presente en los pobres y en los infelices que consolaron los elegidos y despreciaron los reprobados. No quiere decir esto que no haya mas buenas obras que las de misericordia, ni otras malas que las que proceden de falta de caridad para con el pobre, sino que de todas las acciones humanas ninguna tiene un efecto mas decisivo en la salvacion ó condenacion eterna.

En cada familia que ha gratificado Dios con los bienes de esta tierra, debe haber un limosnero que tenga á cargo dispensarlos á los pobres, y al mismo tiempo representar á estos y abogar su causa para con el gefe ó cabeza de la familia; y esta digna funcion incumbe principalmente á la muger. A ella toca en efecto poner de lado cado año la parte de los pobres, y por obras de misericor-

dia y caridad librar á la familia de las maldiciones que reserva Dios á los malos ricos, y atraer sobre ella las bendiciones de los que son misericordiosos para con los indigentes. La parte de los pobres se llamaba en otro tiempo, cuando las lenguas eran cristianas como los pueblos que las hablaban, la parte de Dios, del mismo modo que las casas que servian de refugio á los desamparados, casas de Dios. La parte de los pobres es consiguientemente la primera, la mejor y mas importante, pues es la sola que dé renta para el cielo y la eternidad, la sola que aumente la masa de nuestros méritos, y nos vuelva ricos á los ojos de Dios.

La misericordia sola libra al dinero de la mácula que le es como inherente, y le impide llegar á ser dinero de iniquidad, como lo llama el Evangelio. La muger misericordiosa adhiere á los bienes de esta vida como la abeja á las flores: de estos dones perecederos sabe estraer por una caridad industriosa una miel pura y suave, que nutre y regocija

el corazon, y da al alma fuerzas para marchar con perseverancia al cielo y alcanzarlo con seguridad. Una muger penetrada de estos principios, sabe poner de lado la parte que de derecho toca al menesteroso; y aunque no pueda disponer de los bienes de la familia, y le toque el someterse al marido en el empleo de estos, puede casi siempre conseguir que participe este de los sentimientos que inundan su alma. Si desplegase en favor del indigente la misma elocuencia que para lograr sus caprichos, ó lo que de ella exigen la moda y la vanidad, no hay duda que sabria conmover el corazon de su marido, y lograr el socorro que implora su caridad.

Por otra parte la limosna no consiste únicamente en dar pan á los que lo han de menester, sino tambien en aliviar todas las miserias; y es tanto mas agradable á Dios cuanto mas profundas son estas y mas elevados los bienes que procura. Cada necesidad del cuerpo ó del alma reclama una limosna particular.

Dar luz al que el error ciega, amor á las pobres almas abandonadas que carecen de un corazon en que apoyarse, consejo saludable á los que acongoja la inquietud, paz á los que la han perdido, son limosnas de alto precio á los ojos de Dios. Si nada nos queda que dar, demos nuestro corazon, demos nuestra caridad, nuestras oraciones, nuestra compasion, nuestras lágrimas; demos á los que sufren el ejemplo de la paciencia y virtudes cristianas; en fin démonos á nosotros mismos, que es la mejor ofrenda que podemos presentar.

XXII

De los deberes para con los criados.

La muger que ha sentido el don de Dios y gustado la dulzura de su yugo, se halla espuesta á dos peligros situados á ambas estremidades de la via en que marcha; ó se persuade que le basta ocuparse en su propia salvacion sin pensar en la de los demas; ó bien olvidándose á sí misma por un celo mal entendido, se abandona sin precaucion ni regla á los buenos instintos y á la generosidad natural de su corazon; mas ni unas ni otras se encuentran en los límites de la piedad cristiana, y ambas son víctimas de una funesta ilusion.

La primera olvida que la virtud consiste en el cumplimiento de todos los deberes que nos son impuestos, y que si es permitido á la muger célibe poder operar su salvacion ocupándose de sí misma, no puede santificarse la muger casada á quien Dios ha confiado una familia, sino trabajando con celo y perseverancia por los que están confiados á su custodia.

Si segun la hermosa espresion del rey profeta, nos manda Dios á cada uno que nos ocupemos del prójimo, ¿no debe aplicarse con especialidad este mandamiento á los que, hallándose en una situacion superior, están obligados á emitir la luz que en su alma resplandece? Difícil es que el que en sucorazon lleva el buen olor de Jesucristo, no esparza en torno de sí algo de este olor; y lástima debe causar el que queriendo guardar únicamente para sí el don de Dios, no se inquietase de hacer partícipes á sus hermanos; pues todo foco de luz ó calor posee al rededor una esfera mas á menos estensa que de sus emana-

ciones penetra. La vida no puede existir sin que se manifieste por algunos fenómenos esteriores y sensibles, y de todas las vidas no hay ninguna mas espansiva que la gracia.

Así de todos los que ha asociado Dios en su gloria eterna, y que pudieron ejercer en la tierra ese apostolado que la virtud confiere, no hay uno solo que de él haya prescindido y dejado de considerar como un santo deber. Dios pedirá cuenta á las madres de familia no solo de lo que hicieron para salvarse, sino tambien de sus esfuerzos para operar la salvacion de las almas que les fueron confiadas.

Pero si deben, en vez de ocultar la luz que recibieron, ponerla sobre el candelero, para alumbrar en sus vias los que deben conducir, tambien importa que tengan cuidado de no apagarla queriendo colocarla demasiado alto, ó llevándola demasiado lejos ó con escesiva rapidez. El apostolado que ha confiado Dios á la muger no es del mismo género que el que honra al sacerdote; y no

debe pensar la muger en esparcir afuera el celo y caridad que deben abrasar su alma, hasta que estén saturados los miembros de la casa.

La familia no consiste únicamente en el marido y los hijos, sino en todos los que cooperan á la administracion de la casa, y cuyos servicios no paga suficientemente el dinero, porque el hombre rescatado por Jesucristo es tan grande, que ningun objeto material puede compensar sus trabajos y faenas. Así en ciertas comarcas en cuya lengua ha penetrado mas profundamente el espíritu del cristianismo, los criados de la casa se llaman la familia, y en otras domésticos, porque pertenecen á la casa, y forman parte integrante de la familia que reclama sus servicios. Nuestros deberes para con ellos son de tal importancia que Dios, en los libros santos, no hesita en declarar que el que no cuida de sus criados es peor que un infiel; y en efecto se puede asegurar en cierto modo que el cristiano se distingue del infiel en que este tiene

esclavos que considera como estraños á la familia é inferiores á él, mientras que el cristiano que sabe por la fé que los que le sirven tienen el mismo orígen que él, como él rescatados por la sangre del Hijo de Dios, y tal vez superiores en méritos á los ojos del Señor, respeta en ellos el carácter que recibieron en el bautismo, y los considera como miembros de su familia, que Dios ha colocado cerca de su corazon para que los ame de preferencia á los demas hombres.

La educacion de los criados y el cuidar de que nada les falte es cosa que sobre todo toca á la muger, que es como el ángel de la familia; pues obligado el hombre á emplear mas lejos su actividad, y consagrar á otros deberes su tiempo y pensamientos, no puede sino de vez en cuando ocuparse de los cuidados que reclame la familia, y las mas de las veces debe limitarse á dar un impulso general, dejando á la muger el cuidado de ocuparse de los pormenores.

La muger, en efecto, ademas que tie-

ne mas tiempo para quehaceres de este género, se halla mas favorablemente dispuesta por su naturaleza á desempeñarlos. Su corazon mas tierno, mas compasivo, mas susceptible de desprendimiento, sabe inclinarse mejor á los que se hallan en una situacion inferior, para vestir en su alma algo de la suya. Dotada de mas paciencia que el hombre, acierta mejor que este á condescender á la ignorancia y grosería de las personas á cuyo espíritu y maneras no dió pulimento una educacion primera; al mismo tiempo sabe proporcionarse á sus flaquezas y necesidades, y atravesar, en alas de infatigable caridad, el abismo que las leyes ó usos han abierto entre amos y criados.

Una muger realmente cristiana debe considerar como su principal ocupacion el educar á estos, persuadida que sus primeros deberes deben tener por objeto la familia, y que descuidar á esta para buscar obligaciones lejanas, no es comprender la caridad cristiana, sino abandonarse á estrañas ilusiones, ó to-

mar por inspiraciones de Dios los movimientos de un espíritu orgulloso ó una imaginacion desarreglada. Debe tener presente que no es responsable á los ojos de Dios de la conducta de aquellos que no le fueron confiados, y que si se pierden, no le será pedida cuenta. Pero si por su negligencia se abandonan las gentes de su casa á culpables escesos, no debe lisonjearse creyendo que Dios le tendrá cuenta del bien que habrá podido hacer en otra parte despues de haber dejado perecer los miembros de su familia.

Es cierto que los deberes de familia nada tienen que seduzca el amor propio y halague la vanidad; que es mucho mas agradable para un corazon que no se halla completamente desposeido de sí mismo, ejercer su actividad en una esfera mas elevada y mas lata. Mas tambien es cierto que las posiciones mas modestas son las mas seguras, que los deberes que lisonjean el amor propio pueden ser causa de estrañas ilusiones, mientras que los que se oponen á la

naturaleza no son sospechosos; que el bien que nos toca hacer no dista de nosotros, que está en cierto modo al alcance de nuestra mano, y que podemos cumplirlo á cada momento de nuestra vida.

Por otra parte, si el bien ejercido en una esfera mas alta seduce mas la inclinacion humana al orgullo, el que se esparce en el seno de la familia tiene una dulzura íntima y un consuelo inefable. Si la clase pobre que nos abastece de los criados que nos sirven, no tiene esa delicadeza de modales y distincion esterior que da la primera educacion, posee otras calidades tal vez mas preciosas que la educacion de clases mas elevadas no hace mas que debilitar. El indigente á quien la necesidad obliga á vender los trabajos de sus brazos, tiene algo en el corazon que no se vende, y que reserva á los que comprenden el precio del agradecimiento, y creen que merece ser adquirido.

Una palabra de consuelo, una mirada afable, una atencion, un servicio que nada cuesta, bastan á menudo para

trasformar en amigo fiel un hombre en quien buscábamos un criado. Si supiésemos adivinar cuántos tesoros de nobleza, generosidad y desprendimiento se ocultan bajo esa apariencia tosca; si por una caridad industriosa supiésemos estraer esos preciosos tesoros de la profundidad que los recelan, ¡cuántos goces, cuántos consuelos preparar pudiéramos á nuestro corazon!

Elevemos nuestro pensamiento por la fé, y en ese doméstico que inferior vuelve su posicion social, veamos á un hermano que sirve al mismo Dios, rescatado con la misma sangre y acreedor á la misma gloria. Nunca dejemos ver en nuestras palabras ó gestos algo que pueda lastimar su sensibilidad, recordar la distancia que lo separa; al contrario, procuremos ennoblecer á sus propios ojos el estado en que se halla, el cual en nada se opone á la produccion é incremento de la virtud, y si es menos brillante á los ojos de los hombres, el nuestro es menos seguro y mas dificil á los ojos de Dios.

No quiere decir que deba una muger olvidar su rango y familiarizarse con sus criados; al contrario, si se halla animada de un deseo sincero de serles útil, no debe perder de vista la distancia social que de ellos la separa; pues cada uno se halla en una de las clases de la sociedad, cuyo conjunto constituye el órden social, y debe estar contento con la que ocupa, pues no hay ninguna en que no sea posible subir al cielo. Pero tambien debe cada uno, movido por la caridad, tender la mano á los demas para ayudarlos á gravitar á un esfera mas sublime y luminosa.

Rara vez se engañarán nuestros criados sobre nuestros motivos de condescendencia. Si reconoce esta por principio alguna pasion desarreglada ó vicio de corazon; si nos mezclamos con ellos porque fatigados de lo que exige una posicion elevada, sentimos la necesidad de respirar con mas anchura en otra mas baja; si buscamos en los criados los cómplices ó confidentes de nuestras flaquezas; si nos mezclamos con

ellos para dar pasto á nuestra holgazanería, y alimentar nuestra curiosidad inquieta y maligna con chismes y aventuras escandalosas que alimentan la conversacion de las mugeres corrompidas y haraganas; en una palabra, si á tener contacto con ellos nos impele algunos de los malos lados de nuestra naturaleza, y si el trato consiste en bajas adulaciones y criminales complacencias, no dudemos que en tales casos seremos despreciados y tal vez desacreditados por nuestros sirvientes. ¡Cuántas mugeres de alto rango llegaron á ser esclavas de una camarera que iniciaron en los misterios de su corazon é hicieron confidente de sus flaquezas! ¡Cuántas señoras llegaron á ser gobernadas por una criada cómplice de sus galanterías nocturnas y depositaria del honor de su ama! ¡Cuántas maldicen el yugo humillante que se forjaron é impusieron, y se ven obligadas á pactar y contemporizar con una criada que puede deshonrarla!

Pero si al mismo tiempo que conser-

vamos nuestra autoridad, nos mostramos amables y corteses; si al obrar así nos mueve, no tanto el nuestro como el interés de nuestros criados; si llegan estos á notar que nuestra condescendencia es efecto, no de la debilidad de carácter ó desórden de corazon, sino de una humildad y caridad verdaderamente cristianas; si sabemos mantenernos en un justo medio entre un ceño frio y orgulloso y una familiaridad indecorosa, no tardaremos en inspirarles una veneracion profunda, una confianza respetuosa y un celo sin límites; pues los criados están tan poco acostumbrados á encontrar en sus amos testimonios de afecto y deferencia, que el menor basta para que les profesen una amistad eterna y un reconocimiento á toda prueba.

Una muger cristiana debe ser la madre de sus sirvientes, cuidarlos como sus hijos, velar á las necesidades de su cuerpo, y aun mas á las del alma; darles á entender por su atencion especial á esta última, que por naturaleza es su-

perior al cuerpo, y que no vive el hombre solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; debe asimismo responderles á la vez con firmeza y dulzura, y templar lo vivo de sus quejas por una caridad misericordiosa é indulgente. Tambien conviene que tenga especial cuidado en no dejarse arrebatar por la ira ni aun por una impaciencia natural, para que no merme entre los sirvientes el concepto que de ella se hayan formado.

Procure que tengan una instruccion suficiente en las verdades de la religion, pues la fé es la mejor garantía de las calidades que en ellos se apetece: exhórtelos á cumplir los deberes que la religion prescribe, aun mas por sus ejemplos que por sus palabras; amáñese para que encuentren la religion tan dulce como venerable, presentándosela bajo su verdadero punto de vista como principio de nuestros mas generosos sentimientos y acciones, y como el fin mas noble del hombre en esta tierra. Todos los dias, mañana y tarde, debe reunir-

los la oracion en un mismo pensamiento; y en presencia del Padre comun, aprendan que, mas allá de este mundo, hay otro mas elevado y verdadero, en que se borran las distinciones de rango y fortuna, y en el cual permanece el hombre solo en presencia de Dios; que sus almas, suspendidas á la misma oracion, suben juntamente con la de sus amos al trono de aquel para el cual no hay mas distincion que la de los méritos, cuyo principio es su gracia, y su gloria el premio.

XXIII

De la maternidad y deberes que impone.

Cuando María, modelo de todas las mugeres, concibió en su seno el Verbo de la vida, un ángel fué el que le anunció el misterio que en ella iba á operarse. A sus palabras respondió la vírgen de Galilea : *¿Cómo podrá eso suceder no conociendo yo á hombre alguno?* Y solo cuando la hubo tranquilizado el ángel diciendo que la virtud del Altísimo produciria el augusto misterio de la maternidad, respondió : *Aquí está la sierva del Señor, hágase en mí segun su palabra.*

¡ Ojalá pudiesen comprender todas

las mugeres lo que les enseña está relacion en su maravillosa sencillez! ¡Ojalá pudiesen todas, cuando las llama Dios al sublime sacerdocio de la maternidad, sentir en su alma los castos temores que sintió el alma de María! Ojalá necesitase ser tranquilizada su cándida ignorancia! ¡Ojalá hallasen todas un esposo que, respetando su inocencia y candor, no les haga olvidar la santa presencia de su ángel, y el augusto misterio de la maternidad cumplirse en ellas como un acto religioso y santo, en los pensamientos de la fé y aspiraciones de la oracion, y como bajo la sombra de la virtud del Todopoderoso!

Entonces podrán esperar que lo que de ellas nacerá será un dia santo y grande en presencia de Dios. ¡Puedan comprender y hallar un marido que comprenda igualmente que la muger debe en cierto modo reunir, á ejemplo de María, el don precioso de la virginidad y las funciones sublimes de la maternidad, porque la muger está como María llamada á ser á la vez vírgen y madre,

esto es, que su título de madre no debe despojar su corazon del casto velo de inocencia que protege sus pensamientos y deseos.

¡ Comprended vuestra dignidad y vuestros deberes, oh vos que llevais en vuestro seno un ser que el mismo Dios rescató en el Calvario con su sangre! Elevaos sobre todas las consideraciones de la naturaleza, y considerad vuestro estado y vuestros deberes no con los ojos de la imaginacion y colores de la poesía, sino con la mirada segura de la fé. Vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, y en él habita un alma que debe, segun la bella espresion de san Pablo, *crecer para aumento de Dios*.

Vuestro seno es como una planta á la cual ha fijado Dios un fruto que mas tarde se despegará. Tened especial cuidado en no perturbar el trabajo que en vos se opera por vuestra imprudencia, por escesivos ejercicios corporales, por conmociones de espíritu demasiado fuertes ; pues Dios, criador de todas las cosas visibles é invisibles, es el que os

da incremento, y desarrolla tanto los órganos del fruto que ha formado en vuestro seno, como las facultades del alma; y este fruto, hasta que Dios lo separe del tronco á que adhiere, vive de vuestra vida, recibe los movimientos de vuestro corazon, vibra por los movimientos de vuestra alma. Temblad que por culpa vuestra su organizacion sea débil, y su alma muelle y sin energía.

Un ejercicio regular y saludable debe favorecer el desarrollo de sus órganos; no escucheis ni las inspiraciones de la pereza ni los nimios temores de una ciega ternura. Pero sobre todo velad para que vuestra alma no reciba conmocion alguna violenta. Id á menudo á presentar á Dios en su templo el niño que llevais en vuestro seno, y ofrecedle con oracion fervorosa su alma y su cuerpo, como víctima consagrada al sacrificio. Acercaos á la santa mesa, y dejad correr en vuestro espíritu la sangre que purifica nuestros corazones y nuestros cuerpos. Respetad vuestro cuerpo, respetad vuestra alma, respetad el cuerpo y el

alma que en vos se forman, y caminad siempre en presencia de Dios y sus ángeles.

Mas adelante, cuando os haya librado Dios del precioso fardo que habia depuesto en vuestro seno, no os abandoneis á un júbilo inmoderado, sino examinad con calma vuestros nuevos deberes. Daos prisa de regenerar en las aguas del bautismo el niño que aun posee tan solo la vida corporal, y cuyos gemidos al entrar en el mundo os indican que esta vida seria para él un triste don si no debiese servirle de iniciacion para la vida superior de la gracia y espíritu. Cuando os lo presentarán santificado, regenerado, hijo de Dios y de la Iglesia, como antes lo era de vos únicamente y de vuestro marido, venerad en él el precioso carácter que acaba de recibir. Y cuando depondreis un beso en su frente, pensad que teneis en los brazos un hermano de los ángeles, un niño resplandeciente de gracia é inocencia, y en consecuencia sed respetuosa en vuestras caricias.

Este niño habrá nacido para la ruina ó resurreccion de muchos, segun será criado en el amor del mundo ó el temor del Señor. En uno y otro caso sufrirá grandes contradiciones; y una espada traspasará vuestra alma, oh vos, pobre madre actualmente tan dichosa. Estas palabras del santo anciano Simeon á María pueden dirigirse á todas las madres. ¿Acaso no es el amor maternal una cuchilla continuamente clavada en su alma? Y cuando cesan de llevar su hijo en su cuerpo, ¿cesan de llevarlo en su corazon, y padecer los tormentos de una segunda gestion mas dolorosa que la primera?

Un nuevo porvenir, una nueva carrera se abre á los ojos de la madre, con goces aun no conocidos, pero tambien con sinsabores amargos. Acepte los primeros con reconocimiento, y los segundos con resignacion, y consagre su alma y vida entera á los deberes que le impone su nueva posicion. La primera es alimentar á su hijo con su propia sustancia, á menos que razones poderosas

lo impidan; pues el líquido que la Providencia forma en el seno de la madre, no es dádiva inútil, ni puede la recien parida prescindir de su presencia. Cada uno de los dones que nos depara la Providencia tiene su fin particular, y el desecharlos como inútiles, es desconocer su bondad y sabiduría. Hay ademas en el cumplimiento de este deber placeres tan dulces, que apenas se comprende que á ellos renuncie la madre, á menos de imposibilidad total. Mientras mas sustancia propia dará á su hijo, mas íntimamente será suyo, mas cariño le cobrará, mas estrechos serán los vínculos entre ambos. ¿Cómo puede una muger que comprende la ventura y deberes de la maternidad dividir con una estraña estos goces y obligaciones? ¿Cómo podrá consentir á que parte de la ternura de su hijo vaya á la muger que, sin alojarlo en su vientre, lo alimentó con la sustancia de su sangre? Si el cuerpo y el alma guardan tanta conexion, ¿quién podrá asegurar que la nodriza no comunicará al recien nacido los vicios laten-

tes de su cuerpo y las pasiones funestas de su alma?

En este niño dado por Dios, la madre á quien toca su primera educacion, no debe mirar en él un ser pequeño y débil que reclama su ternura; sino que, elevando mas las miradas, y rasgando por la esperanza el velo del porvenir, debe considerar en el infante un cristiano, un elegido, una posteridad numerosa que tal vez brotará del recien nacido, y cuyo porvenir depende de la educacion de este. ¿A quién no consta que hay como familias privilegiadas, que intacta conservan la preciosa herencia de la fé y virtudes trasmitidas por una madre cristiana?

Enseñad á vuestro hijo el nombre de su Padre celestial, antes de enseñarle el del terrestre; y apenas podrá balbuciar algunas sílabas su lengua, deponed en sus labios los dulces nombres de Jesus y María, para que Dios tenga las primicias de su espíritu y vida. Llevadlo desde luego á los templos del Señor, para acostumbrar á los ángeles á reconocer

en él un hermano, y que sus primeras impresiones le vengan del cielo; á fin que sus oidos se acostumbren á los cantos graves y pios de la Iglesia, sus ojos al augusto y majestuoso brillo del culto, y la oracion le sea una necesidad y funcion natural del alma. Los deberes de la maternidad deben ocupar vuestro espíritu, y mientras podais bastar á desempeñarlos, no debeis confiarlos á nadie. Si os veis obligada de reclamar el auxilio ageno, no creais pecar por esceso de circunspeccion al escoger los criados á quien confiareis vuestro hijo, y no permitais que le den, fuera de vuestra presencia, lo que de ellos exigis; pues mas de una vez un criado negligente ó corrompido depuso en un tierno infante un vicio de alma ó cuerpo, y este es peligro bastante grave para reclamar la atencion y vigilancia de una madre.

Cuidado con no enervar la constitucion de vuestro hijo con nimio regalo y solicitud, y ahogar su voluntad en su gérmen no negando nada á sus capri-

chos. La educacion moral del hombre, asi como la del cuerpo, debe empezar desde el primer momento de la vida; y hay mas verdad de lo que se cree generalmente en estas palabras de un filósofo cristiano : Que el hombre será toda su vida lo que habrá sido en el regazo materno.

Importa que, desde el uso de razon, comprenda el niño que no serán satisfechos sus caprichos, y que debe resignarse á obedecer. Y todo el secreto de la vida estriba en esta palabra ; tal es la principal funcion y deber del hombre ; por ahí debe comenzar, y por ahí debe acabar, pues la muerte es el último y mayor grado de obediencia que pide Dios al hombre. El que no sabe obedecer, nada sabe. La obediencia sola forma y fortifica la voluntad, y le vuelve fáciles mas adelante las valerosas resoluciones y penosos sacrificios que de nosotros exigen á cada momento las circunstancias. Y aun cuando una madre no dejase á su hijo, como fruto de sus afanes y desvelos, mas que la disposicion á obedecer,

le dejaria la mas preciosa y útil facultad en esta vida.

Pero para enseñarla á vuestro hijo, no debeis solamente resistir desde luego á sus antojos, sino tambien hallaros exenta de caprichos vos misma, no exigir de su obediencia sino lo que es justo y racional, nunca darle órdenes mientras os hallais dominada por una pasion, jamás castigarlo durante la agitacion de la impaciencia, no sea que el castigo tome á sus ojos el carácter de una venganza personal. No le prometais nada que no podais cumplirle, ni lo amenaceis con un castigo que no estais resuelta á imponerle, si lo merece; pues conviene que tenga á la vez la mayor idea no solo de vuestro corazon y cariño, sino tambien de vuestra razon y voluntad. Nunca recurrais, para libraros de sus importunidades, á la mentira ó á esos cuentos ridículos con que tantas madres y criadas amedrentan la imaginacion de los niños, que deponen en su espíritu gérmenes de errores, preocupaciones, temores pueriles que apenas pueden

desarraigar el tiempo y la educacion.

De poca ó nula utilidad sereis á vuestros hijos si no los inspirais ese temor, ese respeto que tienen sus raices en la confianza y el amor, y que fácil vuelven la obediencia. No olvideis que, en el precepto por el cual Dios determina nuestras obligaciones para con nuestros padres, no nos manda que los amemos, juzgando sin duda que esta recomendacion es inútil, sino que los honremos. Al dar alguna órden á vuestros hijos, no entreis con ellos en esplicaciones para demostrarles lo que deben hacer; tampoco debeis inducirlos á cumplirlas por la esperanza de ventajas personales, pues no haríais mas que fomentar el egoismo é interés en su corazon; sino importa que comprendan que así deben conducirse por obediencia á vuestra autoridad, porque vos representais para con ellos al mismo Dios en la tierra, y que todo poder viene de Dios.

De este modo ennoblecereis la obediencia á sus ojos, mostrándoles vuestra autoridad bajo su verdadero punto de

vista; al mismo tiempo que debeis esforzaros en volverla recomendable por la gravedad de vuestras costumbres y vuestra fidelidad en cumplir la ley de Dios. Enseñadles que en este mundo la obediencia es la condicion del hombre, que vos misma obedeceis como ellos á Dios, á la Iglesia, á las leyes, á vuestro marido, y que solo por la obediencia conseguirán mandar despues cuando hayan llegado á la edad de hombre.

XXIV

De la educacion de los hijos que han llegado á la adolescencia.

A medida que crecen los niños, aumentan la solicitud y las penas de la madre. Por último llega un momento en que no les basta la educacion de familia, sea porque sus padres no pueden consagrarle el tiempo necesario, sea porque su espíritu y carácter no reunen las condiciones que exige. Entonces conviene que la madre deje escapar de su ala el hijo que habia calentado hasta entonces con sus desvelos y ternura, para confiarlo á otras personas que

comprendan la naturaleza y estension de sus funciones, y lo rodeen de nuevos cuidados y solicitud.

Si todos los colegios é instituciones análogas fuesen lo que debieran ser, la educacion seria en ellas preferible, á lo menos por lo que toca á la juventud, á la que se recibe en el seno de la familia; pues destinado á la accion y funciones públicas, conviene que el hombre se ensaye y fortifique desde luego en este género de vida, para que pueda adquirir mas fácilmente las calidades de espíritu y voluntad que exige. La emulacion en efecto fomenta y activa las facultades intelectuales; el carácter se vuelve flexible y dócil por la comunicacion habitual con niños de la misma edad, y los caprichos y asperidades que dejó en su imaginacion y voluntad la ternura escesiva de una madre no tardarán en borrar los repetidos choques y roces con voluntades igualmente caprichosas, igualmente exigentes, contra las cuales debe decidir ó la fuerza que implica valor, ó la razon y autoridad de

un director imparcial, lo cual arguye obediencia y docilidad.

Una de las mayores ventajas de la educacion pública es seguramente esa igualdad que establece entre una multitud de muchachos, que mantiene bajo el mismo nivel la misma ley, sin ocuparse de las distinciones de nacimiento ó fortuna que tanto figuran en la sociedad; en términos que se puede decir que un colegio es la sociedad tal como debiera ser, pues la autoridad reside en manos de hombres incontestablemente superiores por edad y mérito á los que obedecen, sin mas distinciones admitidas entre estos últimos que las que proceden del entendimiento ó corazon. Por otra parte, en estas casas se forma un adolescente relaciones que mas adelante le serán útiles y agradables; y como el hombre ha sido hecho para la sociedad, resulta que no puede multiplicar en demasía los vínculos que á esta le unen, y que mientras á mas hombres se halle relacionado, mas fuerte será.

Pero temeraria asercion seria el decir

que la educacion pública convenga mas á la muger que la que pueda recibir en el seno de la familia. La muger en efecto no ha sido hecha para la vida pública, y Dios la llama á una magistratura mas modesta y no menos útil que debe ejercer en el círculo de la familia.

Tal es la esfera de actividad reservada á su sexo : tal es el mundo en que debe ejercer su accion.

Asi es natural admitir que, debiendo encerrar su vida entera en este círculo, se forme y acostumbre desde la infancia á las funciones que desempeñará un dia, y que adquiera por la esperiencia y ejemplos de su madre, las virtudes que deberá desplegar un dia. La emulacion, útil en general al hombre, es á menudo perniciosa á la muger, y degenera fácilmente en envidia y en desaliento. En una palabra, lo mismo que hace que útil sea al sexo masculino la educacion pública, la vuelve perjudicial al femenino. En ella pierde á menudo la doncella cristiana esa modestia, ese candor, esa inocencia que se armonizan con su alma,

al paso que adquiere una curiosidad y una agitacion febril que la fatigan. Al mismo tiempo la enseñanza en comun quita en vez de dar el gusto de las modestas ocupaciones de familia, y vuelve á las mugeres menos aptas al cumplimiento de sus deberes. La esperiencia prueba que las mugeres cuya educacion tuvo lugar en el seno de la familia, son superiores, tanto en las calidades de la inteligencia como en las de corazon, á las educadas en institutos de pública enseñanza.

Fuera de esto, como es raro que las circunstancias permitan á las madres el consagrarse á la educacion de sus hijas, deben á lo menos adoptar todas las precauciones necesarias para hallar las ventajas de la familia en las casas en que las coloquen; y sin dejarse deslumbrar por las calidades brillantes y esteriores, deben preferir calidades mas sólidas aunque menos aparentes, que ofrecen á una madre todas las garantías que puede reclamar su solicitud. Los mismos motivos deben animarlas cuando se trata

de escoger los establecimientos en que deben colocar á sus hijos; y no olviden que en semejantes casos el error acarrea las mas funestas consecuencias.

Lo que sobre todo deben buscar es lo relativo á la parte moral, pues ¿de qué sirve la ciencia sin la virtud? ¿Y quién podrá estimarla sin la inocencia? Bajo este punto de vista, es preciso confesarlo, mucho dejan que desear las casas de educacion que contienen individuos de edades diferentes, algunos de los cuales han llegado á la edad en que empiezan á hervir las pasiones, y basta uno para corromper á los otros. La inocencia de los niños solo puede preservarse por continua vigilancia, y esta no es posible á menos que aquellos á cuyo cargo está ejercerla, se hallen penetrados de la importancia de su funcion, y movidos á su cumplimiento por motivos de religion y conciencia.

Sola la religion, no hay que disimulárselo, puede ser un freno saludable á las pasiones en la edad en que empiezan á mugir, y cuando la voluntad aun dé-

bil, no puede oponerse suficientemente á su violencia. Es cierto que la ignorancia del mal puede preservar el corazon del niño; pero cuando lo conoce y solicita su corazon, no tiene mas refugio que la religion, ni mas defensa que los medios que le da esta; y para que sienta en sí la necesidad de este socorro y lo reclame, es necesario que la religion envuelva su vida entera de su divina influencia, que se le presente en los preceptos y ejemplos de sus maestros y en el fervor de sus condiscípulos.

¡Atencion pues y vigilancia, oh madres! pues, no lo dudeis, si vuestros hijos entran en una casa de educacion en que la religion no sea considerada como el negocio mas importante, no tardarán en corromperse, en contraer vicios vergonzosos y degradantes, y tal vez el gérmen de largas y dolorosas enfermedades y una muerte prematura. El mal es inmenso, y la mayor parte de los hombres cuya conducta os indigna, trajeron de las casas de educacion en que fueron criados, la corrup-

cion como incrustada en sus huesos, y a incredulidad que ajó su alma.

Desconfiaos de vuestra inocencia, que podria ser funesta á la de vuestros hijos, inspirándoos una falsa seguridad, y haciéndoos mirar como imposibles los desórdenes que no puede sospechar vuestro corazon. En este particular la iniciativa pertenece sobre todo á los maridos; y que ellos mismos respondan : ¿Desean que sus hijos oigan y vean lo que la mayor parte de ellos oyeron y vieron cuando niños en las casas de enseñanza? ¿Y no prefieren dejarlos ignorantes que darles la ciencia á costa de lo mas precioso?

Estos peligros son, es verdad, menores en las mugeres cuya educacion se halla en general confiada á congregaciones religiosas que, considerando la piedad é inocencia como las primeras ventajas, la religion ocupa un lugar considerable en su educacion. Por otra parte su naturaleza, mas casta que la del hombre, le impone cierta reserva de que fácilmente el sexo opuesto se exi-

me; y el hombre corrompido triunfa de su corrupcion, y aun procura pasar por mas vicioso de lo que es, mientras que la muger se esfuerza en ocultar con modestia los deslices de su fragilidad.

Esta diferencia disminuye los peligros, pero no los disipa. En efecto, la curiosidad sugiere á la niña preguntas indiscretas é indagaciones temerarias, y la ternura natural de su corazon la entrega sin defensa á una amiga menos inocente y mas reservada. Basta esto y sobra para que una madre vaya con mucho tiento, y no omita precaucion cuando se trate de colocar su hija en un establecimiento de enseñanza, y no olvide que no hay cosa de mayor importancia y de mas graves resultados. Conviene que evite igualmente las casas en que puedan contraer ideas y costumbres de lujo que no cuadren con su situacion, ó las mueva á despreciarla, como tambien aquellas en que se hallen en relacion con niñas de una esfera superior, que puedan mas tarde picar su amor propio ó escitar su en-

vidia por su orgullo ó desprecio. Asi mismo conviene que evite esos establecimientos en que las cosas esenciales son sacrificadas á las accesorias; en que los ramos de recreo ocupan mas lugar en la educacion que los sólidos y útiles, en que se hace poco caso de las ocupaciones de la muger hacendosa, y se considera el trabajo como indigno del sexo femenino. No admite duda que las artes de recreo, como la música y dibujo, deben formar parte de la educacion de una muger, y habrá probablemente mas de una circunstancia en su vida en que le ofrecerán una diversion saludable; pero no deben absorver todo su tiempo, ni hacer que prescindan de otras obligaciones mas sérias á que deberán consagrar la mayor parte de su vida. Por último consulten las madres á Dios antes de obrar, y bendíganlo despues si es dichoso el resultado, pues poseerán la gracia mas preciosa que puede Dios conceder á una madre.

XXV

Eva y María, Eden y Nazaret.

Cuando quiso el demonio perder al género humano, empleó sus artificios contra la muger; y para lograr con mas seguridad su intento, procuró despertar en ella dos sentimientos que ocupan gran parte de su corazon y hacen gran papel en su vida. Sereis como dioses, le dijo, y sabreis el bien y el mal. Este doble deseo de saber el bien y el mal, y ser como dioses, en otros términos la curiosidad y vanidad, son desde entonces los dos poderosos resortes del corazon femenino, y lo que sucedió una

vieron el paraiso terrenal, se reproduce innumerables veces desde entonces. ¡Cuántas veces la curiosidad y vanidad femenina introdujeron en la familia una levadura de corrupcion y pecado que, por su fermentacion, infectaron á familias enteras!

Casi siempre empieza por la muger la ruina moral de las familias, del mismo modo que por ella empezó la del género humano. La muger que se rinde y cede el halago del mal, no tarda en contagiar á su marido é hijos; así como, al contrario, mientras que cumple sus deberes, y viven en su corazon el espíritu cristiano y amor de la virtud, mantiene en la familia cierto órden, y opone un contrapeso saludable á los desórdenes de un esposo incrédulo ó corrompido; y esta verdad la atestigua la esperiencia cotidiana, pues á la muger debemos tan solo esos preciosos restos de fé y virtud que se han conservado en las familias.

Pero tambien demuestra esta misma esperiencia que, cuando la muger es re-

lajada en su conducta, ó mal afianzada en sus principios, nada puede oponerse en la familia á la deleterea influencia de sus ejemplos.

Muchas veces se ha visto que, por sus oraciones ó ejemplos, ha conseguido una muger cristiana convertir á Dios un marido ó un hijo descarriado en las vias del mal. Pero ¡cuántas veces ha sucedido que una esposa ha vuelto á tomar la senda de la virtud á consecuencia de la influencia de un esposo cristiano!

Una muger cogió y comió el fruto vedado, é introdujo así en el mundo el pecado y la miseria; mas tambien á una muger debemos el fruto del árbol de la vida que rescató y abrió el cielo. Pero tambien, ¡qué diferencia entre la conducta de Eva y María! ¡Qué abismo separa la curiosidad vana de la primera, y la profunda humildad de la segunda! Eva, lejos de atemorizarse al ver al ángel seductor, se abandona hasta conversar con él; María se alarma por la presencia de un ángel de luz. Eva

cede al doble prestigio de la curiosidad y orgullo, y el deseo de ser igual á los dioses triunfa del temor de desagradar á Dios desobedeciéndolo. María, al contrario, se espanta de la dignidad que le promete el ángel; y prefiriendo á la honra insigne de ser Madre de Diosla, condicion mas humilde de ser su sierva no consiente en aceptar la dignidad que le es ofrecida, sino despues de estar segura que no es inicompatible con el precioso don de la virginidad que á todo prefiere. Eva, al ver que el fruto es agradable á la vista, y deseando esperimentar sus maravillosos efectos, los coge y come contra el precepto formal del Señor. Maria, cierta de permanecer virgen siendo Madre de Dios acepta con humildad la honra insigne que le propone el ángel, para obedecer á la orden del Señor.

Eva y Maria tales son los dos tipos, los dos modelos entre los cuales debe escoger cada muger, y cuya conducta reproduce en su vida. Si arrastrada por una culpable curiosidad, ó por una va-

nidad aun mas culpable, procura saber lo que debe ignorar, y esperimentar las cosas que deben siempre permanecer un misterio para su inteligencia y corazon; si prefiere la ciencia mas que la bondad de corazon é inocencia de su vida, ella misma será la primera víctima de sus funestas ilusiones, y esparcirá en la familia el gérmen de muerte que quiso asimilarse.

Si al contrario, dirigida por el espíritu de María, prefiere á las funciones ementes, difíciles y peligrosas de una condicion elevada, los deberes oscuros y fáciles de una vida humilde y retirada; si se niega á entrar en esplicacion con los deseos inquietos de su corazon y á fomentar el análisis curioso de su inteligencia, no dude que concebirá en su alma por la fé y piedad sincera el verbo de la vida; no dude que, floreciendo y fructificando, por la práctica de las virtudes cristianas, el gérmen precioso de la gracia, preparará un porvenir feliz á continuas generaciones que la bendecirán un dia por los ejemplos de vir-

tud que los dejó en esta tierra, y que darán nuevo fulgor á su gloria celestial y eterna.

FIN.

INDICE.

I. — Nobleza y carácter del sexo femenino. 5

II. — De la mision de las mugeres en general. 15

III. — De la mision actual de las mugeres en Francia.. 29

IV. — De los medios por los cuales pueden las mugeres ejecutar su mision. 39

V. — Continuacion del mismo asunto.. 53

VI. — De la vida religiosa. 63

VII. — Del matrimonio. 77

VIII. — De los enlaces mal adecuados. . 89

IX. — Continuacion del mismo asunto.. 99

X. — De la piedad. 111

XI. — Del amor del mundo y los placeres. 121

XII. — De los medios con que puede distinguir la muger si es esclava del mundo. 133
XIII. — Del lujo. 141
XIV. — Del teatro y novelas. 153
XV. — Del deseo de agradar y la vanidad. 163
XVI. — De la voluntad y espíritu de sacrificio. 169
XVII. — De la imaginacion, del arte y del sentimiento de lo bello. . . . 179
XVIII. — Continuacion del mismo asunto.. 189
XIX. — La curiosidad. 201
XX. — De la eleccion de una amiga.. . 207
XXI. — De las obras de misericordia. . 217
XXII. — De los deberes para con los criados. 227
XXIII. — De la maternidad y deberes que impone. 241
XXIV. — De la educacion de los hijos que han llegado á la adolescencia.. 255
XXV. — Eva y María, Eden y Nazaret. . 265